

VILLA *de* MADRID



Ayuntamiento de Madrid

Sumario

Editorial.

Arniches, hombre bien visto. F. García Pavón.

Arniches o el honor popular. Eugenia Serrano.

Primera presencia madrileña de don Ramón María del Valle-Inclán. Ramón Gómez de la Serna.

Memoria de un madrileño. Tomás Borrás.

Benavente en el teatro, en el libro y en la prensa. Francisco Serrano Anguita.

Eduardo Gómez de Baquero "Andrenio". Federico Sainz de Robles.

Luigi Bocherini, madrileño de la Toscana. Enrique Franco.

Pacto de amistad entre París y Madrid.

Dehesa de Arganzuela. Agustín Gómez Iglesias.

Dibujos de Esplandiú, Serny y Tauler.

Depósito legal M. 4.194 - 1959

ESTADES, S. A. Artes Gráficas MADRID

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PLAZA DE LA VILLA

DELEGACION DE EDUCACION

Precio del ejemplar: 70 pesetas

SUSCRIPCIONES:

Año 280 pesetas

TEL. 242 62 29

M A D R I D

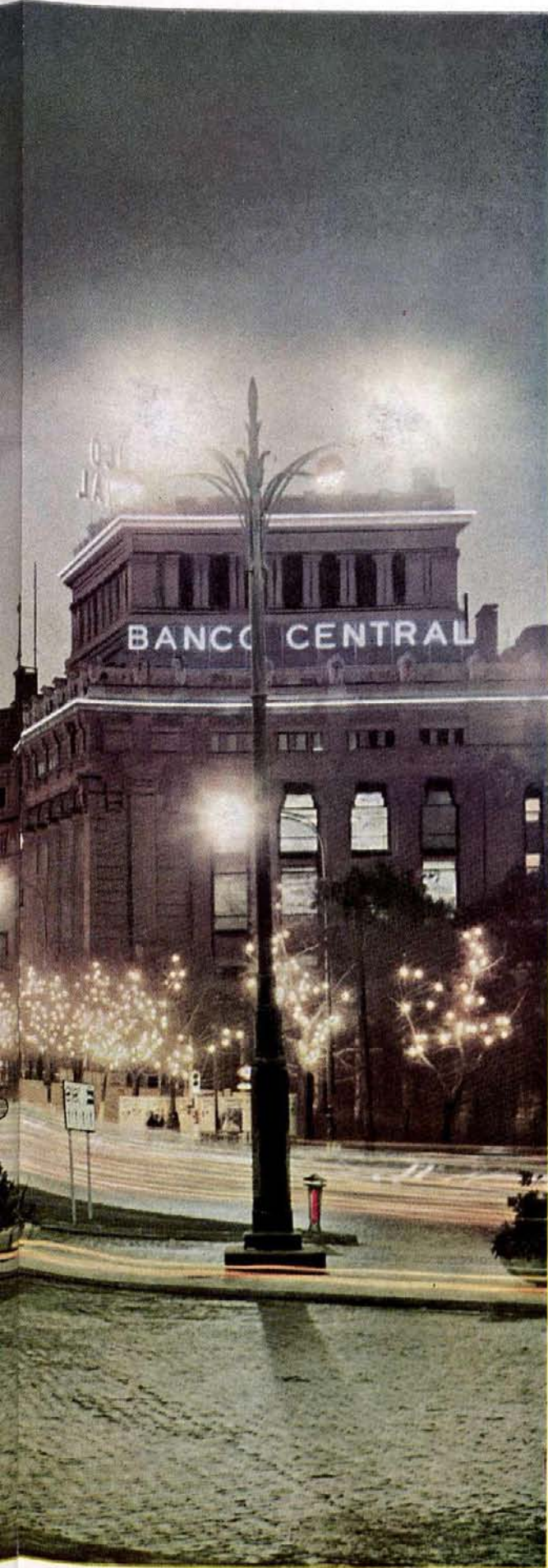
AÑO V

NUM. 19

Ayuntamiento de Madrid



La madrileñísima calle de Alcalá adornada con la espléndida iluminación en las pasadas fiestas navideñas



EDITORIAL

DESDE ahora el Ayuntamiento de Madrid dispone nuevamente de su propia Revista que, con las mismas palabras que abrieron su primer número, quiere iniciar su reanudación. Sobran así más rotundas y solemnes afirmaciones de continuidad, de unidad de criterio, de identidad de propósitos. Como entonces, también ahora podemos escribir: "Nuestra Revista pretende —nada menos— cumplir una misión y llenar un vacío. La misión es servir a Madrid; el vacío, aquel medio de servicio con que no contábamos y que desde ahora encarna en esta Revista que titulamos con el nombre madrileño y chiquito de VILLA DE MADRID."

En la tarea editorial sustituye la Delegación de Educación al Centro de Estudios Municipales Antonio Maura. Naturalmente, esto no puede ni quiere significar que las páginas de VILLA DE MADRID se hayan cerrado para aquellas ilustres firmas que, a lo largo de dieciocho bien logrados números, explicaron la his-

toria y teoría de Madrid con galanura de estilo, sobrado conocimiento y amorosa delectación. Seguimos contando con sus firmas, a las que vienen a sumarse las de los cronistas de la Villa, que componen una ilustre institución, llamada ahora a muy importantes y concretas misiones por expresa voluntad del señor Alcalde. Pretendemos, en definitiva, que los más conspicuos tratadistas del tema Madrid, los más interesados en su pasado, presente y futuro, encuentren en esta Revista un medio idóneo de expresión.

Mil novecientos sesenta y seis ha sido año pródigo en celebraciones de centenarios. Jacinto Benavente, Carlos Arniches, Ramón María del Valle-Inclán, Eduardo Gómez de Baquero, han sido recordados como figuras ilustres de Madrid. Unos nacieron a la vida en la Villa; otros, en ella nacieron a la fama. Todos realizaron aquí su genio, que mucho debe al genio de Madrid. "Aflante", este genio poderoso, tanto Valle-Inclán como Arniches se sintieron tan radicalmente madrileños —que es como decir españoles universales—, que su madrileñismo en nada cede al de Benavente y Gómez de Baquero. Nuestro llorado Ramón Gómez de la Serna, cuyo extraño y genial museo será muy pronto de Madrid, contó magistralmente la madrileñización de aquel otro Ramón, don Ramón María del Valle-Inclán, en palabras que se recogen en este número, como el mejor homenaje que a la memoria del fino estilista podríamos ofrecer.

ARNICHES, HOMBRE BIEN VISTO

POR F. GARCIA PAVON
ILUSTRACIONES DE TAULER



EN este país, para estar «bien visto» por la porción más saneada de sus opinantes e incluso de sus oponentes sistemáticos, hay que calzar méritos de muy rara horma. (En España abunda el arquetipo que podríamos denominar «opponente absoluto». El eje de su personalidad pensante es oponerse a todo. El «sistema» filosófico de los tales es un eslabonamiento indefinido de «noes». No, a lo que nunca pensó; no, a lo que pensó ayer, y no, a cualquier solución de futuro que no sea su pura pervivencia biológica. Esta vocación negadora, si no en el grado máximo que acabo de apuntar, en grados intermedios varios, sí que constituye algo así como un mal nacional.) Casi todos los hombres importantes que en España ha habido, desde que prefiguraron su notabilidad, se vieron fieramente clasificados en las celdillas tra-

dicionales, y por supuesto quedaron eternamente mal vistos por todas las facciones contrarias. Los mejores españoles han sido sólo «bien vistos» por grupos parciales de amigos, por co-partícipes en logias cordiales, ideológicas o estéticas. Pero el conseguir asenso común —casi común— y parecida imagen ante la mirada de la mayoría de los españoles, pocos hombres lo lograron como Arniches.

El fenómeno, por lo desusado, merece atención. Pues el que un hombre que tiene fama, gana dinero y hace de verdad algo importante, goce de general simpatía en esta república ibérica, es hecho que conviene marcar con raya blanca.

Benavente, para no salirnos del mundo italiano, vivió en olor de masas importantes, pero no gozó favor de los más empinados intelectuales del país, ni del pueblo



bajo. Más bien halló eco en la aristocracia, alta burguesía y ciertos sectores esteticistas de muy dudoso rigor mental. El zócalo de los Quintero fue de menos entidad. Su público adolecía de una sensibilidad más bien blanda y afectada por pintoresquismos y gracias epidérmicas. Con su teatro se pasaba el rato, hacían gracia, pero a la hora de valorar su obra con las grandes cuadrantes estéticas, apenas excedía de lo que conviene a entendederas de buen conformar. No cumple aquí traer el paralelismo de Muñoz Seca, a pesar de su gran ingenio, autor de más bastandadura y duramente parcializado en un cantón político nada popular.

Arniches, sin embargo, tuvo partidarios pluralísimos en todos los estamentos sociales y opinantes. La armonía de sus defectos y virtudes, tensiones y flojedades, popularismo y progresismo, pinto-

resquismo y trazo trágico, criticismo y paternalismo juntamente, le allegaron simpatía en todos los perímetros españoles. La variedad de su talento, garra para crear personajes, casticismo, adoración del figurativismo localista, arranque trágico y preocupación constante, aunque tímida —precisamente por tímida—, de los graves males nacionales, daban alegría a todos... Estos argumentos para explicar este asenso común pueden parecer simplistas, y sobre todos ellos debe hablarse de un *pathos*, imposible de cualificar y cuantificar. Pero lo cierto es que el modesto menestral, madrileño o de donde fuere; el listo de provincias, el costumbrista, el progresista político, el pasivo burgués que considera que el mundo está bien hecho, la mujer sentimental y hasta sentimentalona, y el intelectual de grado como Pérez de Ayala, encontraban atractivo en el teatro de Arniches. Su

falta de combatividad y el no presentar ataques frontales e irritados lo preservaban. Sabía esbozar los problemas más comprometidos, pero al encarnarlos en tipos de verdadera gracia, nadie se enfadaba. Los sujetos de apariencia más repulsiva y contrarios a la ética de Arniches, siempre aparecían ungidos con trazos tan logrados e hilarantes, que perdían toda potencialidad de agresión.

Veamos ejemplos de esta táctica en dos obras muy concretas. Ejemplos que podrían extenderse a la mayor parte de la producción arnichesca.

En una de ellas, muy breve, llamada «La pareja científica», el





autor traza el cuadro desolador de la mísera existencia de dos menesterosos madrileños. El coloquio discurre en Nochebuena, entre dos «guindillas» y el golfillo que llevan preso por robar un impermeable. Frío, hambre, orfandad... e injusticia milenaria. Pues bien, este drama social, argumentalmente muy recargado de tintas, bajo la pluma de Arniches aparece encubierto tan donosamente por las gracias de los guardias y del mismo golfillo, que a quien no le apetezca adentrarse en la espina amarga del caso, queda tan satisfecho de la «estampa». Al final de la obrita, por el contrario, es el espectador seriamente preocupado por la miseria humana quien sufre una pequeña decepción; Arniches, en vez de dar una solución para casos tan lamentables, solución revolucionaria o si se quiere hiriente, se limita a invocar a los Grandes de España: Ariones, Albas, Medinacelis, Infantados, etc., para que repartan con justicia las plazas vacantes en los establecimien-

tos benéficos que ellos suministran y sostienen y se fijan antes en estos casos lastimosos que en aquellos otros «recomendados» con menos necesidad... Pero de verdad nadie podía enfadarse con Arniches luego de ver «La pareja científica». Demuestra una preocupación seria por la injusticia social en aquella España de principios de siglo, cosa realmente infrecuente entre los autores cómicos. Para quitar acritud al caso, pinta los tipos con una gracia que llegaba a todos. Y luego, a la hora de fallar —él no era un político, sólo una buena persona—, se limita a una solución que podía ser deficiente, pero en forma alguna en desacuerdo con la mejor ética de su tiempo.

En sus obras, por ejemplo, de crítica de la vida provinciana: «La señorita de Trevélez», o mejor aún, «La heroica villa», pone al descubierto todas las lacras, cursilerías, prejuicios y rutinas de las olvidadas provincias españolas, sin omitir argumentos de los que todos los días predicaban los periódicos progresistas. Pero los tipos más antipáticos y fosilizados están pintados con tal gracia y subrayado con tal denosura sus monstruosidades, que el espectador más reaccionario y chovinista de su provincia olvidaba el posible resquemor y quedaba prendido por el duende humorístico o sentimental.

No hay obra de Arniches en que su buena sombra, bonomía y flojera sentimental no sean suficientes para contener a todos, aunque encubran verdades, que escritas por otra pluma menos rica, hubieran resultado escandalosas. Manejó un mundo tan complejo, tan alto y tan bajo, tan inspirado y elemental, tan pintoresco y trascendente juntamente, que siempre le

proporcionó un margen de confianza en todos los estamentos sociales, ideológicos y estéticos. Pérez de Ayala lo halló magistral en sus tragedias grotescas. El pueblo de Madrid se veía reflejado en su teatro. Los progresistas más avanzados lo consideraban conducto importante de sus ideas renovadoras. Las mujeres flojas de párpado podían llorar a gusto, los necios reír y los avisados sonreír con amargura. Su misma sátira clerical, con ser tan abundante, nunca o pocas veces le ocasionó disgustos, a pesar de estar expuesta en los escenarios españoles.

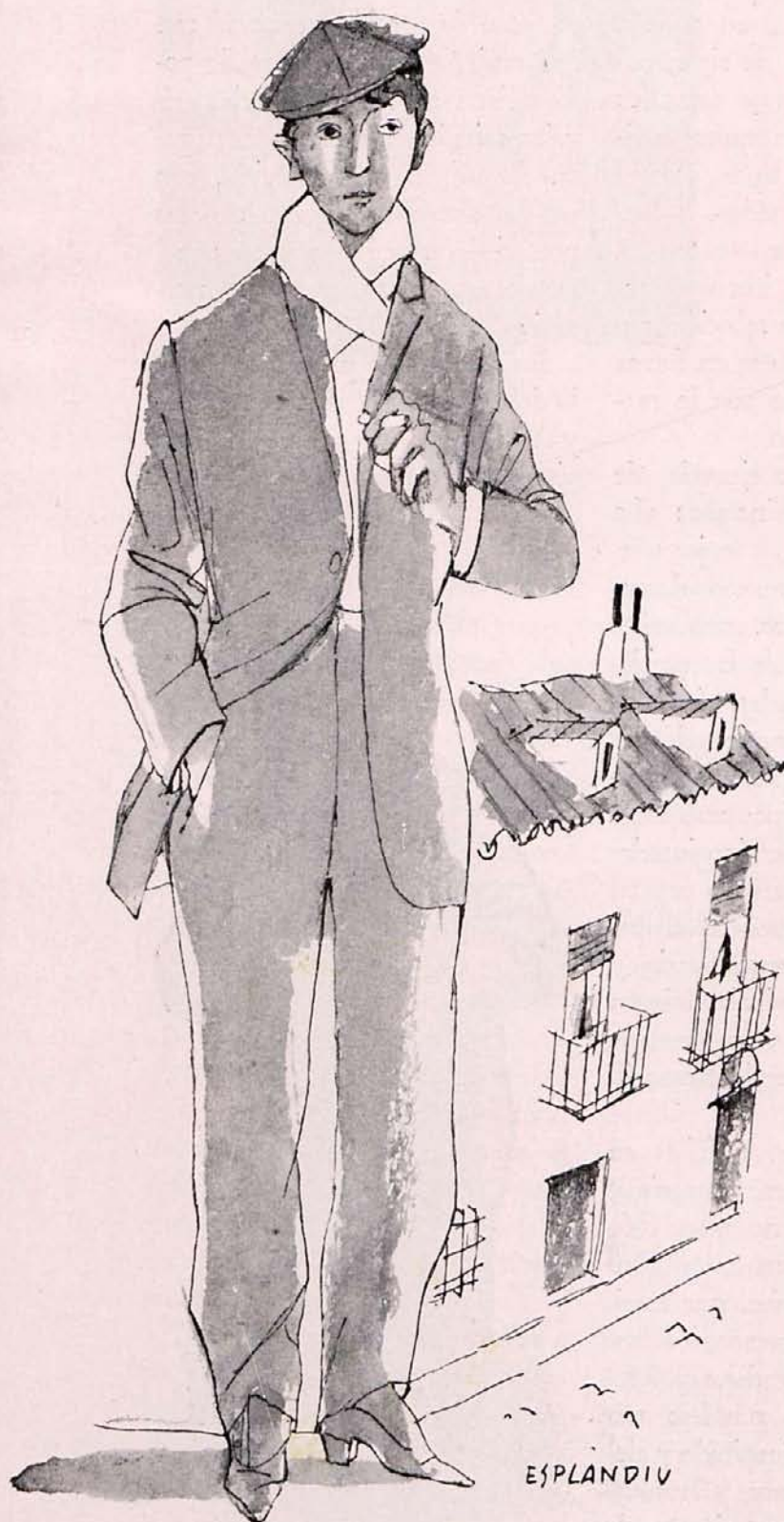
En este país se puede decir todo lo del mundo si se dice con gracia, y Arniches la tuvo para ser el «bien visto» por todos.



ARNICHES O EL HONOR POPULAR

POR EUGENIA SERRANO

ILUSTRACIONES: ESPLANDIU



ANDABA yo estos días buscando, que no es fácil encontrar, obras de Arniches. No las completas, publicadas ya en ediciones de lujo, sino modestas ediciones de teatro, de poco precio, en la época de su aparición. Y que demuestran la afición dramática de los madrileños, de fin de siglo y primer tercio de éste. No hay ahora tantas publicaciones teatrales, ni tanta afición. El cine ha ganado la primera parte de la batalla al teatro. El madrileño no es tan estrenista como fue en tiempos. No obstante, creo que la segunda batalla, la fase final, volverá a ganarla el escenario a la pantalla. Algo que se parece a la luz del alba, aún fría, pero anuncio de esplendor, está comenzando en la vida social madrileña. Si se consigue representar teatro a «precios populares», a seis duros la butaca, como el cine, habrá popularidad para el teatro.

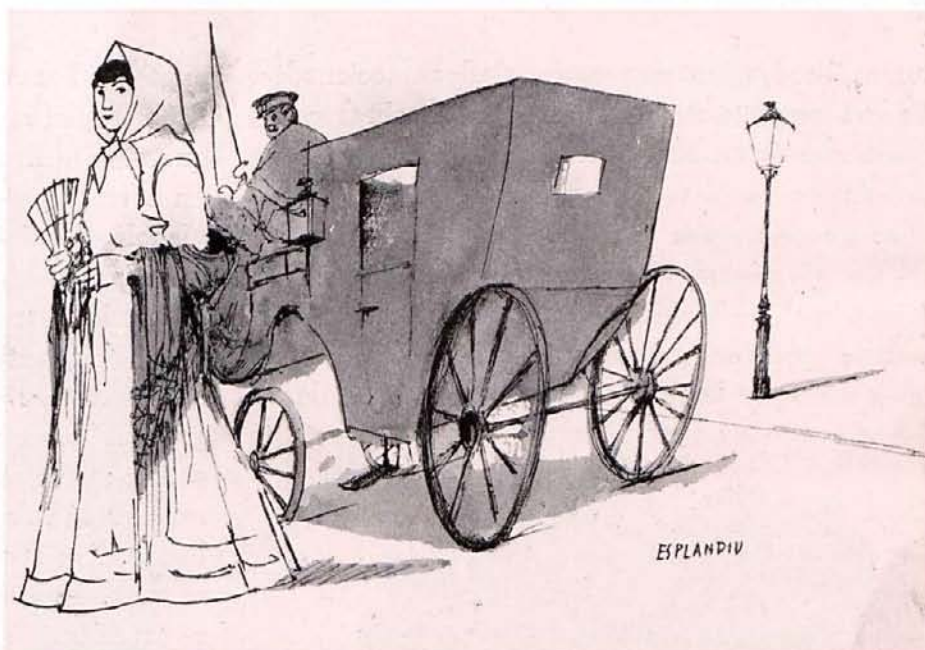
Mirando las portadas de las ediciones, me di cuenta de que muchas obras que la memoria nos decía de Arniches, no eran sino de otros: Paso, Abati, Fernández de Sevilla, Millán Astray, Honorio Maura y tantos otros que no recuerdo... Sucede que el nombre de Carlos Arniches se ha alzado, como se alzó el de Lope de Vega con la monarquía teatral de su tiempo, en el teatro que pu-

diéramos llamar «escuela de las costumbres». Lo enlazamos, casi sin solución de continuidad, con «La verbena de la Paloma» y «La Revoltosa». Escuela de las costumbres madrileñas. Si los músicos fueron extraordinarios, los libretistas de «La verbena» y «La Revoltosa» supieron fijar el carácter del noble pueblo madrileño. Y dejarlo en arquetipo.

Esto de «pueblo», en el gran Madrid que va para los tres millones de habitantes, va siendo desvirtuado. No, no se trata de los empleados de las oficinas, ni del Madrid turístico, ni ministerial. Ni tampoco el de las pobres gentes, que vienen, casi siempre del Sur o de Levante, a buscar un trozo de pan menos duro y más abundante y con algo más que de las tierras que abandonan. Tierras que nunca fueron del todo suyas. Y los tuvieron como abandonados.

Arniches sigue la línea de un Madrid que pudiéramos llamar de Carlos III, el primero que apuntó Ramón de la Cruz. Madrid, menestral en su mayor parte, obreros, comerciantes modestos, gentes sin mucho empingorotar, de profesiones liberales, riquillos más bien modestos, que se atreven a veranear en Carabanchel, como los inefables personajes de Moratín. Pueblo trabajador, y burguesía, y clase media, que son el *humus* social, el fondo fértil, donde se pueden asentar las grandes ciudades. Su masa, y su levadura. Todo lo demás, es igual, internacional por todas partes del mundo, y carece de carácter. De costumbres peculiares y típicas.

Cuando Arniches reestrena, en



el teatro Novedades, en 1918, «El agua del Manzanares», sainete en tres actos, el éxito es apoteósico. Tiene que salir a hablar al público, y es esperado en la calle para ser vitoreado, aplaudido y manoseado por los admiradores que le esperaban. El Novedades estaba en la calle de Toledo, en el corazón del Madrid, al que el autor se refería. Y aquello fue la revolución del barrio. El autor, enamorado de la «castiza y extraña psicología de estos alegres y buenos madrileños de los barrios bajos, vivos en el ingenio, prontos en la emoción, graciosos, burlones, jaraneros...» Son palabras de él. El autor, vol-

PORTERIA



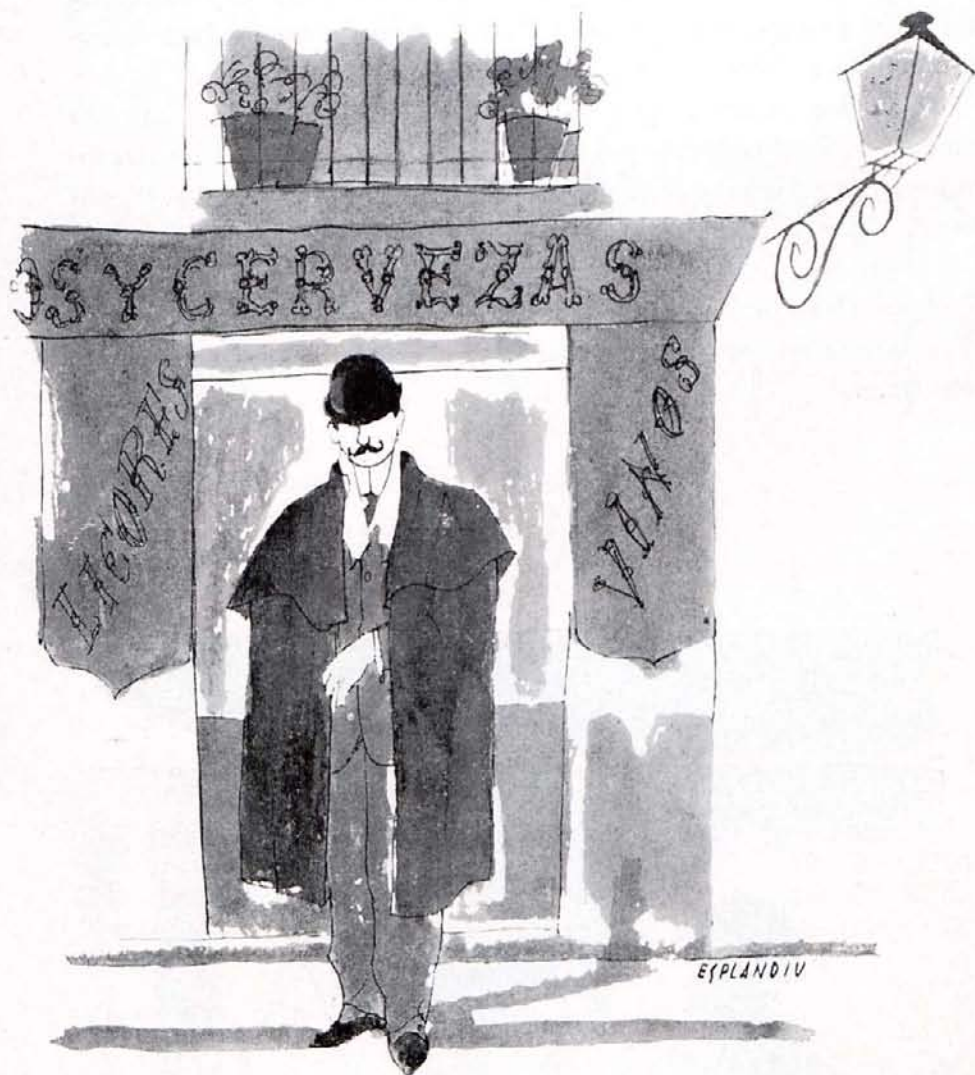
vamos, lloró, mientras recogía saludos emocionados. Ya era un veterano, con docenas de obras estrenadas con éxito. Pero, en el teatro de la calle de Toledo, se sintió totalmente prohiado por el público que intentaba retratar.

En el sainete «El agua del Manzanares», o «Cuando el río suena», obra, a mi parecer, preciosísima, que me gustaría ver representada y no imaginada por lecturas, todo gira alrededor de un

punto de honor. El honor de Julia, una chica trabajadora, obrerita. Hija de un vago, que se deja querer y mantener por las mujeres. La Julia tiene un novio, «que va con buen fin» —el de casarse—, Manolo, carpintero de armar. En torno a la Julia, merodean dos alcahuetas, la propia amiga del padre, y la Celes, vendedora a plazos, que va, ayer como hoy, vendiendo por las casas. El candidato defendido por estas dos damas de carácter es Gregorio el Tiritas; profesión, punto fuerte en el juego. Se ayuda con las mujeres. Al final, como suele suceder con frecuencia en la vida, ganan amor y honor. Los Quijotes son, una lavandera del Manzanares. Y el hermano de la Julia, el Wences, obrero también. Gana el Bien sobre el Mal. Se impone la honradez. Todo esto contado con gracia enorme. Y con unos chistes agudísimos por boca de malos y buenos.

En la misma constante de «La verbena», o de «Alma de Dios», está el propio Arniches. Celos, amor y honra, en la gente del pueblo. ¿Un drama de Calderón, no? Sí, pero el punto de honor en Calderón estaba siempre en los ricos. Y terminaba en muerte. Para Arniches y para Lope de Vega, el honor estaba también en el alma del pueblo. Véase «Fuenteovejuna». Sí, Lope, hijo de Madrid, cuyo padre sería hidalgo, pero trabajaba, lo que ya era de menos hidalguía en aquellos tiempos. Lope conocía a su pueblo menudo. Y sabía que el honor, como en su «Isidro», existía también en los pobres y sencillos. Calderón, más misterioso, con su oriundez solariega en la Montaña, tan entonada, no para en eso. Más tarde, en la crema ardiente y sangrante del siglo XIX, otro madrileño, Mariano José de Larra, seguirá el mismo hilo, generoso y verídico, de Lope. Escribe uno de sus mejores artículos, «Los barateros», o «El desafío y la pena de muerte». Podríamos identificar los barateros, con lo que se llama, por los presidios del mundo, **cabos de vara. Presos, que rigen a los presos.** En la primavera de 1836 Ignacio Argumáñes, que ha estado enfermo, encuentra que otro baratero, Gregorio Cané, se ha alzado con lo que él considera sus honorarios. «Ven a tomarlos, si eres hombre», dice Cané. Y en el patio de la cárcel, mientras se celebra un oficio religioso, los dos barateros tienen un duelo a navaja. Cané muere, y unos cuarenta días después, el 15 de abril, Argumáñes es





ajusticiado en garrote vil. Larra dice cosas atroces, «ahorea a los plebeyos, que se batan en duelo, colma de honores a los señores que se batan en duelo...» Tiene algunas expresiones muy acertadas. La sociedad se confiesa a sí misma. «¿No ves que me exalta la base del cuerpo, que es el pueblo? ¿No ves que ando sobre él, en vez de andar con él?»

Y aquí está la generosidad de Larra. Enlaza con Lope. Ramón de la Cruz, que era aseñoritado, clase media intelectual, y desdeñoso, hubiese hecho de esto un sainete cruel, como todos los suyos. Arniches no tocó este tema. Pero él se da cuenta que «también la gente del pueblo tiene su corazoncito».

Y su honor, con él. No, no necesita el padre alcalde, como Calderón.

Seis años después estrena en el Eslava otro sainete dramático: «La mala hora». Sigue la línea clásica del honor popular. Y aquí viene lo de Calderón, y aun lo de Tirso de Molina. La chica burlada

se va a vengar. Pero no se venga. Antes de que llegue la sangre al río, Arniches se ha sacado de la manga uno de esos prodigiosos curas suyos, de anteojos de alambre y sotana raída. No hay crimen. Al final, los buenos encuentran su premio, y los malos, el perdón. Aquí el mal no es ningún señorito, es simplemente, el dinero de un comerciante rico.

Y ya estamos en la línea de los curas de aldea. El prodigioso padre Josechu de «La tragedia de Marichu». La tragedia de Marichu, en una sociedad frívola, de hampa dorada, insensible, estúpida y egoísta, es que está enamorada, en serio, de su marido. Ronda el adulterio. Y, no, nada de calderoniano. A «morradas», el curilla vasco arregla todo.

Ya estamos en la teoría de los curas, y los hombres buenos, sí, lo que jurídicamente se llama así «hombres buenos». Gente pobretona en su mayor parte, como «El Padre Pitillo», o los mediadores del «Tío Miserias». Gente con honor, cuya mayor calidad estriba en su bondad. Y en que hay que seguir viviendo, sin hacer daño a nadie. Trabajando, claro.

El teatro de Arniches fue contemporáneo del de Muñoz Seca. Del inteligentísimo Muñoz Seca. Que también retrataba tipos populares. Pero cierta zona del pueblo le guardaba rencor. Sí, Muñoz Seca veía las cosas desde fuera. Las veía como eran, quizá, en la realidad. Organizaciones sindicalistas de la República, no le perdonaron. «La O. C. A.» «La Asociación de obreros cansados y aburridos». Fue una re-

presalia atroz. Pero, literariamente, no se podía negar que el inteligentísimo, genialoide y originalísimo Muñoz Seca tenía ribetes de señoritismo despectivo y literario. En política, rara vez no se purgan en cuanto hay revoluciones. En literatura, restan popularidad.

Arniches contó en una entrevista, que su padre fue empleado del Estado. En aquellos tiempos pocos empleos eran por oposición. Y el padre, y el hogar de Arniches, temblaba cada vez que cambiaba el ministro y el partido gubernamental. Sí, lo de Larra sobre los Ministerios:

«Aquí yace media España; murió de la otra media, en el día de Difuntos.»

Arniches conoció la pobreza y la inseguridad económica, que es lo que nos acerca más al pueblo menudo y sus angustias. Angustias infantiles que habrían de valerle fortuna, laureles y éxito, en la madurez.

Hoy, en su centenario, nos parece que resume todo el teatro popular español de este medio siglo. Y es cierto. En otras revisiones que se hagan, habrá más calidad artística e intelectual, quizá. Pero será difícil encontrar un autor tan entremezclado con sus personajes. Tan actual y viviente aún.

Pasó el Siglo de Oro, y su punto de honor calderoniano. Pasaron también los entonados señoritismos de un Ramón de la Cruz y un Moratín, escritores para clases «finas». Larra, que escribió para todo el que supiera leer, murió desgarrándose el corazón, gritando con sus venas, en pleno siglo XIX. Alguien coge

este corazón con sus manos cariñosas. Y, sí, sólo una gota, una gota sólo de esta sangre amarga, cálida, trascendente y trascendida de humanidad, la mezcla, en el XX, a su tinta.

El Carlos Arniches que estudia al pueblo madrileño, que era como suyo, con paciencia y ternura. Sin cursilería. Va entomologando los tipos y las virtudes, que ya no son sólo de los grandes. Y que acaso residen en los humildes y los pobres. El, como quiere Larra, no pisa al pueblo, marcha con él. Y durará todo lo que este pueblo dure. El espejo vive tanto como los semblantes de estos madrileños que hoy se reconocen en «su teatro». Como le reconocieron las generaciones anteriores.



PRIMERA PRESENCIA MADRILEÑA DE DON RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

LLEGO a la corte como en la última diligencia —diligencia tirada por la primer locomotora gallega— y tardó varios días en traspasar esos puertos secos de las cordilleras que succionaron al universo en su entraña y le pueblan de aires extraños y exóticos, anemonizando en su abismo madreporas y corales, a más de alguna estrella diurna.

Llegó con un sombrero mexicano, melena de explorador y una chalina roja, diciendo que no le gustaba Madrid porque él solía pasear con dos leones que tenía y no le dejaban subir al tranvía con ellos.

Era el Madrid del año 97, que dentro de su pobreza valía mucho y bebía su vino con delectación, sabiendo que era pura sangre del tiempo.

Al poco tiempo don Ramón portaba sombrero de copa alta, puntiaguda barba negra, larga melena que daba una vuelta hacia adentro sobre el cuello de terciopelo de su macfarland, y usaba queredos atados con una larga cinta negra.

Era la mejor máscara a pie que cruzaba la calle de Alcalá, y yo recuerdo haberle visto pasar tieso, orgulloso, pero ocultándose de cuando en cuando detrás de las carteleras de los teatros, que eran como burladeros contra las cornadas de aquel público que le llamaba «el poeta melenudo».

Vive en modestas casas de huéspedes y, como recibe muy pocos duros de su padre, come apenas. Su portera le prepara alguna vez guisos, que comparte con Manuel Bueno, el que después ha de dejarle manco y al que responde cuando le propone el periodismo: «La Prensa avillana el estilo y empequeñece todo ideal estético.» El se dedica al gran sacrificio de su vida, esperando crear su obra.

Ramiro de Maeztu cuenta cómo lo conoció:

«Iba yo con Manuel Bueno por La Equitativa cuando vimos a un joven de larga barba y melena hasta la espalda que se estaba pegando con tres estudiantes, —¡Ese es Valle-Inclán!— me dijo Bue-

no, y nos acercamos. Don Ramón, al vernos, se dirigió a mí: —¡Hidalgo!—me voceó—. ¡Echeche para atraz y cierre contra eztos villanoz!»

Era aquel Madrid un Madrid boquiabierto, mansurrón, lleno de aguadores gallegos, y por eso Valle exageró su aristocracia volviéndose agresivamente contra aquel pueblo tan plebeyo.

Es la época en que se cuentan sus primeras anécdotas: que si su sueño sería pasearse sobre un elefante blanco por la Puerta del Sol; que si se había desafiado con un marqués que puso por condición para ir al campo del honor que el poeta se cortase la melena; que si había subido a casa de un doctor de voz aflautada con cuya mujer tenía amores, y que al preguntarle, asomándose por la mirilla: «¿Quién es usted?», Valle había respondido: «El padre de sus hijos».

Azorín, en su *Charivarí*, cuenta que se encuentra con don Ramón y éste le dice que no ha vendido más que cuatro ejemplares de su último libro y que va a tirar la edición entera por una alcantarilla.

Pensando sólo en su obra futura, Valle-Inclán adora aquellos días de dura bohemia, pues será el que siempre ha de creer en la fulgurante bohemia.

Valle sabía que hacer bohemia es lo que arregla y supera al español, lo que le pone a punto de enterarse de lo que está en la calle, en el mesón, en el tabernáculo de la taberna, en el café.

Convencido de eso, siempre hizo todo lo posible para que se desmoronasen las cosas, para que volviese el desarreglo de su vida, para estar otra vez en la miseria y en la calle.

Por eso más tarde titulará *Luces de bohemia*, con título deslumbrante, una de sus mejores obras, y gracias a la bohemia encontró luces de arte que no pasarán, que le harán perdurar en la literatura española.

Ha llegado a una España contradictoria, y en vez de prescindir de los hombres para comprender que España es más que nada un gran molde espiritual para contempladores —más eterno el molde que las pequeñas estatuas—, molde de honradez, de catedrales, de pensatividad religiosa y humana, quiere aún capitanear a alguien: carlistas al principio, artistas después, tertulios de café al fin.

No había ya aquellos príncipes, aquellos coordinadores, aquellos próceres que inventaban puestitos para que no se muriese de hambre el artista.

Ya habían llegado los que al ver la lista de peticionarios se arredran y no distinguen los dos o tres que hay que salvar sobre la turbamulta de pseudo-artistas y reporteros.

¡Con qué pocas prebendas se salvaría a los encauzadores ideales y se evitaría que diese su firma a toda disidencia!

Valle, sin embargo, impropio y hampante, supo aguantar muchos años firmando un pacto de no agresión contra el hombre.

Ruiz Contreras le invitaba a cenar al llegar al portal de su casa a las nueve de la noche, y él siempre decía que «de esperaban», y era notorio que sólo pasaba por sus filtros el chirle café de los cafés madrileños, pretexto para conversar, pero ni siquiera petróleo para el corazón.

Al referir Cejador esta primera presencia de don Ramón en Madrid, dice:

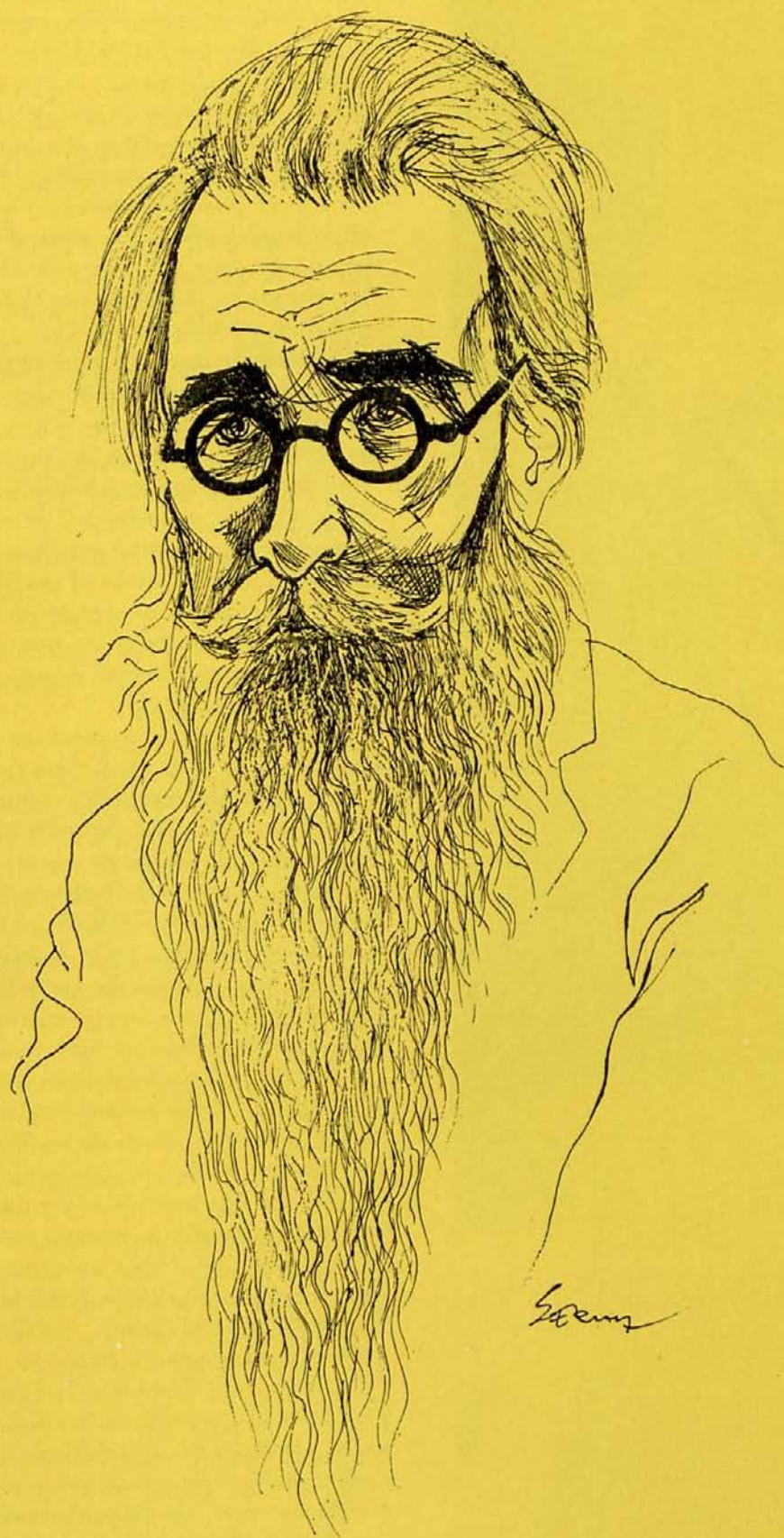
«Llegó a la corte, presentándose entre los jóvenes como personaje misterioso, aventurero, achilladizo y linajudo, que recordaba en el vivir la manera romántica, bien que adobada con cierto aristocrático refinamiento, conforme a la época decadente de los artistas de París. Según esta misma idea romántico-modernista, fraguó en su fantasía el tipo de un personaje, hidalgo a la antigua y bohemio a la moderna, todo a la vez, a quien dio por nombre el Marqués de Bradomín, gallego tradicionalista y monárquico chapado a la antigua, linajudo y señor de sus Estados; pero mundano y lascivo, conquistador donjuanesco, refinado en placeres: en suma, en el fondo del alma, un español aristócrata a la antigua española, forrado de los decadentismos de la moderna aristocracia. A este dechado, que tiene no poco del famoso libertino italiano Casanova, acomodó su manera de presentarse en todas partes, ya que no su manera de vivir, por no permitírsele la maldita falta de pecunia; y tal fue el personaje que se propuso retratar en sus obras literarias.»

Juan Ramón Jiménez le recuerda junto a Rubén en un café del 1899:

«Rubén Darío, chaqué negro y negro sombrero de media copa, totalidad estropeada, soñolienta, perdida. Valle, pantalón negro y blanco a cuadros, levita café y sombrero humo de tubo, deslucido todo. Rubén Darío estalla sus gafas con brillo; a Valle la gala opaca, funeral, le sobra y le cae por todas partes.»

Juan Ramón, que dice escuchar atentamente a Valle, cierra su retrato así:

«Y al final de su perorata, policroma, musical, plástica, había siempre una frase dinámica, ascensional, de espesa cauda de oro vivo, que subía, subía, subía, entre el coreo y el vítor generales y daba en lo más alto de su poder un estallido final, el trueno gordo, como un gran punto redondo, áureo y rojo un instante, negro luego y desvanecido en lo más negro. Valle-Inclán se quedaba abajo enjuto, oscuro, abumado, en punta a su frase, como un árbol al que un incendio le ha volado la copa, un espantapájaros con rostro de viento, como el castillo quemado de los fuegos de artificio.»





*Luis García Vidal, en el personaje
de el ciego de Gondar*

Pedro de Répide, en reciente artículo publicado en Venezuela, recuerda más cosas olvidadas de aquellos tiempos:

«Vivía entonces Valle en un piso último de la calle de Martín de los Heros, donde no tenía más muebles que la cama, la mesa y un par de sillas. Cuando había más de un visitante, el conflicto era grave para acomodarse. De aquella casa salió como solía, de una manera ruidosa y heroica. Presentóse un día el guardia municipal encargado de recoger el padrón domiciliario para el impuesto de cédulas personales. Lo primero que hizo Valle fue negarle la entrada y disponerse a defender su habitación como un castillo roquero.

»Después de marear al municipal con elocuentes frases sazonadas de impropiedades, que el otro no entendía, manifestó que no abriría la puerta si no le presentaba un mandamiento judicial. Ya se habían juntado dos municipales y un funcionario más, y al cabo de un rato volvieron con la orden del juez, y entonces franqueó el paso con muy solemne dignidad. Pero cuando el escribiente se disponía a utilizar la mesa y el recado de escribir que en ella estaba, Valle-Inclán se lo impidió airadamente, diciéndole con su gracioso ceceo, más de andaluz que de gallego:

«—Ahí, no. Eza meza ez para ezcribir obras maeztroz, no para ezoz menezterez de cagantintaz. Uztez, si quiere ezcribir, ezcribe en el zuelo.

»El covachuelillo, armado de paciencia, salió a la vecindad en busca de un tintero, porque, naturalmente, el de Valle hubiera ido a parar a su cabeza antes que a sus manos, y cuando volvió con su guardia municipal, Valle había cerrado la puerta del piso y les negaba la entrada porque el mandamiento judicial no servía más que para una vez y ya lo habían utilizado e inutilizado.

»Al fin, quien desalojó la casa fue él, y dejando el barrio de Argüelles se marchó a vivir al otro extremo de la villa, cerca de las Ventas, en la barriada de Madrid Moderno. Yo tenía allí una pequeña quinta, en la cual vivía por aquellos días. Valle-Inclán fue un día a verme, agradóle el sitio y yo le hice saber que había próxima una casa desocupada, precisamente al lado de la que habitaba Quinito Valverde, el malogrado y chispeante músico madrileño que recogía la herencia graciosa de Chueca y de Barbieri. También Jacinto Benavente había alquilado en las proximidades una quinta, en la que tenía el depósito editorial de sus obras, adonde acudía diariamente para ver a su ahijadita Rosario, y algunas veces me daba el contento de su visita.

»Yo le advertí a Valle que la casa en cuestión estaba desmantelada y que a pesar del precio irrisorio en que la alquilaban no encontraba licitadores porque el dueño se negaba a su reparación. En

efecto, en unas habitaciones le faltaban al suelo pedazos del tillado, cuando no había boquetes que permitían ver el piso de abajo desde el de arriba. Faltaban, en otras, puertas o ventanas, y en algunas piezas se vivía a la intemperie, sufriendo toda la fuerza de los elementos. Sin embargo, acomodó Valle en el fondo de la casa a un absurdo matrimonio que él llamaba su servidumbre, y él instaló su breve ajuar en el único aposento un poco resguardado.

»Allí permanecía en la cama todo el día. Hacía las siete de la tarde se vestía y marchaba al centro de Madrid. Iba al saloncillo del teatro Español los días que no estaba reñido con María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza o con alguno de los contertulios, y luego recalaba hasta el amanecer en un cenáculo de café. Hacía a pie la ida y el regreso, desdeñando todo medio de locomoción a pesar de la considerable distancia que tenía que recorrer.

»Lejos de sentirse incómodo en la inhabitable vivienda, mostrábase encantado. Realizaba en pleno Madrid lo que contaba de un vetusto caserón abandonado en que vivió en su tierra, donde tenía que sujetar la cama con cuerdas a las vigas porque también faltaba el pavimento y dormía con paraguas abierto para guardarse de la lluvia que penetraba por el destecho. Cuando se despertaba entreteníase maullando para espantar a los ratones.»

De los cafés primeros, del café de Madrid —que estaba donde está hoy el Crédito Lyonés— y del de la Montaña salían aquellos bohemios literarios hacia los deseos de escándalo que producía la España de esos tiempos; deseos de ir a la delegación, a la «delega», como se llamaba a la comisaría.

Era la hora de las tremendas penurias. Se contaban empeños inverosímiles: el empeño de un dedo en alcohol, el empeño de un besugo, el empeño de un amigo durante unas horas.

Eran los tiempos de vivir todas las madrugadas, como riqueza tolerante de sus vidas pobres, mirando lavarse en las fuentes públicas al pordiosero de la mañana, el tope definitivo que no sabían ellos del todo que era hacia el que propendían.

Ya tiene don Ramón un tipo caracterizado, y en su pobreza de hidalgo no hay que suponer suciedad porque, aclimatado en Castilla, tenía esa seca exudación del sándalo que caracteriza a los castellanos que no transpiran como los habitantes de los pueblos húmedos.

(Por eso esa sorpresa del castellano al llegar a América hasta darse cuenta de que es otro hombre y transpira como nunca transpiró.)

Dada su seca prestancia, sus polainas blancas aparecen siempre intachables y no son pretenciosos botines de cuatralbo, sino, usando una metáfora suya, prendas de «gallo polainero».

María Amparo Pamplona "Iroldina"



Hasta sucedió alguna vez en esa pobreza elegante, que encontró una levita para ir a visitar a la hija de don Carlos, la princesa doña Elvira, que vivía en una casa de huéspedes de la plaza del Angel.

Era la época en que le gritaban en los teatros de barrio aludiendo a su melena:

—¡Que se la corte! ¡Que se la corte!

Valle-Inclán acababa con esas tormentas poniéndose en pie y mirando retador hacia el sitio de donde venía la alusión.

¿Cómo se iba a cortar su melena si en ella tenía, como Sansón, la fuerza de su osadía?

Con su nariz de carnaval, con sus quevedos unidos con una cinta negra al cuello y su tirilla puntiaguda y atosigante, el empaque de don Ramón era imponente.

Su miseria continúa aun en medio de esa bromística un tanto macabra.

Así, un día, en ese Madrid en que hay que ganar la victoria literaria, intenta don Ramón ser actor, y sin quererse afeitar la barba debuta con *La comida de las fieras*, de Benavente —obra inspirada en la subasta del duque de Osuna en el palacio de las Vistillas—, pero no le acompaña la

fortuna, aunque ya siempre quedará con la cabeza torcida hacia el teatro.

Por eso un día se pregunta Unamuno si Valle-Inclán no fue más actor que autor, y dice: «Vivió, esto es, se hizo en escena. Su vida, más que sueño fue farándula. El hizo de todo muy seriamente, una gran farsa.»

Va conociendo a los nuevos escritores de España, pero al rato de ser presentado a Unamuno en un trayecto de treinta metros, de la Puerta del Sol a la Equitativa, riñen y se separan para mucho.

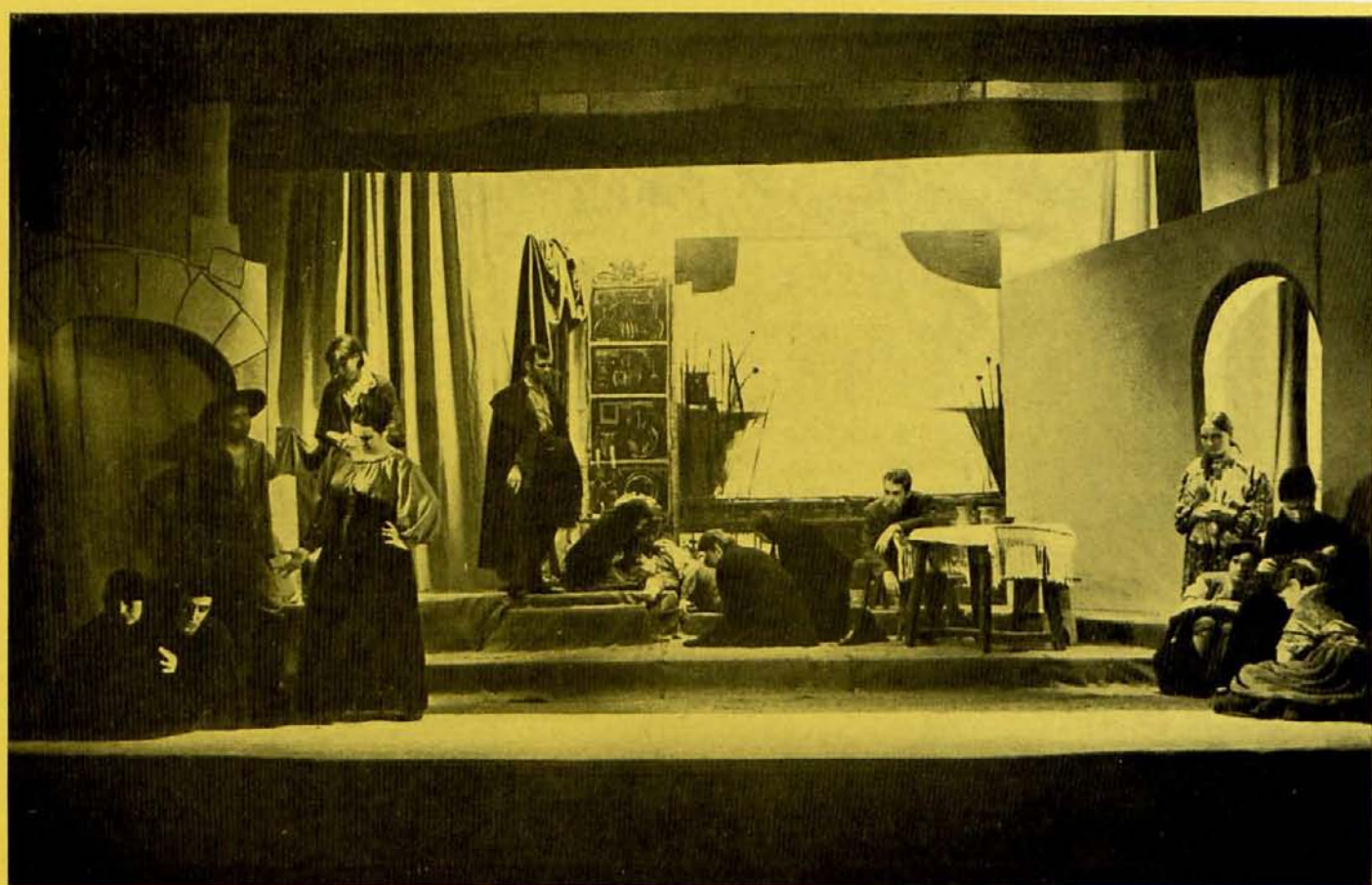
En aquella vida de casas de huéspedes y de reuniones en los divanes de los cafés, forrados con el mismo terciopelo de los embozos de las capas, se les ocurrió un día a Ramiro de Maeztu, Camilo Bargiela, Pío Baroja y Valle-Inclán proponerle al editor González Rojas la edición de un folletín titulado *Los misterios del Transvaal* —la guerra del Transvaal le iba a dar gran actualidad—, y en el folletín Baroja se ocuparía de los venenos; Bargiela, de las cosas diplomáticas, y Valle-Inclán, de las cosas de América...

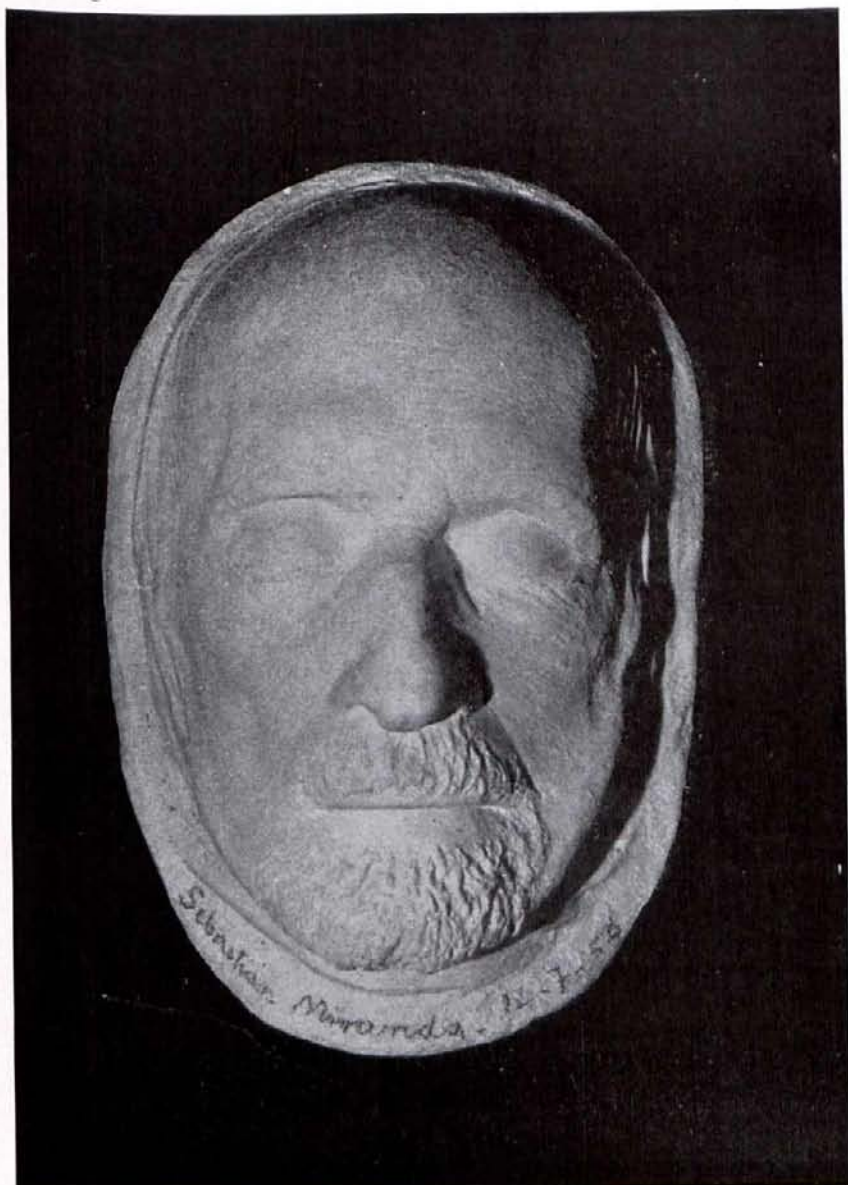
El editor no accedió, y, por no desaprovechar la idea, Ramiro de Maeztu escribió y publicó la proyectada novela como folletín de *El País*.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(«Don Ramón María del Valle-Inclán». Capítulo II. Colección Austral. Espasa Calpe. Tercera edición)

Escena de la última jornada de "El Embruñado", representada por alumnos de la Real Escuela Superior de Arte Dramático en homenaje a Valle-Inclán





*Mascarilla de Benavente, obtenida
por Sebastián Miranda.*

MEMORIA DE UN MADRILEÑO

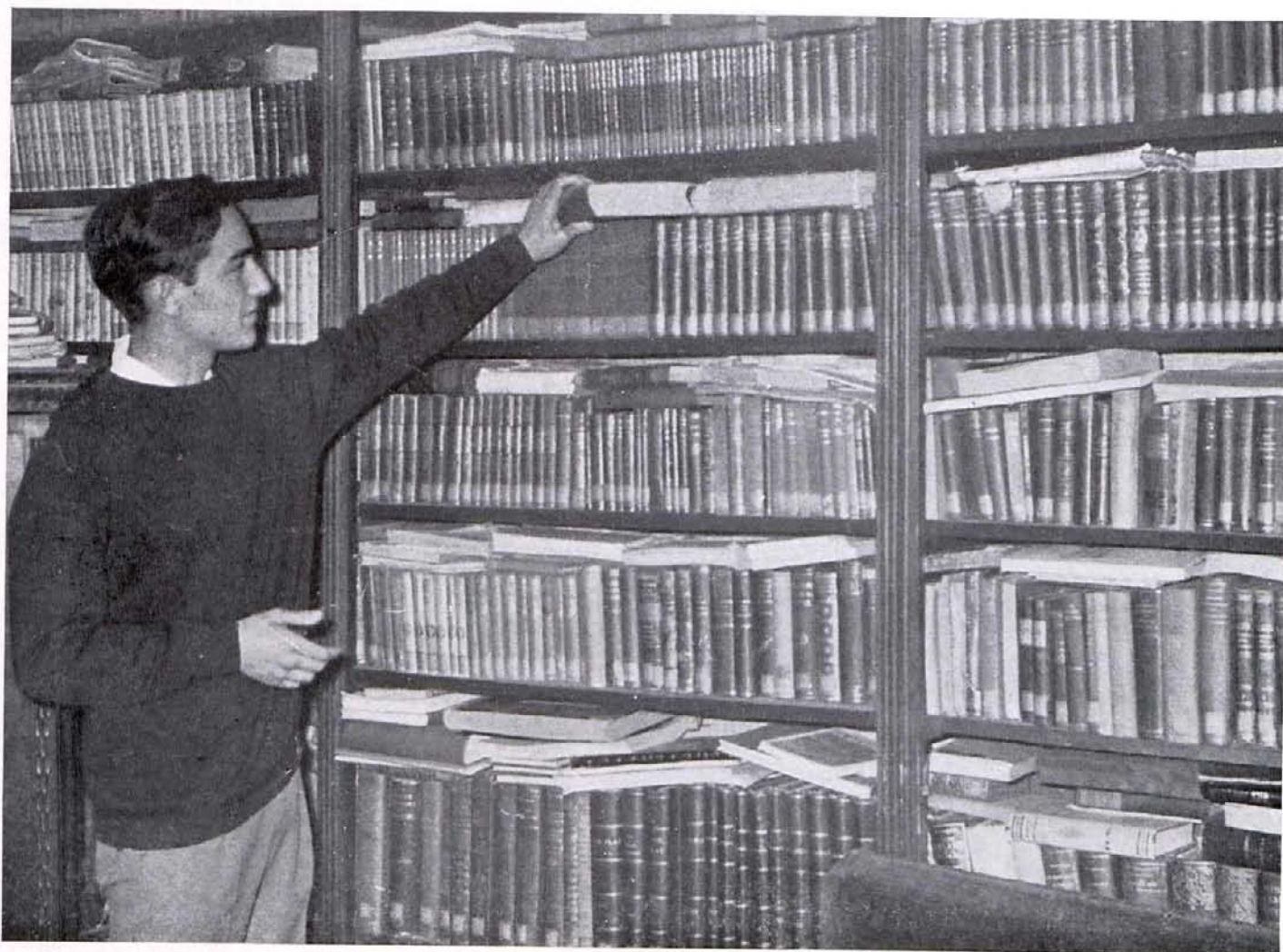
POR TOMAS BORRAS

I

LEVABA una sortija en el dedo índice: dos cabezas de serpiente —brillante y rubí—, unida brujería, terror de supersticiosos. Manita, y no mano, infantil, suave, escurridiza. Daba la mano dejándola resbalar. Fría, sensitiva. Fuera de tal detalle, aspecto para pasar inadvertido, teoría de la elegancia por Brummel, a quien seguían los «años bobos». Mas, ¿inadvertido Benavente? Era el vecino popular de Madrid; «Ahí va don Jacinto.» Le paraban en la calle para acariciar, saludo del desconocido, la manita que había escrito aquellas cosas. «¿Qué comerá este hombre?»,

fue la pregunta, en la revista de «Los Intereses Creados», del crítico de «El Liberal». Un poeta enrevesado, Gonzalo Cantó, titulaba sus imitaciones de sentencias del dramaturgo «Benaventianas». Compañeras de las «Campoamorianas». Sólo ellos lograron la popularidad máxima: bautizar la mente ajena con su apellido.

Iba la gente a oírle. Es el único caso, en la historia de nuestro teatro, en que palcos, lunetas y gallinero acudían no a presenciar una acción rápida, violenta, de múltiples escenarios, lo tradicional. Benavente acostumbró a los educados en los solos hechos a «oír» los conceptos. Escuchaban hechizados por su diálogo, aprendían su discurso,



La colección de ediciones de Shakespeare, magnífica y completa, que recogió y reunió el Benavente bibliófilo.

se lo llevaban en la memoria, lo comentaban. El esmaltaba las escenas de filosofemas. De sarcasmos y sutilezas. Transformó al espectador.

Por lo cual, y por su figurilla, le reconocía Madrid como su primero, y se esponjaba enorgullecándose de su don Jacinto. «Ese es don Jacinto.» Le miraban, le remiraban, les asombraba. «¿Cómo es posible tanto talento?»

Veían a don Jacinto, su veloz andar menudico, apenas pisada, pisapisa de ratón, un puro como segunda nariz, tronco de palo, de luz humeante que saboreaba el gatito. Su cuello de pajarita, su corbata casi siempre —al principio— de plastrón, su sombrero a lo Frégoli. Tenía barbita en punta, rala barba embozo del rostro, ojiojis esquivos. (Podía acompañarse a don Jacinto media vida sin advertir de qué color eran sus ojos, huidizos, sesgados, derramados hacia otro lado.)

La calle le sonreía al pasar, le intimidaba un poco su renombre, se encogía al cruzarse con quien

parecía gigante escuchado en su escena, y era tan sencillo que rozaba de puntillas la calle, sin despertar rivalidad. Uno de tantos, quería ser.

II

Pero la calle estaba segura de la fidelidad de don Jacinto, porque él sólo transcurrió —ochenta y cinco años— en tres lugares: su casa, su calle y su teatro. No amaba más, ni se enteraba de cosa que no brotase del hogar, de la rúa de su barrio y del camarín del cómico. Las calles no las conocía todas, en un Madrid que limitaba con Atocha, Ventas, la glorieta de Bilbao y Palacio. Nació en el barrio de las Musas y murió en el barrio de las Musas, después de no haber salido sino para la Princesa («El teatro más cerca de Madrid», le llamaban); para la Comedia, en su barrio; al Español, en su barrio, y a Lara, pues entonces ya to-

maba un coche. También le gustaba, solo en el simón pesetero, dar vueltas a la noria de la Castellana, cuando allí daban esas vueltas los «trenes» lujosos, las «entretenidas» a la última, se manejaban por las «de título» los impertinentes, recién presentados en sociedad por doña María Cristina, y había propietarios de modelos ingleses que guiaban su tronco haciendo por deporte de cocheros; y en el andén de la izquierda amazonas y «cavallieri servente» galanteaban, y a veces trotaban tras la fuga de la muchacha todavía ursulina. Paseo de coches de la que los cronistas de salones llamaban la «hig-life», «crema», «sociedad», y la infantería de peatones «perancia». Benavente, habitual de la rueda de la noria desde Cibeles al Obelisco, medio recostado con fondo de capota, el puro avanzando, los misteriosos ojos de invisible mirada llevándose historias y rasgos, calando en los caracteres, la imaginación en proyecto borroso, la ironía sacando punta al defecto de los circulantes. Un Alighieri diminuto en un purgatorio perfumado a olor de caballo.

Lápida en su casa de la calle de Atocha. Conmemora que en ella vivió y murió el insigne dramaturgo.

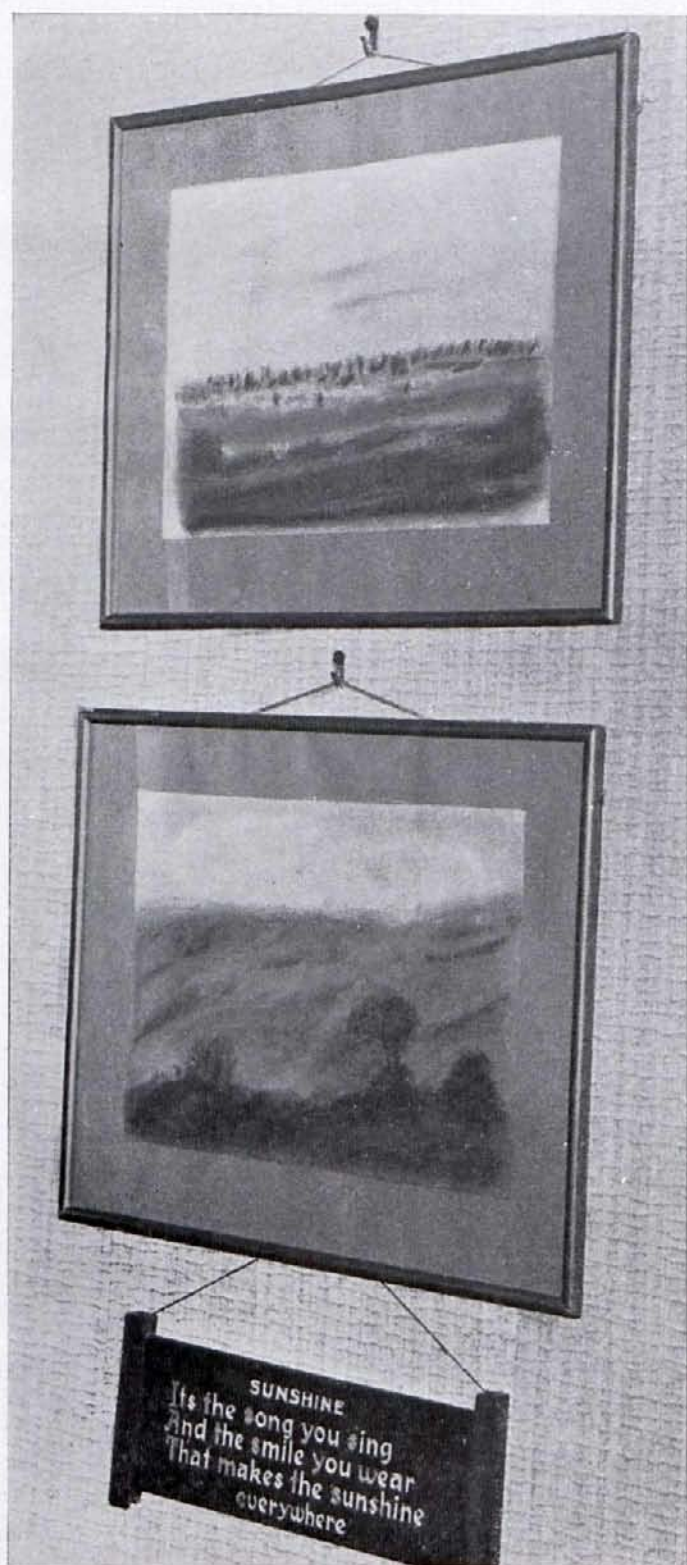


Portada de la iglesia de San Sebastián donde fue bautizado Benavente. Es lo único que resta del templo, destruido durante la Cruzada.

Calle, café como recodo, su casa, recóndito en ella, los saloncillos, las cabinas de los artistas, siempre olvidados por el arquitecto, refugiándose en cualquier agujero. Benavente, barrio de las Musas, repetidor de Cervantes, Quevedo, Lope y Góngora, por los mismos Atocha, Santa Ana, Príncipe, Prado, hacia los mismos «corrales». Y en la plaza del Angel, el recuerdo de María Ignacia y Cadalso. Un poco más abajo el Ateneo, otra de sus estaciones, por tiempos.

III

En su calle, apresurado, aunque la calle de Madrid es la segunda habitación y el madrileño vive, como vivía don Jacinto, en su casa, que es la calle; la calle pasillo de su casa, otra habitación, dicho más exacto. Resbalaba por la calle para no detenerse; si alguien le acompañaba le hacía casi correr. No era paseante. ¿Le daba recelo aquella



Don Jacinto pintaba acuarelas en su ancianidad. Y no era mal pintor. La familia Hurtado conserva en el piso que habitó el insigne madrileño, la colección de esas deliciosas obras plásticas.

Recuerdos de estrenos y de funciones teatrales en que se honró al genio de Jacinto Benavente.

multitud a la deshilada, pobladora de la calle-pasillo, y la huía? ¿Le cansaba la admiración expresiva, cada cual a su manera? ¿Es que era duende?

Quizás, sí, duende, duendecillo que había medido en los siete estados bajo tierra y en los siete cielos, y de ellos dedujo su melancolía. Don Jacinto era avispa con aguijón, pero de ensoñadora nostalgia, ¿de qué? Su delicia, como la de Ariel, sentirse con alas. Poeta, la tercera parte de su expresión literaria. Toda su obra impregnada de triste poesía, de la poesía de la resignación y la esperanza. Hay en el fondo de su lírica prosa un más allá que espera, es seguro, a la criatura que en el más acá sufre. Es una de sus claves. Religiosidad inconcreta de vago anuncio con ansia de que lo anunciado se realice, sea cierto. ¿Habla el alma con quien ha de hacerla feliz algún día? ¿Recibe su premonición? Es el aroma del hacer y decir de don Jacinto.

En su tertulia de café —Gato Negro, Levante, Lisboa— el gozo de don Jacinto es saber de entrebastidores. No se habló jamás en la tertulia sino de teatro, consustancial con él, su verdadera patria. Se dice, se le ponen rabos al se dice, se contradice. Redichez de teatralerías sabrosas, pintorescas, para carcajada, que a don Jacinto incitan a que destile su gotita de amargo. Aunque don Jacinto es comedido, es más garboso, madrileñante y chancero que venenoso y cruel. Nunca una «salida» de don Jacinto ha matado a nadie. Lo que sí ha hecho es dibujar la caricatura en una frase, o ha desacreditado la romez embotada. El corro de las Brisas, siempre alrededor de don Jacinto, tomaban el chispazo de ingenio con filo contra el pedernal humano y le llevaban a todas partes. En seguida Madrid. «¿Sabéis lo que ha dicho don Jacinto?»



Diploma e insignias de su Premio Nobel.



El saloncillo del Español, con Ricardito; el de la Princesa, con don Fernando, esgrima. Pues concurrían especialistas de la cháchara con flecos a lo Marcial, y don Jacinto sobresalía en ese florete. A la puerta, los comediantes, menos la señoreadora doña María, y por los bosquetes de papel pintado y las habitaciones con tabique apoyado en fermas, saltaba la chirivita benaventiana: «Ha soltado don Jacinto...» Como si hubiera soltado un cínife para dejar sin dormir a un quídam.

IV

En el teatro demostraba sus indiferencias. Indiferencia por su propia obra. No iba a los ensayos; le tenía sin cuidado que la comedia saliera

de este o de otro modo. No exigía nada por que se representasen; la Sociedad de Autores tenía orden de autorizar a quien las solicitase; no entendía de cuentas; no sabía lo que ganaba ni preveía cosa alguna. No hablaba tampoco de sus comedias; no preguntaba; leía pasadas las semanas a los críticos, si los leía; no daba las gracias a los favorables, no se quejaba de la mordedura. Estrenaba porque le pedían comedias; hacía su tertulia, eso sí; regocijado en el teatro de turno, se iba a su tertulia del café. Le rodeaban los jóvenes, los dotados del don de aguzar la frase, los quienquiera que se arrimaban, aun los de alma parda. No rechazaba a nadie. Todos podían intervenir en los temas teatrales. El gran teatro del mundo en un café.



solva 2

218.
219.

Adios, madrecita mia, mi
segunda madre, tan buena como la
primera. Que Dios te premie lo que
has hecho por mi. Y perdona si
te he dado disgustos por mi carácter,
mis rarezas, perdóname y ten por seguro
que después de mi madre a nadie he
querido más que a ti, ni nadie ha sido
mejor para mí en este mundo.

Jacinto

"Adios, madrecita mía, mi segunda madre, tan buena como la primera. Que Dios te premie lo que has hecho por mí. Y perdona si te he dado disgustos por mi carácter y mis rarezas; perdóname y ten por seguro que después de mi madre a nadie he querido más que a ti, ni nadie ha sido mejor para mí en este mundo. Jacinto." Sentidísima despedida a doña Teresa de Hurtado. La familia Hurtado cuidó a don Jacinto en sus últimos años con entrañable afecto.

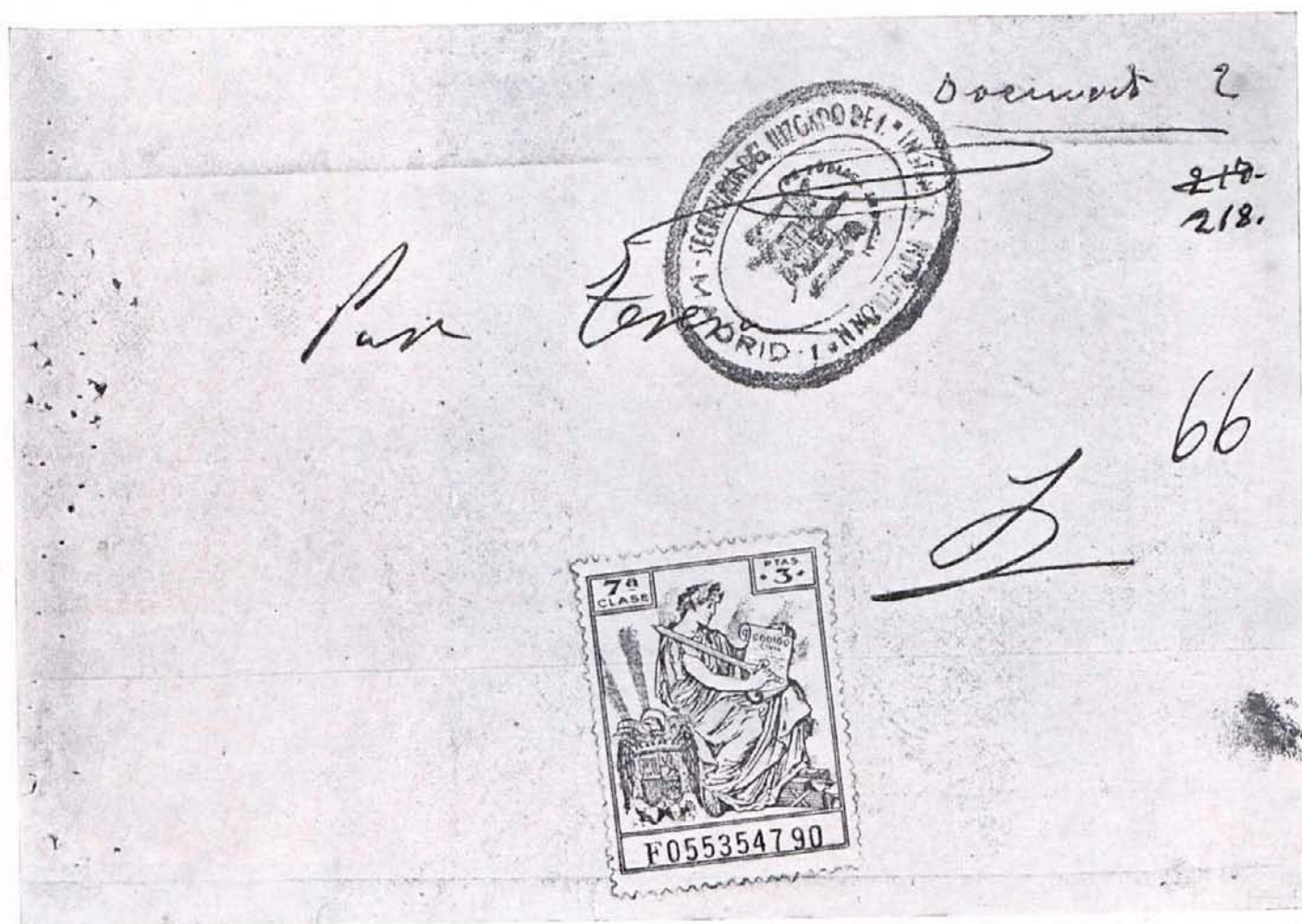
Los fúridos a su dramática le llamaban «Padre». Los comediantes, «Padrecito». Los demás, don Jacinto. Nadie «señor Benavente». No se le consideraba figurón. Era el amparador de la farándula y el compañero de polacos y chorizos. Evitaba actuar de protagonista y lucir enfático.

Por bondad y por cortesía. Su obra es aclamación pausada a la bondad. Su vivir fue dechado de cortesía. No se perdonaba ser mal educado. Siempre incidió en que le horrorizaba más la mala educación que la maldad, que prefería un artero a un necio. Sufrió alergia especial a los malos modos y las formas inciviles. Contestaba todas las cartas, atendía solícito al visitante inoportuno, era urbano, era humilde. Nunca se aisló de la convivencia. Siempre estaba en plan de calle. Lo de su pueblo.

Había querido ser actor, hubiera dado todo lo

suyo, incluso su gloria, por ser un gran actor, un Talma, un Vico, un Vilches siquiera. Su completo regocijo, encarnar su Crispín; alguna vez salió de Tenorio, en la Comedia, con Antonio Palomero, de Comendador, y Manón, de doña Inés. Manón bellísima entre las artistas de una era de bellezas. Y si todos los escritores que formaban el reparto lo echaron a chacota, eso sí, muy fina, él hizo el don Juan en serio, como si estuviera delante la batería Tallaví. Aquellos aplausos de regocijo fueron, los de las tablas, su tesoro de avaro.

Goloso, el paquetito de los dulces era proverbial a la hora de adquirir los postres. Y tomaba el café sin azúcar. «Cada cosa, en su sabor», explicaba. Las vidas de la vida las saboreó en su sabor. Por eso hay amarguras sin consuelo —«Una señora»— en su colección de vidas vividas. La filosofía de don Jacinto es aceptante. Lo que hacemos es representar;



Sobre de la carta que don Jacinto hizo llegar a doña Teresa de Hurtado después de morir. El autógrafo, hasta ahora, ha permanecido inédito.

nuestro papel debemos declamarlo como mejor podamos. Después, la Misericordia nos amparará. No despreciaba a nadie, porque aquel que sufría o se cuarteaba era el actor a quien había correspondido papel de desgraciado. Si se mira bien, en Cervantes y en Calderón está la misma idea. Benavente es autor medularmente hispánico, que ha añadido al tuétano troncal de nuestra comedia valores contemporáneos suyos y cosmopolitas, y formas de la moda escandinava, de la moda inglesa, de la moda francesa del novecientos.

No es extraña su cultura porque don Jacinto trabajó hasta la extenuación. Sabía cinco idiomas, alguno, como el alemán, aprendido a los cuarenta años. Leyó y releyó horas y horas, absorbía lo nuevo, buscaba lo selecto. Por eso hay tanta actualidad en su obra, crónica de su tiempo. Por ello sus personajes tienen tinte universal, son prototipos. Por

eso al Teatro de España, que él halló en Echegaray, recuelo del clasicismo en lo que tenía de romanticismo, le dio la vuelta y le hizo natural, hondo, estilizado de diálogo, psicológico, ejemplar de las corrientes dominantes. Fue un hijo de su época. Hizo una época.

V

Los que veían por la calle, o en el teatro que hay detrás de la escena, a don Jacinto, no se explicaban cómo era. Su casa escondía un hombre de frente en bóveda, tan poderosa cúpula que abrumaba y empequeñecía más el breve rostro. Que meditaba a solas largos espacios. Que se escondía en Aldeavila, yermo de Castilla, a pasear campos con sus tres perros, seguido de sus palomas, sin hablar en



Condecoraciones y testimonios de admiración procedentes de todo el mundo, para Jacinto Benavente. Anticipos de su fama imperecedera.

Una de las vitrinas donde se guardan, como reliquias, los objetos preferidos del autor de «La Malquerida».

muchos días con nadie. Que escribía concentrándose, sin levantarse del lecho, a horas nocturnas sin eco de calle ni del entorno donde su oro brillaba. Que tenía en su gabinete una calavera de yeso, más trágica, pues se desmoronaba lenta en polvo, símbolo redoblado, don Jacinto Hamlet sin pregunta. Que no se había enamorado nunca, sin que la carencia le secase el corazón. Que se consideraba un fracaso por no ganar laurel triunfal en la escena como declamante. Que su mirada, ojos entornados fugitivos, translucía los sentimientos y los pensamientos de cuántos y tantos, y de ellos extraía el zumo de sus figuras, no artificiosas, sino «copiadas» a la letra, y eso era en él remordimiento y tortura, atribuyéndose como pecado: robar la Humanidad. Que llevaba una cicatriz en el alma, por aprender que los sueños, divinos, los aplasta la losa de la realidad real, inevitable.

Atisbo del verdadero Benavente. El otro era el de la poesía y la melancolía transmitidas a sus letras, escritas a velocidad de Lope, con su consonantes altas b, l, f, palos que indican en fila el itinerario del pensamiento. La sátira, su tercer atributo, era máscara también. No hubo quien descubriese al Benavente interior. Secreto bien guardado. El de fuera —calle, teatro, burlería, sociedad—, era el de la caracterización, el de los «signos exteriores». Lo que vería de él Eladio para otras «Memorias de un madrileño».



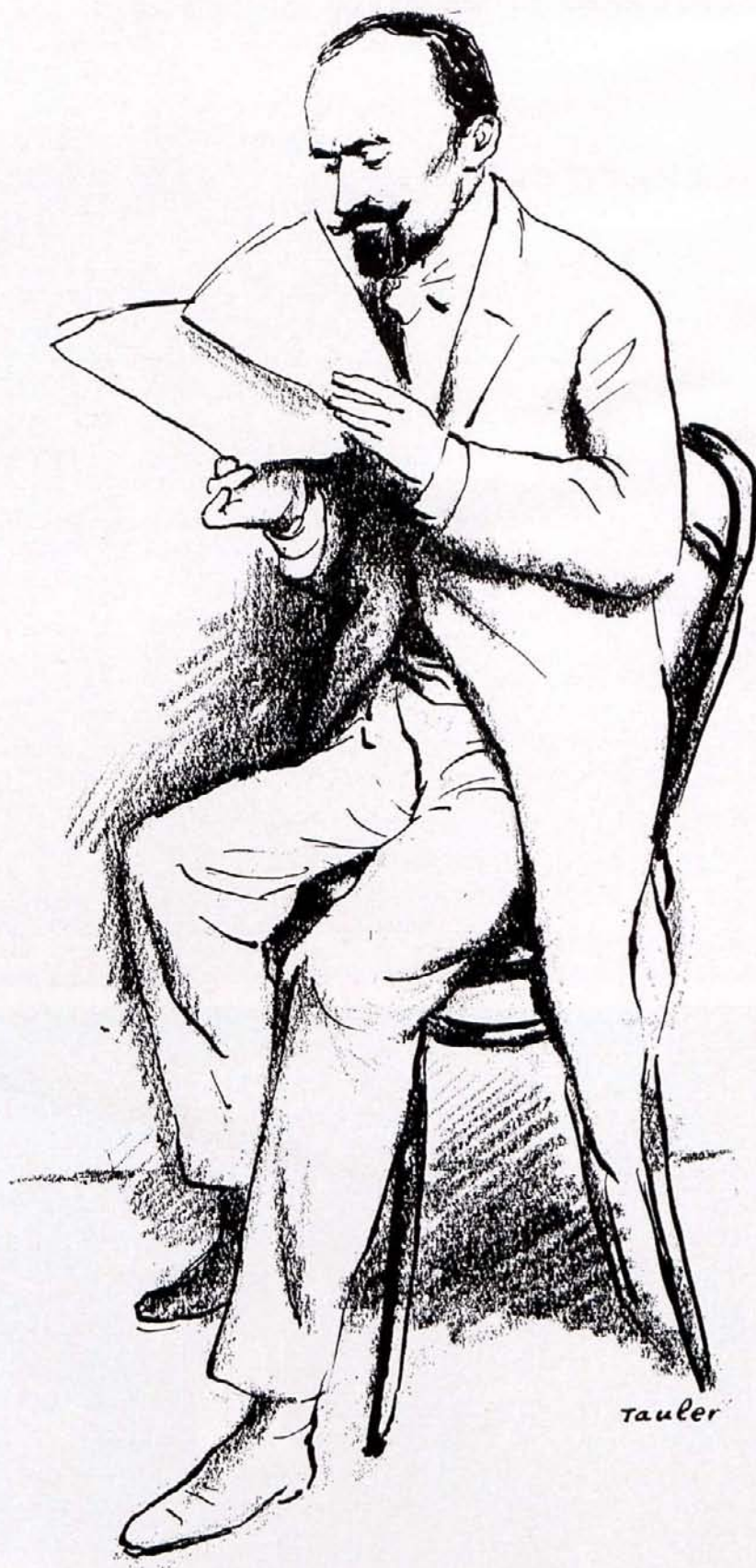
BENAVENTE EN EL TEATRO, EN EL LIBRO Y EN LA PRENSA

POR FRANCISCO SERRANO ANGUITA
(CRONISTA OFICIAL DE LA VILLA)

UN TEATRO DE FANTOCHES.

A Jacinto Benavente se le despertó la afición al teatro siendo muy niño: apenas cumplidos los ocho años. Su padre, don Mariano, famoso especialista en puericultura, al que se conocía por «el médico de los niños», atendió holgadamente a su casa y a su familia: la esposa, doña Venancia Martínez, y los tres hijos. Disponían éstos de un amplio cuarto para sus recreos, y allí acordaron instalar un teatrillo de polichinelas. Sobre las patas de una pequeña mesa puesta del revés atornillaron una tabla, en la que un carpintero abrió un escotillón y seis trampillas de corredera, y así quedó resuelto el trabajo más difícil.

Compraron en la juguetería del alemán Schropp un escenario de cartón, al que arrancaron la magnífica embocadura, para fijarla en el artilugio ideado por ellos. Sustituyeron el telón de percalina por uno de terciopelo granate, con flecos de oro. Adquirieron una colección de muñequitos —la cabeza y las extremidades de porcelana y el cuerpo de trapo— y los montaron sobre unas peanas de plomo, con un largo alambre para poderlos manejar. Así quedó formada la «compañía». El vestuario lo confeccionó la complaciente mamá, y las decoraciones las pintaron los propios «empresarios», que no se daban mala maña para el dibujo y para combinar los colores.



Ya no hubo más que iniciar las funciones. Uno de los hermanos —creo que Avelino—, erigido en director de escena, se encargó de mover los mo- nigotes. Del decorado cuidábase Marianín, y Ja- cinto fue actor y autor. Recitaba todos los papeles, entre los aplausos de un público incondicional, compuesto por la madre, los íntimos de la casa, los amiguitos y la servidumbre. Las obras que se representaban eran de Lope, Calderón, Tirso, Mo- reto, Rojas y Shakespeare, refundidas y adapta- das por el muchacho, y algunas del repertorio en- tonces moderno: Zorrilla, Hartzenbusch, el duque de Rivas... Y no faltó «La redoma encantada», con todo el aparato de tramoya, aparecidos, transfor- maciones, luces, bengalas, fuegos y fuentes de agua natural que requería la magia.

Los fantoches tuvieron una vida corta, aunque próspera. Al segundo año hubo que cortar la tem- porada. Acometióle al pequeño declamador una pertinaz ronquera, y don Mariano mostróse infle- xible. ¡Se acabó la diversión! Aparte la afonía del muchacho, la verdad es que los tres hermanos te- nían abandonados casi en absoluto sus estudios, y quizá a ello se debió la enérgica actitud paterna. El complicado artilugio se le regaló a una familia vecina.

A pesar de esto, el autorcito de ocho años no quiso renunciar a sus fervores. Se mantuvo fiel a ellos, y ya no vivió más que para un arte que desplegó ante sus ojos asombrados un panorama de inolvidables bellezas.

VERSOS, VIAJES, LECTURAS... Y «EL NIDO AJENO».

Cuando murió don Mariano Benavente, en 1885, Jacinto, su hijo, tenía diecinueve años y cursaba Leyes en la Universidad Central, además de apren- der a la perfección el inglés, el francés y el italiano. Asimismo adquirió conocimientos de alemán.

Pronto abandonó el mozo los estudios para en- tregarse a la gran pasión de su vida: la literatura, la poesía, el teatro y los ensayos filosóficos. Es- cribe algunas composiciones, que en 1886 reúne en un tomo con el sencillo título de «Versos». Co- noce a don Gaspar Núñez de Arce y frecuenta la tertulia que el autor de «El vértigo» tenía en el café de la Iberia, de la carrera de San Jerónimo, casi frente a la calle de Echegaray. Allí traba amis- tad con Federico Balart, Emilio Ferrari, José Or- tega Munilla y Luis Taboada. Acude también a otra peña —la famosa del «Bilis-Club»— en la Cervecería Inglesa. Y sigue emborronando cuarti- llas, aunque procura divertirse. No falta a ningún estreno, va a fiestas de la aristocracia y a reunio- nes de la burguesía, y le gusta recorrer las zonas populares: cafetines y tabernas de los barrios ba- jos, bailes castizos, merenderos de las Ventas, de la Bombilla y del Partidor, posadas de la Cava y figones de la Arganzuela.

Hace sus primeros viajes: a Londres, a París, a Berlín, a Roma... Completa el conocimiento de los idiomas y lee sin descanso para ampliar su cul-

Una escena de "La Malquerida", interpretada por la compañía del teatro María Guerrero



*Joaquín Molina y Julia Trujillo
en "La Malquerida"*



tura, portentosa en los temas que le son gratos. Los maestros ingleses llegan a serle familiares. Shakespeare es su ídolo. Dickens le encanta, y observa con atención los avances de Georges Bernard Shaw.

Prepara nuevos libros, de los que hablaré luego. Ahora nos interesan más sus comedias. Tenía dos concluidas, y se las llevó a don Emilio Mario, primer actor y director del teatro de la calle del Príncipe. El doctor Benavente había asistido, como médico, a los familiares de don Emilio, y éste quiso ayudar al «chico de don Mariano». Eligió una de las obras, que se titulaba «El nido ajeno», y que sólo tenía seis personajes, interpretados por Carmen Cobeña, Sofía Alverá, Soledad Alvarez, Miguel Cepillo, Emilio Thuillier y Francisco Urquijo.

Celebróse el estreno el 6 de octubre de 1895. Los tres actos fueron acogidos con aplausos benévolo, y la crítica no dio la menor importancia a aquel acontecimiento. Había surgido el más grande autor dramático de nuestra época, y ninguno de los redactores de las breves gacetas acertó a adivinarlo.

Aunque sea de tarde en tarde, «El nido ajeno» suele representarse aún. Y ahora todos proclaman sus méritos...

LA NOVELA DE LOS PLAGIOS.

Benavente no vuelve a probar fortuna en la escena hasta dos años más tarde. Fue otra vez en la Comedia, el 21 de octubre de 1896. «Gente co-

María Fernanda Ladrón de Guevara y Julia Trujillo en «La Malquerida»



María Fernanda d'Ocon y Antonio Ferrándiz en «La losa de los sueños»

nocida» obtuvo un éxito más considerable que el ensayo anterior. El público no regateó su beneplácito, y los señores críticos aseguraron que el novel escritor había hecho indiscutibles progresos.

—Yo me divertí mucho leyendo tales juicios —me dijo don Jacinto en cierta ocasión—, porque «Gente conocida» la hice antes que «El nido ajeno», y si Emilio Mario prefirió éste fue por tener menos reparto y ser más fácil de montar. En «Gente co-

nocida» actuaban veintidós figuras, y casi todas ellas, sobre todo las mujeres, tenían que lucir trajes distintos y a la moda en los cuatro actos. Y conste que luego la estrené tal como había salido de mi pluma.

El comediógrafo va abriéndose paso. En 1897 don Cándido Lara le pide que escriba algo para el teatro de su nombre. Benavente no olvidó nunca este rasgo del empresario, y así lo hizo constar en

algún artículo. Tenía pensado «El marido de la Téllez», en un acto, y le bastó una semana para terminar la pieza, que encantó a los espectadores. Y no faltaron maliciosos que afirmasen que en ella se presentaban las divergencia y los celos artísticos de una actriz notabilísima y de su esposo, actor asimismo, e intérpretes ambos de la obra recién estrenada. Al mismo tiempo, se dijo que aquello no era exacto, por ser «El marido de la Téllez» copia de un cuento de Alfonso Daudet, titulado «Matrimonio de artistas».

Cuando editó su comedia, púsole don Jacinto un prólogo advirtiéndole que sus líneas generales estaban trazadas cuatro o cinco años antes del estreno, y mal podía él entonces pensar en alusiones «de futuro», aparte de que nunca las hubiera hecho a personas dignas de su respeto y de su cariño. Por lo demás, si existía semejanza con el cuento de Daudet —y con una obra de Lemaitre representada en París y que tuvo mal éxito, añadió por

su cuenta el prologuista—, no cabía suponer que ambos literatos franceses pensarán en referirse a determinados artistas españoles, de los que tendrían muy escasas noticias.

Al año siguiente —el 7 de noviembre de 1898— se estrena en la Comedia «La comida de las fieras», y surge otra vez la novela del plagio. «Esto es «Le repas du lion», del vizconde François de Curel», aseguran los eternos malintencionados. No basta con que los que conocían tal producción declaren que entre ella y la de Benavente no existe el menor punto de contacto. El runrún circula de boca en oído, y don Jacinto, seguro de sí mismo, se limita a sonreír y encogerse de hombros. Y todavía, catorce o quince años más tarde —creo recordar que fue en 1913—, Enrique Gómez Carrillo lanzó desde las páginas de «El Libro Popular», revista fundada por Francisco Gómez Hidalgo, una afirmación rotunda: «La comida de las fieras» era «Le repas du lion» traducido al castellano, y la



Sociedad de Autores Españoles enviaba a París, cada trimestre, los derechos de propiedad que correspondían a Curel.

La réplica de Benavente no se hizo esperar. En una de las «Sobremesas» de «El Imparcial» desbarató la paparrucha. Bastaba cotejar los ejemplares de ambas comedias para convencerse de que todo era falso. No coincidían ni en el asunto, ni en la idea, ni en los personajes. Ni siquiera en el título, porque el francés no emplea el vocablo «repas» con el significado de comida, sino con el de la parte —siempre la mayor— que se lleva el león en cualquier negocio. No había sino recordar la fábula de La Fontaine.

Terció en la polémica don Miguel Ramos Carrión, que presidía la Sociedad de Autores, para hacer constar que jamás se le abonaron a François de Curel fondos que procediesen de las obras de don Jacinto. En el Ateneo se dio una lectura de «Le repas du lion» y de «La comida de las fieras», y quedó plenamente demostrada la exactitud de lo que había dicho nuestro gran dramaturgo.

Mas convenía insistir en que éste era un plagio. De «Los intereses creados» se dijo que sus personajes no eran «las mismas grotescas máscaras de aquella comedia del arte italiano», según advierte Crispín en el maravilloso prólogo, sino un calco de «Volpone, o el zorro», del inglés Ben Jonson, contemporáneo de Shakespeare. Esta farsa de pícaros, estrenada en 1605, la exhumó, corridos ya tres siglos largos, el escritor francés Jules Romains, quien utilizó para ello una versión del austríaco Stefan Zweig. La dio a conocer en París el año 1928, e inmediatamente la tradujo a nuestro idioma Luis Araquistáin. Igual que en «La comida de las fieras», un ligero examen de «Volpone» y «Los intereses» convencerá al más terco de que si Mosca, el sirviente y parásito del héroe de Jonson, es como un hermano espiritual de Crispín, entre los dos amos existe un abismo. ¿Cómo ha de parecerse el Zorro veneciano, maestro de astucias, artimañas y vilezas, al Leandro que tolera las truhanerías de su criado, y se aprovecha de ellas, pero que, al cabo, se redime a impulsos del amor? Recuerdese las palabras de Silvia en la escena final: «... pero entre todos ellos desciende a veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna: el hilo del amor, que a los humanos, como a estos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos».

No hubo plagio, ni podía haberlo. «Los intereses creados» no son sino una de tantas versiones modernas de la secular «commedia» italiana. Así lo expuso, corroborando la declaración del autor, don Ramón Pérez de Ayala, el más duro y despia-

dado crítico de don Jacinto, si bien rectificó sus opiniones en el prólogo de la tercera edición de «Las Máscaras» (Colección «Austral» de Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948): «En este libro constan no pocos juicios sobre la obra dramática del señor Benavente, de los cuales estoy arrepentido». Y reiteraba luego «el propósito de la enmienda, junto a lo flagrante del pecado».

Después se cansaron los sembradores de patrañas, aunque todavía quedó en el aire la insinuación de que «La malquerida» está inspirada en «Misteri de dolor», de Adrián Gual. Transcurrido más de medio siglo, se ha estrenado ahora, en el María Guerrero, una traducción castellana del «Misteri», y a pesar de que sólo existe una coincidencia en el tema, ha vuelto a airearse el rumorillo. Sin embargo, muy pocos se acordaron de «La malquerida» cuando Pedro López Lagar estrenó en Lara, en 1958, «Panorama desde el puente», de Arthur Miller. Y allí sí que hubo semejanzas.

Son misterios de la novela de los plagios...

LA OBRA DEL MAESTRO.

A partir de 1898, Benavente se consagra plenamente a su labor teatral. Desde tal fecha hasta la de su muerte, en 1954, muy pocos años dejó de estrenar comedias: en total, 166, de todos los géneros. Ello equivale a 412 actos, con 2.068 personajes, salvo error u omisión.

Sería fatigoso citar aquí todos los títulos de tan amplio repertorio. Conviene, en cambio, señalar cómo fueron sucediéndose los triunfos: 1900: «La gata de Angora». 1901: «La gobernadora» y «Lo cursi». 1902: «La noche del sábado» y «El automóvil». 1903: «Al natural» y «El dragón de fuego». 1904: «La princesa Bebé». 1905: «Las cigarras hormigas», «Los malhechores del bien» y «Rosas de otoño». 1906: «Más fuerte que el amor». 1907: «Los buhos» y «Los intereses creados». 1908: «La fuerza bruta» y «Señora Ama». 1909: «La escuela de las princesas» y «Por las nubes». 1911: «La losa de los sueños». 1913: «La malquerida». 1914: «El destino manda» (traducción de una obra de Paul Hervieu). 1915: «El collar de estrellas» y «La propia estimación». 1916: «Campo de armiño» y «La ciudad alegre y confiada». 1917: «El mal que nos hacen». 1918: «Los cachorros». 1919: «La honra de los hombres» y «Por ser con todos leal, ser para todos traidor». 1920: «Una señora» y «Una pobre mujer». 1921: «Más allá de la muerte»...

EL PREMIO NOBEL.

En 1922, la Academia de Suecia concedió el Premio Nobel al maestro. Hallábase éste en América, unido a Lola Membrives y los artistas de su compañía. Iban camino de Chile, y pernoctaban en una pequeña aldea de la Pampa argentina. Dormían en un vagón del ferrocarril trasandino, apartado sobre una vía muerta, y a media noche llegó un telegrama urgente para el dramaturgo. Antes de entregárselo, y por si era alguna mala noticia, lo abrieron los actores Ricardo Puga y Gaspar Campos, y ellos fueron los primeros en conocer la grata nueva y en comunicársela, llenos de alborozo, a Benavente y a los demás compañeros. Costó no poco trabajo encontrar a aquellas horas una botella de champaña, con la que celebraron, en pleno campo y casi en las tinieblas, la victoria

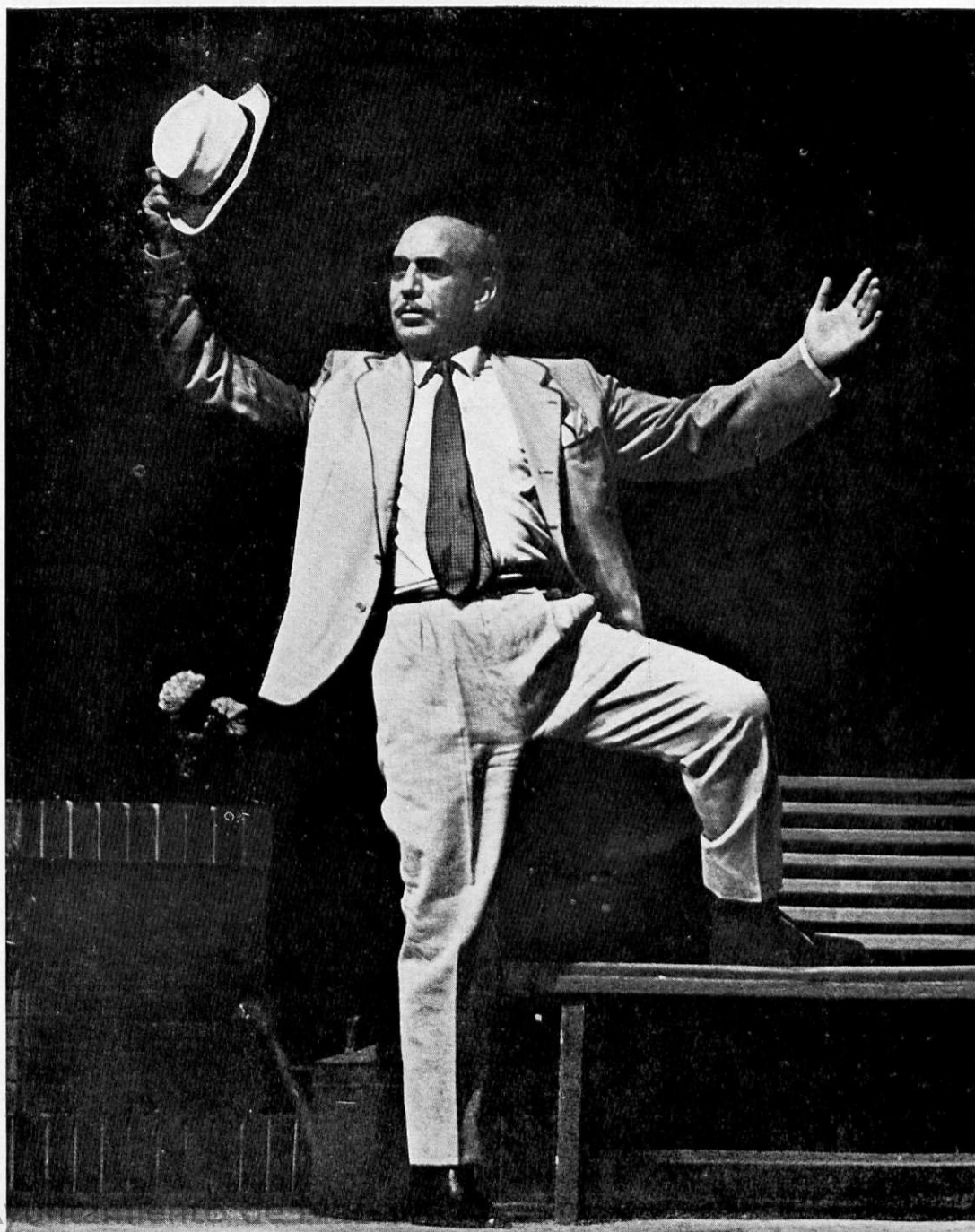
del príncipe de los autores dramáticos de España.

Concluamos ahora el resumen de los éxitos:

1924: «Lecciones de buen amor», «La otra honra» y «La virtud sospechosa». 1925: «Alfilerazos» y «Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador». 1926: «La mariposa que voló sobre el mar». 1927: «El hijo de Polichinela». 1928: «No quiero, no quiero», «Pepa Doncel» y «El demonio fue antes ángel». 1929: «Vidas cruzadas». 1930: «Los andrajos de la púrpura». 1931: «Cuando los hijos de Eva no son los hijos de Adán» y «La melodía del jazz-band». 1932: «Santa Rusia». 1933: «La verdad inventada». 1934: «El pan comido en la mano». 1935: «No juguéis con esas cosas» y «Cualquiera lo sabe».

Después del paréntesis de nuestra guerra, Benavente reanuda la pelea con nuevos ímpetus. De 1940 a 1954 estrena «Lo increíble», «Aves y pá-

Antonio Ferrándiz en "Los malhechores del bien"



jaros», «... y amargaba», «La culpa es tuya», «La honradez de la cerradura», «Los niños perdidos en la selva», «La infanzona», «Titania», «Abdicación», «Divorcio de almas», «Adoración», «Su amante esposa», «El amor hay que llevarlo al colegio», «La vida en verso», «El lebril del cielo», «Almas prisioneras», «El alfiler en la boca», «Hijos, padres de sus padres», «Caperucita asusta al lobo» y algunos otros títulos de menos relieve. Y la lista se cierra con «El marido de bronce», dado en el Infanta Isabel muy pocos meses antes de morir el maestro.

Hay que añadir las obras póstumas: «Por salvar su amor» (1954) y «El bufón de Hamlet» (1958). Y no olvidemos «Espejo de grandes», que don Jacinto escribió para el teatro «Escuela de Arte», de la Penitenciaría del Dueso, donde se estrenó el 12 de octubre de 1944, con ocasión del cincuentenario de «El nido ajeno». Luego representóse la obra en el Cómico madrileño, el 11 de junio de 1946, dirigida por Cipriano Rivas Cherif.

Diecinueve obras quedaron inéditas, por diversas causas: «Caridad», «La historia de Otelio», «La princesa sin corazón», «Para el cielo y los altares», «El Rey Lear», «¡Si creerás tú que es por mi gusto!», «La sonrisa de Gioconda», «El último minué», «La verdad», «Al S. de S. M. I.», «¡A ver qué hace un hombre!», «A las puertas del cielo» y las piezas de Teatro Fantástico «El encanto de una hora», «Comedia italiana», «El criado de Don Juan», «La senda del amor», «La blancura de Pierrot», «Cuento de primavera», «Amor de artista» y «Modernismo».

Tradujo Benavente, además de a Shakespeare, a Molière, a Alejandro Dumas (padre), a Alfredo de Vigny, a Bulwer Syton, a Georges C. Hazelton Jr. y J. Harry Benrimo, a Sully Prudhome y, del catalán, a Santiago Rusiñol.

En las obras líricas fueron sus colaboradores Ruperto Chapí, Amadeo Vives, Vicente Lleó, Pablo Barbero y Prudencio Muñoz.

Finalmente, el maestro dejó sin concluir una traducción de «Hamlet» y la comedia original «¡Clown!». De ésta sólo escribió un acto y tres de aquélla. Trabajó hasta la hora de su muerte...

LA PASIÓN DEL TEATRO.

Algo hay que hablar de la encendida afición de don Jacinto hacia el teatro. No sólo hacia el arte de componer comedias, en el que alcanzó las más altas cimas, sino hacia el de representarlas. «Me hubiera gustado ser actor y entregarme a las simulaciones de la farsa», decía a sus amigos. De joven actuó en muchas funciones benéficas, y en plena

madurez siguió prestándose a colaborar en espectáculos de ese género. Hizo bastantes veces el protagonista de «Don Juan Tenorio», y todavía se habla de aquél de la Comedia, allá por 1910 ó 1911, en el que intervinieron conocidos escritores y periodistas, y en el que interpretó Consuelo Torres, «Manón», el papel de doña Inés.

También le gustaba hacer el Crispín de «Los intereses creados», y asimismo representó algunas obras clásicas, entre ellas «El desdén con el desdén» y, con Pedro Hurtado, el diálogo «Abuelo y nieto», réplica de «Abuela y nieta», linda piececita de su repertorio.

En otras ocasiones aceptó la dirección artística de algún negocio. Así organizó en el derruido Príncipe Alfonso, de la calle de Génova, con Fernando Porredón, el Teatro de los Niños, al que dio, en 1909, «El príncipe que todo lo aprendió en los libros», «Ganarse la vida» y «El nietecito». Valle Inclán aportó a la campaña «La cabeza del dragón», y Felipe Sassone «El último de la clase», inspirado en un cuento de Edmundo de Amicis.

Igualmente probó el maestro fortuna como empresario. Asociado con Ricardo Calvo, obtuvo la concesión del Español para una temporada, que fue brillantísima desde el punto de vista artístico y desastrosa en el orden económico.

Pero sobre aquel lamentable episodio es preferible guardar silencio.

LA ESCENA Y LA PISTA.

No quedarían completos estos datos si no se aludiese a otra gran afición del glorioso dramaturgo: la del circo. Desde su juventud le atrajo la vida andariega de unos artistas sencillos y abnegados que suelen ser víctimas de las peores explotaciones. Llegó a hacerse cargo de una carpa que se instalaba en las capitales de tercer orden y en muchos pueblos de España. «La fuerza bruta» y «Los cachorros», dos de las mejores comedias de don Jacinto, reflejan de modo insuperable cómo supo calar en ese mundillo pintoresco de los saltadores y los payasos, de las gimnastas y las «ecuyères».

Se ha contado que esta inclinación de Benavente por los espectáculos circenses nació de su entusiasmo por la «Bella Geraldine», estrella de la pista que, además de realizar arriesgados ejercicios en el trapecio, creó la Danza de la Mariposa, a base de una linterna mágica que combinaba sobre su cuerpo escultural y sobre unas amplias alas de seda vivas y brillantísimas tonalidades: algo análogo al baile de la Serpentina, imaginado por miss Loie Fuller.

Nunca negó don Jacinto la atracción que Geral-

dine ejerció sobre él. Hasta compuso versos dedicados a ella, y la siguió en sus viajes por Europa. Luego, la artista marchó a América, para casarse en Cuba con el señor Pubillones, propietario de varios circos ambulantes. Aquella mujer, todavía hermosa, cuidábase de la dirección del negocio; pero éste empezó a decaer, porque a Pubillones le hicieron dura competencia en las Antillas sus rivales Santos y Artigas. Al poco tiempo, Geraldine quedaba viuda y sin recursos. Volvió a su arte, aunque ya sin los ruidosos éxitos de antaño. En 1922 el maestro se encontró con ella en la propia Habana. Fue una breve entrevista, en la que acaso hubo cierta melancolía, como en la dolencia de Campoamor:

*«Se encuentran dos: ella y él,
y, al verse, dicen él y ella...»*

Geraldine murió en la miseria, acogida a un hospital de Hispanoamérica. Debió de ser por 1926 ó 1927. Antes había pasado por Madrid, ya hecha una ruina. Y don Jacinto, cuando se le hablaba de aquella supuesta y lejana pasión, sonreía, compasivo, y murmuraba:

—La pobre era una bobita, aunque fuese guapísima...

EL LIBRO, LA PRENSA Y LAS MEMORIAS.

Después del libro de versos publicado en 1886, Benavente editó otros volúmenes: «Figulinas», «Vilanos» y el ya citado «Teatro Fantástico», en el cual recogió sus trabajos para «La Vida Literaria», notable revista que mereció vida más dilatada y próspera. Durante una breve temporada dirigió el popular semanario «Madrid Cómico», y en años

Lola Cordona en "Señora ama"



posteriores fue colaborador asiduo de «La Ilustración Española y Americana», «La Revista Contemporánea», «Blanco y Negro», «La Lectura», «Nuevo Mundo», «El Arte del Teatro» y «Helios». Hizo famosa en «El Imparcial» aquella magnífica sección «De sobremesa», que aparecía en la hoja de «Los Lunes». Y posteriormente prodigó su firma en las páginas de «A B C», donde quedaron inolvidables artículos suyos. Uno de ellos mereció el Premio «Mariano de Cavia», instituido a la muerte de este gran periodista por el ilustre don Torcuato Luca de Tena.

Queda, entre la obra no teatral de don Jacinto, esa delicia de las «Cartas de mujeres», tan divulgadas y conocidas en todos los pueblos de nuestra lengua. El autor llevó a dichas cartas su hondo conocimiento de la psicología femenina, que iba a proporcionarle tan espléndidos triunfos en la escena.

Reduciendo a cifras toda esta labor, obtendríamos 20 narraciones dialogadas en «Figulinas», 18 trabajos rápidos en «Vilanos», 52 «Acotaciones», 400 artículos, 167 poesías, 55 conferencias y 12 prólogos, los pensamientos y comentarios de

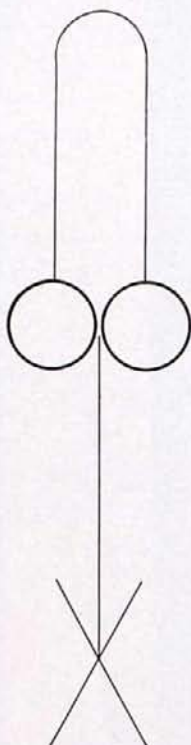
«Palabras, palabras» y «Bromas y veras», más el «Nuevo coloquio de los perros», y «Para que el gato sea limpio», y un «Plan de Estudios para una Escuela de Arte Escénico», y un «Estudio sobre Edipo, Hamlet y Segismundo»...

Y sus Memorias, que él tituló «Recuerdos y Olvidos». En distintas ocasiones leyó públicamente capítulos interesantísimos. Comenzó a escribirlas en 1934, partiendo de 1866, y las interrumpió al llegar a 1901, cuando nació el siglo xx. Alguien le preguntó por qué no las continuaba, y don Jacinto repuso, excusándose:

—Yo empecé mis Memorias porque se trataba de un género que no solían cultivar los escritores. Ahora se prodigan mucho, y ya no interesa ninguna.

Evidente y lamentable error. Las suyas sí ofrecían el máximo interés. ¡Lástima que las dejara inconclusas! Nos hubiese gustado mucho saber lo que opinaba el maestro sobre sucesos que todos hemos presenciado y sobre personas que todos hemos conocido...

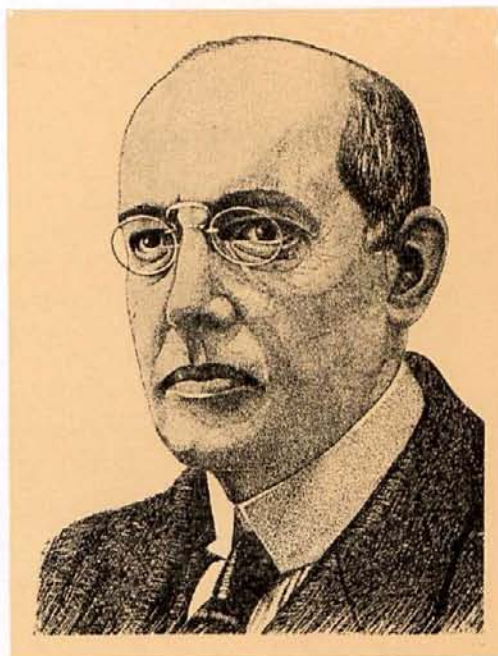
(DIBUJO DE TAULER Y CARICATURA DE J. PALACIOS.)



J. Palacios
CS

EDUARDO GOMEZ DE BAQUERO

“ANDRENIO”



1866 - 1966

P O R F E D E R I C O S A I N Z D E R O B L E S

CONOCÍ a don Eduardo Gómez de Baquero en 1918. Recuerdo bien la fecha porque coincidió con la reciente formación del Gobierno Maura, de *apertura nacional*, en el que tomaron parte como ministros los restantes jefes de partidos dinásticos: Dato, Romanones, Alba, La Cierva, García Prieto... En Madrid, y supongo que en toda España, reinaba la euforia. Suponíamos los españoles que este Gobierno «milagroso» obraría «el milagro» de que España pudiera bañarse en la paz, reparadora y estimulante a la vez. Comentábamos esta efemérides política y patriótica en uno de los viejos y oscuros salones del diario conservador *La Epoca*, en su caserón de la calle Ancha de San Bernardo, don Luis Araujo Costa, Guillermo Fernández-Shaw y un servidor de ustedes, recién rebotado del Seminario de Madrid-Alcalá, y que con carta de recomendación para el señor marqués de Valdeiglesias, propietario del diario, pretendía meter en aquel suave y circunspecto impreso los primeros «productos» de mi ingenio ya laico. En verdad, quien peroraba con su mesura habitual, ademanes un tantico canónicos y voz atenuada, como si hubiese enfermo próximo, era don Luis, cronista ya muy acreditado. Guillermo, todavía mozo y ya re-

dactor «de plantilla» y autor —con Federico Romero— de la triunfal zarzuela *La Canción del olvido* y un servidor de ustedes, escuchábamos muy atentos por fuera, cabeceando a turno y francamente disipados por dentro. Fue entonces cuando cruzó el salón un caballero otoñal con pasos duendes y sencillo talante.

—Adiós, Eduardo...

—¡Buenas tardes, don Eduardo!

Saludaron Araujo Costa y Guillermo. Don Eduardo levantó su mano derecha y esbozó una pálida sonrisa. Nada más. ¡Cielo santo: aquél era don Eduardo Gómez de Baquero, el gran crítico literario, el heredero directo de «Clarín», con menor genio solivianto y polémico que éste, pero posiblemente con una cultura europea más amplia y mejor filtrada! Me alicai y quedé mohino. ¡Cuánto me hubiese honrado serle presentado, pues que le rendía yo, desde mis días semienclaustrados del Seminario, sincera admiración! No me atreví a solicitarlo. Y Araujo y Guillermo no lo creerían oportuno, o se les pasó por alto el detalle. Y don Eduardo desapareció del escenario con sus pasos duendes y su talante de gran señor que va «saboreando sus cosas»... Era más bien menudo, vestía como un *dandy* —le



Eduardo Gómez de Baquero da lectura a su discurso de ingreso en la Academia

condecoraba un nardo en el ojal de la americana—, y los lentes montados al aire le pizcaban el cabelle de la nariz. Su expresión —juzgué, impresionante— era sosegada, pero delataba una regustada sorna y, acaso, un suave escepticismo; sí, esa expresión misma que tienen en sus más conocidos retratos Renán y Sainte-Beuve. Desde hacía años leía yo las crónicas y las críticas de don Eduardo aparecidas en *La Epoca* y en *Los Lunes de «El Imparcial»*, en *Nuevo Mundo* y *La Esfera*, la mayor parte de los cuales los firmaba «Andrenio». Si bien, como espina hincada en mi curiosidad, jamás me expliqué por qué aquel madrileño insigne, pensamiento alto, mentalidad serena, sólida cultura, prosa magistral y pálida, había elegido el seudónimo graciano «Andrenio». Pues nada más distinto —como escritor y como persona— de la criatura de Gracián que don Eduardo. Aquella, símbolo del hombre natural y desnudo, tal como salió de las manos de Dios, educado en una caverna, entre fieras. Y don Eduardo, pulcritud y exquisitez, prototipo del hombre civilizado hasta la decadencia, cultivado desde niño en caldo de preocupaciones estéticas y de inquietudes sentimentales. Mejor le hubiese convenido el también seudónimo graciano «Critilo», símbolo del hombre marrido por todos los dolores y avisado por todos los conocimientos.

Tan presupuesta y comprobada era la cultura europea de Gómez de Baquero, en los medios literarios españoles, que los escritores jamás dejaron de llamarle don Eduardo, otorgándole así una altura superior, a la que el incienso subiría casi dormido y odorante. Y todavía era un incipiente otoño. Algunos meses antes había oído, en el Ateneo, cómo Andresito González-Blanco enjuiciaba así a don Eduardo: «No se le puede llamar crítico sino por excepción, pues real y verdaderamente es un *dilettanti* de la literatura, un incansable y apasionado *dilettanti*; eso sí, con todas las manías y todos los prestigios del *dilettantismo* que desdén descendiendo cada día hasta el fango de los muladares literarios... Escribe al hilo de los libros algunas veces, otras veces al hilo de los acontecimientos, cuando tropieza con un caso que sugiere sus reflexiones sutiles de mundano escéptico y le dicta las bellas páginas que firma «Andrenio». Y el contundente apocrifo baturro, don Julio Cejador, permanente contradictor de Andresito, por una vez aprobó conforme y con trueno vaticano, que era *lo suyo*: «Gómez de Baquero es uno de los que han ejercido la crítica con más sentido común durante muchos años, sin desplantes pedantescos, sin ínfulas ni amarguras, con naturalidad serena de pensamiento y estilo.»

Cuanto empezamos a escribir hacia 1918 tuvi-

mos tres maestros insuperables: Gómez de Baquero, Ricardo Baeza y Ramón Gómez de la Serna. Los dos primeros nos abrieron las entendederas y las ventanas, de par en par, hacia Europa; el primero, con sus escritos bien cebados de curiosidad; el segundo como director y guía —y traductor ilustre a veces— de aquella famosa colección titulada «La Nave», en la que aparecieron obras de Dostojevski, André Gide, Andrés Suarés, Oscar Wilde, Rudyard Kipling, Nicolás Gogol, Edgar Quinet... Y Ramón Gómez de la Serna nos concedía pase de libre circulación para el disparate, para las paradojas escandalosas, para las imágenes «desenfocadas», para todos los trucos de la heterodoxia literaria.

Entre los años 1905 y 1929, don Eduardo Gómez de Baquero fue, némine discrepante, el primer crítico literario de España. Pudieron hacerle «sombra» doña Emilia Pardo Bazán y Ramón Pérez de Ayala. Pero ninguno de los dos ejercieron la crítica habitualmente. Los restantes críticos —José Alsina, José de la Serna, Enrique de Mesa, Rafael Cansinos Assens, Melchor Fernández Almagro, José López Prudencio, Andrés González Blanco, Bernardo G. de Candamo...— no poseyeron ni su cultura refinada, ni su criterio ético y ecuánime, ni su ex-

sividad pletórica de señorío. ¡Don Eduardo! A los jóvenes escritores nos atemorizaba aquella su enorme cultura que le había permitido traducir prodigiosamente, sin presumir —pues que prefirió el anonimato traductor— la complejísima obra de Schopenhauer *El Mundo como Voluntad y como Representación* para la famosa colección de *La España Moderna*, fundada, como la revista del mismo nombre, por don José Lázaro Galdiano, un rarísimo millonario con el venate de la cultura; y de publicar en la *Revista de España* ensayos filosóficos y jurídicos de mucha originalidad, y hasta unos sugestivos escarceos por un mundo aparte, entre la razón y la fe, que publicó reunidos —1891— con el título de *La Nueva Teosofía*. También nos intimidaba que don Eduardo, cuando acababa de doctorarse en Derecho y en Filosofía y Letras, pero cuando ya se le dedicaba el general *don* respetable, hubiese ejercido con brillantez la abogacía, y desempeñado con serenidad diamantina y con cristalina justicia el cargo de asesor letrado del Ministerio de Gracia y Justicia. Y sospechábamos que su oratoria habría sido «tan sin vuelta de hoja» como meliflua. La vida literaria de don Eduardo fue constante y fervorosa renovación. La claridad —y no pocas veces

Su modesto entierro tuvo una gran gala: la de su acompañamiento, tan nutrido como sinceramente dolido: políticos, gobernantes, diplomáticos, académicos, escritores...



la clarividencia— de su entendimiento le permitió darse a entender tanto por el derecho como por el envés. Jamás perdió su magnanimidad cervantina de creer que ningún libro por malo que fuera careciera de alguna excelencia. Y conforme fue cumpliendo años, como los buenos vinos en cava y madera, mejoró su solera, y los productos de su mente resultaron más sápidos, captadores y guiadores.

* * *

Don Eduardo nació —claro está, cuando aún no era don— el 10 de diciembre de 1866, en la recoleta plazuela de San Nicolás, cogollito del casi legendario Magerit. Estudió y aprobó con estupendas notas recamadas de matrículas de honor las asignaturas del Bachillerato y de los doctorados de Derecho y Filosofía y Letras. En 1891 empezó a escribir en la *Revista de España*, y poco después ingresó en *La Epoca*. Ya en 1896 era «colaborador distinguido» de la primera revista cultural de la época: *La España Moderna*, que dirigía la condesa de Pardo Bazán, y en la que escribía la crónica política «nada menos» que don Emilio Castelar —ya fantasma en soledad del romanticismo republicano y gran cesante de altos cargos— y la crónica literaria don Marcelino Menéndez Pelayo. En 1901, habiendo muerto «Clarín», Ortega y Munilla, director de *Los Lunes de «El Imparcial»*, le pidió que continuara realizando las revistas literarias semanales que Leopoldo Alas había afamado. Gómez de Baquero aceptó, pero sin abandonar *La Epoca*, donde poco después iniciaría una curiosa sección, muy leída, con el título *Diario de un espectador*. Muerto —1905— don Juan Valera, don Eduardo quedó coronado primer crítico literario de España. En la revista semanal *Nuevo Mundo* acreditó otra sección: *El teatro de la vida*. Como a un auténtico «pardillo político» le cazaron con «liga dulce» para que se presentase candidato a Cortes con filiación maurista. Le derrotaron y le costó la broma bastante dinero. El coscorrón fue tan fuerte y se le hinchó tanto, que para lo sucesivo perdonó «el bollo».

Durante muchos años las firmas de Eduardo Gómez de Baquero y «Andrenio» aparecieron simultáneamente, a diario, en los más importantes diarios y revistas: *La Epoca*, *La Ilustración Española y Americana*, *Los Lunes de «El Imparcial»*, *Nuevo Mundo*, *La Esfera*, *El Sol*, *La Voz*, *Nuestro Tiempo*... Son antológicos muchos de sus ensayos, críticas de libros y de teatro, cuadros de costumbres, bocetos novelescos, escritos en prosa señera y de singular elegancia, suaves de estilo, hondos de pensamiento, amenos de forma... Escritos «de guante blanco». Su lema pudo ser éste: «Todo se puede decir cuando se dice con elegancia.» O este otro: «Si hieres, no profundices y que tu arma lleve el cauterio.» Estas cauterizaciones rápidas del arma con que «Andrenio» hería debíanse a su suave exceptismo, a su suave melancolía, a su enternecida comprensión de lo humano. Gran humanista fue don Eduardo; y a diario destiló en la prensa su saber grande ungido por una gran sensibilidad casi lírica.

Entre sus mejores obras recuerdo: *Letras e Ideas* —1905—, *Aspectos, diálogos filosóficos y co-*

mentarios de costumbres —París, 1905—, *Escenas de la vida moderna* —1913—, *Novelas y novelistas* —1918—, *Soldados y paisajes de Italia* —1918—, *El valor de amar* —cuentos, 1923—, *Cartas a Amaranta* —1924—, *El Renacimiento de la novela en el siglo XIX* —1924—...

El 21 de junio de 1925 ingresó en la Real Academia de la Lengua para ocupar el sillón vacante por la muerte del poeta y dramaturgo sevillano Juan Antonio de Cavestany, leyendo su discurso *El triunfo de la novela*. Poco después la C. I. A. P. (Compañía Ibero-Americana de Ediciones) empezó a publicarle sus Obras Completas, de las que aparecieron los siguientes títulos: *Guiñol*, *Pen Club*, *De Gallardo a Unamuno*, *Pirandello y Compañía*, *Nacionalismo e Hispanismo*.

Don Eduardo Gómez de Baquero falleció el 16 de diciembre de 1929 en un modesto piso de la calle de la Libertad, 16, hoy 22. Su modesto entierro tuvo una gran gala: la de un acompañamiento tan nutrido como sinceramente dolido: políticos, gobernantes, diplomáticos, académicos, escritores, personajes anónimos —los más emocionados—, probablemente sus asiduos lectores... Y es que con don Eduardo desaparecía la crítica literaria enraizada en estos tres principios de soberana humanidad: decoro, templanza y ecuanimidad. Los homenajes impresos que se le dedicaron en toda España fueron incontables y elocuentes. Después...

Uno —yo— se pregunta: ¿cómo es posible que tan extraordinario hijo de Madrid, literato impar, criatura de selección, que nos dejó una tan copiosa, sugestiva y aleccionadora obra literaria, treinta y tantos años después de su muerte haya sido olvidado —inclusive por los profesionales de la pluma— tan ignominiosamente? El Ayuntamiento de Madrid en 1931 acordó dar su nombre, como piadoso recordatorio entre dos olvidos, a una calle de Madrid: la *de la Reina*. (La de una Reina inconcreta, como las de los sólo sospechados o supuestos Rey de la plaza y Príncipe e Infantas de las calles; luego sin que en el quita y pon hubiese el menor desacato.) ¿Por qué se le despojó de su calle a don Eduardo en 1939? ¡Increíble! ¡Apañados estamos los madrileños con nuestros Ayuntamientos! Porque don Eduardo Gómez de Baquero fue un magnífico y fervoroso español, de sensibilidad exquisita, devoto del orden y de la disciplina, de ideas políticas de un liberalismo tan moderado que hoy estaría colocado como derechista intransigente, de una honda espiritualidad ortodoxa.

Estamos en 1966. Se cumplen los cien años del nacimiento de este español madrileño fuera de serie. ¿Y... si le devolviéramos su calle, u otra calle, para que «nos sonara» ya su nombre a perpetuidad? ¿Y si el Ayuntamiento de Madrid publicara una antología de sus escritos, como lo ha hecho con otros madrileños ilustres: Ramón Gómez de la Serna, Pedro de Répide, Emilio Carrere...? Mal está que los madrileños de excepción hayan de morirse para que merezcan honra y prez de los representantes de su Villa natal. Pero está peor que cuando los madrileños de excepción ya han cumplido la parte que les correspondía en el acuerdo: morirse, la segunda parte quede incumplida por la otra parte contratante: el Ayuntamiento de Madrid.

LUIGI BOCHERINI,



MADRILEÑO DE LA TOSCANA

POR ENRIQUE FRANCO

Si Francia considera como suyos al suizo Honegger o al belga César Frank, bien puede España hacer lo propio con Domenico Scarlatti y Luigi Bocherini (o Boquerini, como se escribe en los documentos de la casa de Osuna). No sólo por su larga estan-

cia en nuestra corte, sino por la influencia ejercida y recibida, tanto el músico de Nápoles como el de Lucca han de figurar en la historia de la música española tanto como en la italiana con pasaporte cultural «de doble nacionalidad».

El músico en la corte española

Apurando las cosas, hemos de ceñir el nombre de Luigi Bocherini a Madrid, a cuya corte sirvió, en cuyas calles vivió y en cuya tierra fue enterra-

do. Nacido en Lucca el 19 de enero de 1740, llega a Madrid en 1769, y aquí muere treinta y seis años más tarde. La partida de defunción, archivada en la parroquia de las Maravillas, hace constar:

«Luis Bocherini, natural de la ciudad de Lucca, cabeza de arzobispado, en la Toscana, vecino de esta corte, viudo en primeras nupcias de Clementina Pelicha, y en segundas nupcias de María del Pilar Joaquina Porretti, falleció el día 28 de mayo de 1805, en la calle de Jesús María, casa número 5. Recibió los santos sacramentos, testó en 6 de septiembre de 1799 ante Antonio Martínez Llorente, escribano de S. M. Dejó por su alma 50 misas rezadas con limosna de cuatro reales. Nombró por sus testamentarios a su difunta mujer, María del Pilar Joaquina Porretti, Luis Marcos y José Mariano Bocherini, sus hijos, y por herederos a los dichos don Luis, José y doña María Teresa, Mariana e Isabel Bocherini y Pelicha, sus hijos y de la referida Clementina Pelicha. Se enterró en esta de San Justo, y dio a su fábrica 33 reales, y lo firma. Don Domingo Herrera.»

Vivió también, entre otros lugares madrileños, en la calle de la Madera, 10, y trabajó en la corte de Carlos III, regular aficionado musical, deficiencia que, como anota don José Subirá («El teatro del Real Palacio», Madrid, 1950), quedó compensada por la melomanía del hermano del Rey, infante don Luis, el infante don Gabriel y el príncipe de Asturias, luego Carlos IV.

Sobre Bocherini cayó la leyenda de su pobreza durante la larga estancia en España. Si algo de esto hubo, pues, en el testamento, Bocherini «da por ningunos, rotos y cancelados y de ningún valor y efectos otros cualesquier testamento, poderes para hacerlo, cobdicios, **declaraciones de pobre**, etc.», hemos de dar crédito a lo escrito por su biznieto, el periodista Alfredo Bocherini y Calonge, en los «Apuntes biográficos», publicados en Madrid, año 1879, de los que Solar Quintes da cumplida cuenta en el «Anuario musical del C. S. de I. C. Volumen II». De cuanto dice el biógrafo y familiar y aporta por su cuenta el articulista se deduce que:

«Bocherini debió vivir bastante bien muchos de los sesenta y dos años que

alentó su existencia; cuando partió de Lucca, su ciudad natal, para ir a Roma a completar sus estudios con el abate Vanucci; cuando, ya concertista de violoncello, recorría Europa con el violinista Manfredi, que le acompañara también a Madrid; cuando al venir a España el infante don Luis, hermano de Carlos III, le nombró compositor de cámara, hasta que la intriga de Gaetano Brunetti, violinista y compositor al servicio del príncipe de Asturias, y luego el incidente en Palacio, le oscurecen y alejan de la vida cortesana; al serle conferido el cargo, en 1876, de compositor de cámara del príncipe de Prusia, luego Guillermo II, con mil escudos de pensión al año, y para el cual escribía las obras en Madrid; cuando Luciano Bonaparte, embajador de la República francesa en España, le protege espléndidamente y le ofreció la dirección del Conservatorio de París, que Bocherini no aceptó, limitándose a agradecerlo con la dedicación de seis quintetos a Francia.»

Pasó, pues, Bocherini en la capital española días de felicidad y honores, y —¿por qué no?— jornadas de lucha por la vida, no sólo a causa de necesidades pasajeras, sino también, y en mayor grado, por las intrigas palaciegas que hicieron su asiento en los estratos musicales de Palacio. Mariano Soriano Fuentes, en su «Historia de la música española», sintetiza la brillantez y decadencia musical de la corte en un breve párrafo: «Amante de la música el Rey Carlos IV, su cámara era el centro de los más sobresalientes profesores de aquella época, tanto españoles como extranjeros. En ella lucían su habilidad y talento los compositores, cantantes e instrumentistas Lidón, Espinosa, Oliver, Pérez Caballero, Rosquellas, Izmar, Carril, Cayetano y Francisco Brunetti, Bocherini, Vaccari, Manfredi y Boucher. Mas por un lado, las rivalidades de artistas, llevadas hasta un extremo poco conveniente, y por otro las maniobras cortesanas que se introdujeron en dichas academias, unidas a la guerra que estalló después con Francia, hicieron desaparecer las halagüeñas esperanzas que el arte pudo haber concebido para su encumbramiento y desarrollo.»

No se muerde la lengua el biógrafo y biznieto de Luigi Bocherini a la hora de relatar tales intrigas, y describe con detalle el célebre incidente con Carlos IV cuando todavía no era sino príncipe de Asturias:

«El príncipe hacía de primer violín. Su parte tenía una serie de compases monótonos: do, si, do, si. El príncipe,

cansado, se levantó y dijo con aire colérico: "Esto es detestable; un principiante no haría otro tanto: do, si, do, si".»

«Señor —contestó Bocherini—, preste V. A. atención a las modulaciones que el segundo violín y la viola ejecutan al "pizzicato" que se oye en el violoncello, al propio tiempo que el violín primero se mantiene uniforme. Esta uniformidad pierde su monotonía desde el momento en que entran los demás instrumentos y se mezclan en el diálogo.»

«¡Do, si, do, si! —insistió el príncipe—, y esto durante media hora. Delicioso diálogo. ¡Música de principiante, y de mal principiante!»

«Señor —cerró el músico—, antes de emitir semejante juicio es preciso ser inteligente.»

Desde aquel momento, Bocherini no volvió a pisar el Palacio Real, continuando sólo como violoncellista de la capilla regia, cargo que no ejercía, pero seguía recibiendo su pensión.»

En 1786 encontramos a Bocherini al servicio de la casa de Osuna como director de la orquesta de la duquesa de Benavente. Para ella compuso no pocas obras, y a título de orientación bastaría reproducir la cuenta de enero de 1787, en la que se consignan cantidades «por copias de música y asistencia en las academias y ensayos» y en la que se contabilizan diez minuetos, un concierto, seis sinfonías y un quinteto, compuestos por Bocherini.

También para la duquesa de Benavente escribió el italiano una «zarzuela», representada en el palacio de dicha señora, y que fue resucitada, hace unos años, por la Radiodifusión italiana; se trata de «La Clementina», sobre libro de don Ramón de la Cruz.

Todavía en 1927 Madrid rinde sus últimos honores a Bocherini. El alcalde de Lucca estuvo en Madrid para trasladar los restos del compositor a su villa natal. Llevados primero a Barcelona, fueron embarcados en el «Franco Facio» con destino a Génova y desde allí conducidos a la ciudad toscana.

Acentos españoles en la música de Bocherini

La obra de Bocherini fue tan varia como extensa. Cuartetos, quintetos, sonatas, sinfonías, conciertos, piezas teatrales y religiosas; puede decirse que no existió género al que el músico de Lucca no dedicase atención. Caracte-

rísticas de su estilo son la claridad armónica, la simplicidad contrapuntística, la esbeltez de las ideas y la gracia galante de los desarrollos. Saint-Foix, el famoso estudioso mozartiano, publicó una obra importante sobre Bocherini, sobre la base de otra, de menor importancia, de Picquot. En ella figura una frase que, aun aceptando lo que tiene de figura literaria, no deja de ser orientadora. «Bocherini fue —según Saint-Foix— la mujer de Haydn.» Quiere decirse que en el italiano la galantería constructiva y fuerte del austríaco se suaviza y torna lírica. Lo arquitectónico cede paso a lo escultórico, y a las líneas rectas sustituyen las curvas, plenas de atractivo y, con frecuencia, sobre graciosas, sensuales.

Por otra parte, si Bocherini enseñó no poco a los españoles —y podría haberlo hecho en mayor medida si las circunstancias hubieran sido otras—, no es menos cierto que él mismo se dejó vencer por el ambiente, el paisaje y los estilos populares y cortesanos de España. «Durante cerca de cuarenta años —dice S. Foix— se asimiló al imperecedero, cálido y precioso tesoro musical español.» En cierto modo, Bocherini fue el primer «nacionalista» español, pues si también Scarlatti supo de ciertos rasgos hispanistas en sus ritmos, giros melódicos o cadencias, ya es sabido que todavía en su generación la presencia de lo popular se introducía en las formas cultas hasta hacerse casi imperceptible.

En Bocherini las cosas suceden de otro modo. Aires tonadilleros —esto es, música popular ciudadana— se colaron de rondón en las páginas camerísticas, que pronto sintieron la necesidad de sumar a los arcos la presencia de la guitarra. Un denominado «Ballet español» explota también semejante material. Subirá nos informa que el original de la obra, representada en Moscú y Viena, se encontraba en la Biblioteca de Darmstadt. En fin —sin necesidad de volver a aludir a «La Clementina»—, la «Música nocturna de Madrid», para arcos con intervención de «caja militar», constituye una pintura deliciosa en su valor local y su estilizado descriptivismo: el toque de oración, los cantos del rosario, danzas populares, melodías callejeras que, a través de la imitación de la guitarra apuntan el devenir de los madrileños en la corte, y una «marcha», forman una suerte de «serenata» plena de humor.

La introducción de la guitarra en

*La duquesa
de Benavente
(Cuadro
de Goya)*



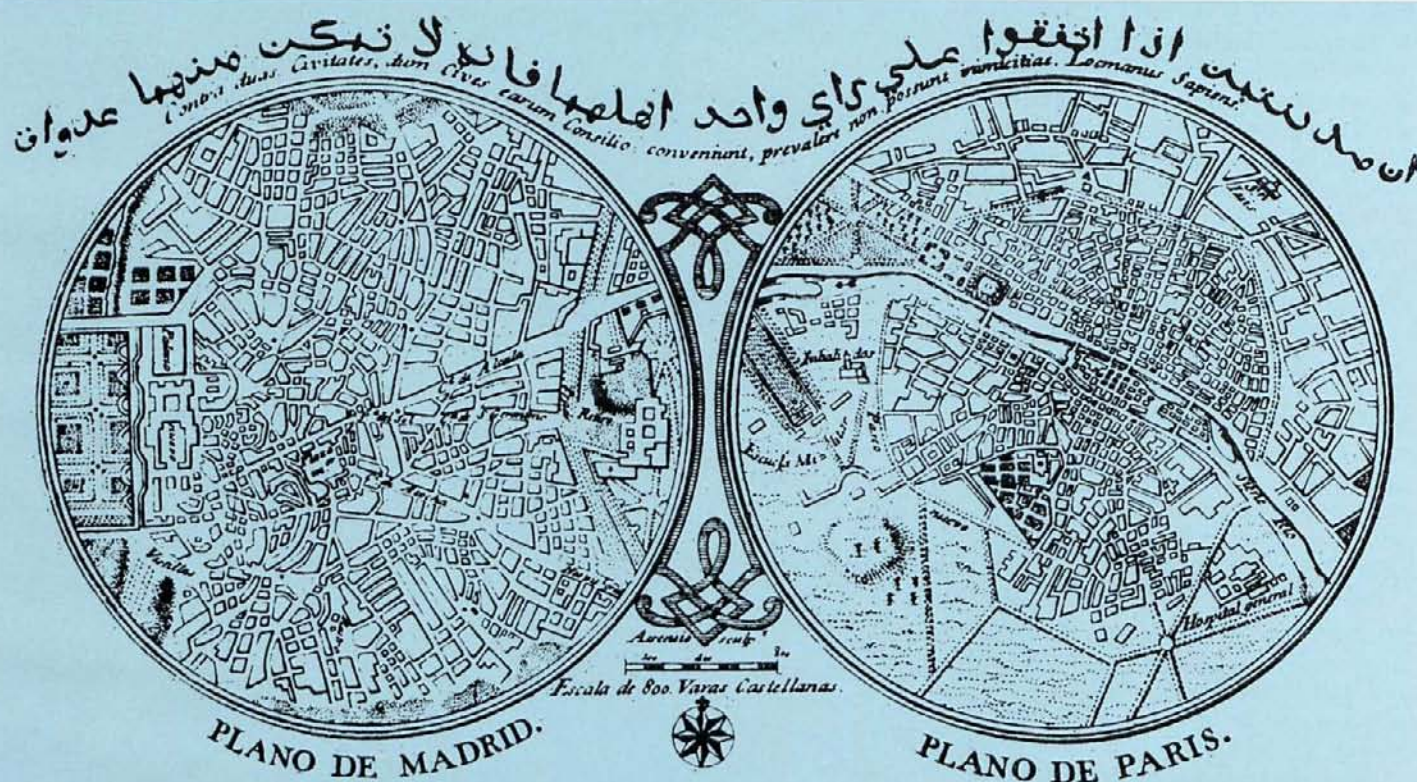
sus obras de cámara es otro dato de la fuerte influencia españolista sufrida por Bocherini. Precisamente en uno de los «quintetos» emplea un «fandango» que tocaba a la guitarra el P. Basilio, con el que la guitarra popular asciende a los camarines reales y aristocráticos de la época.

Poco pueden presumir los actuales «padres Duval» ante el ejemplo del religioso cisterciense Manuel García, apodado P. Basilio, organista excelente y guitarrista de no menor categoría. Los reyes españoles, Carlos IV y María Luisa, llamaron a García a El Escorial, no para saber de su arte contrapuntístico mostrado desde los teclados del gran órgano, sino para escuchar sus interpretaciones a la guitarra. Tal fue la sensación causada, que el P. Basilio se convirtió en maestro de la Reina, a la que se añadieron pronto otros discípulos ilustres: el príncipe de la Paz, Manuel Godoy; Francisco Tostado y Dionisio Aguado, autor de un magnífico método de guitarra que, todavía hoy, sirve y se utiliza.

La guitarra que sonaba en las re-

presentaciones de las tonadillas, la que otros convertían en sustitutivo del clave para un «continuo» coloreado y portable, llegaba hasta Bocherini con la doble valoración, culta y popular, por más que esta última llamase más su atención. De ahí que se viese en la necesidad de ceder a la tentación de utilizar el instrumento nacional como vehículo de ideas musicales que estaban en el ambiente y como novedad tímbrica. Esta juntura de cuarteto de arco y guitarra constituye la última y definitiva reverencia de Bocherini a España, y también el postrer escalón para la feminización de su música, pues la guitarra, en la metáfora de su forma y en su sonar musical para acompañar la danza de nuestras «boleras», dio nuevo toque de garbo a las formas bocherinianas.

El Madrid de hoy ha sabido rendir un homenaje sentimental a la memoria del «madrileño de la Toscana» al colocar su busto bajo las acacias y los plátanos de la Cuesta de la Vega, en una pequeña plaza que de ahora en adelante se denominará «de Luis Bocherini».



PACTO DE AMISTAD ENTRE PARIS Y MADRID

UNA delegación del Ayuntamiento madrileño, presidida por el alcalde, don Carlos Arias Navarro, e integrada por el primer teniente de alcalde, don Jesús Suevos, el concejal don Luis Pérez Hernández y el delegado de Educación, don Antonio Aparisi Mocholi, visitó París en los primeros días del mes de noviembre, invitada por el presidente del Concejo municipal.

Con ocasión de esta visita, en una solemne recepción celebrada en el hotel de Ville, fue firmado un Pacto de Amistad entre las dos capitales. El singular acontecimiento fue relatado así por el corresponsal del diario madrileño «Informaciones», Jaime Pol Girbal:

París, 9. (De nuestro corresponsal, Jaime Pol Girbal.)

En presencia del embajador de España y de relevantes personalidades francesas y españolas, ha tenido lugar, en los salones del hotel de Ville, el solemne y, creo yo, importante acto constituido por la firma del tratado de amistad entre las que, a su crecimiento tentacular y constante, siguen siendo dos villas: la «Ville Lumiere» y la del Oso y el Madroño.

El señor Faber, presidente del Consejo Municipal parisiense, y el señor Arias Navarro, han firmado dos artísticos pergaminos en los cuales, redactado en las dos lenguas, se estipulan las motivaciones y

los términos de un pacto que no ha de ser considerado «temporal y revocable, sino perpetuo, como la amistad existente entre el pueblo español y el pueblo francés».

Están de acuerdo las dos capitales para, en adelante y de modo conjunto, «programar periódicamente manifestaciones artísticas y culturales, procediendo, además, a intercambiar proyectos, encuestas y cuantas manifestaciones afecten a la vida municipal».

DISCURSO DE ARIAS NAVARRO

Si el presidente del Consejo Municipal de París, señor Paul Faber, ha sabido evocar cumplidamente figuras y hechos relacionados, a lo largo de la Historia de estos últimos siglos, con las crecientes relaciones entre ambas capitales, el señor Arias Navarro, alcalde de la villa de Madrid, ha sabido, a trueque, de modo breve, austero y nada tópico, que cuando hacia el siglo XVI, no existían grandes inquietudes culturales en la capital de las Españas, «era París centro del universo mundo y la vieja Sorbona irradiaba sabiduría».

Del mismo modo, la capital francesa «era modelo de urbanismo cuando nuestras actividades municipales —rubrica— estaban totalmente al margen de esas preocupaciones».

El alcalde madrileño dice que él y los suyos se

han presentado «con sinceridad, que es base del verdadero amor, y con modestia», añadiendo que en los archivos nacionales figura un grabado que data de 1790, representando los dos escudos enlazados de ambas capitales, con el emblema siguiente: «Cuando dos ciudades de dos países deciden entenderse, la rivalidad no es posible».

«Madrid viene a París con humildad, con dignidad sinceras, y formula sus votos por esta Francia inmortal y por este París incomparable que tan buena acogida nos dispensa.»

«El alcalde de Madrid, señor Arias —añadía Josefina Carabias, corresponsal de *Ya*—, ha rendido homenaje a los dos hombres cuyo entusiasmo recíproco logró establecer el clima de amistad, penetración y contactos frecuentes en que se desenvuelve la amistad entre las dos capitales. Esos hombres fueron el doctor Debralgue, que fue presidente del Consejo Municipal de París entre 1959 y 1960, y el conde de Mayalde, alcalde de Madrid a la sazón.

Los numerosos invitados de ambos países que asistieron a la ceremonia fueron obsequiados con un cóctel en los suntuosos salones del hotel de Ville (Casa de la Villa de París), donde el Consejo Municipal tiene su sede.»

LA CORPORACION MUNICIPAL DE MADRID Y EL BUREAU DU CONSEIL MUNICIPAL DE PARIS

CONSIDERANDO

la importancia y continuidad de los intercambios culturales que han existido desde la antigüedad entre los pueblos de España y Francia, de las cuales las artes plásticas, la música y la literatura lo testimonian magníficamente, tanto en la época moderna y contemporánea como en la Edad Media.

CONSIDERANDO

que Madrid y París son dos de las principales metrópolis de la latinidad.

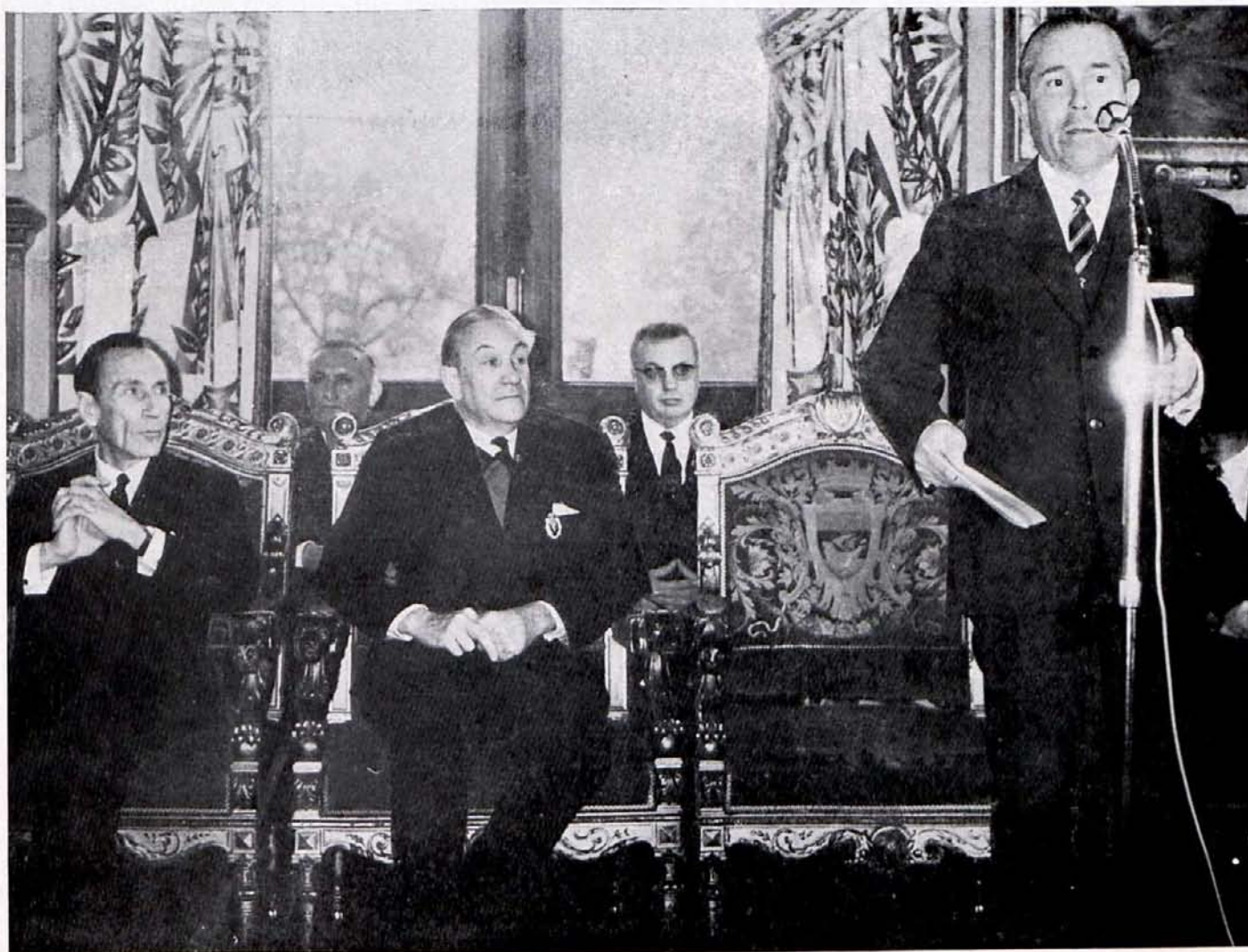
CONSIDERANDO

los lazos de amistad que existen secularmente entre estas dos capitales y la importancia que se concede a su reforzamiento.

CONSIDERANDO

que conviene consagrarlos solemnemente y asegurarlos a perpetuidad.

El señor Arias Navarro, alcalde de Madrid, pronunciando su discurso





El alcalde de Madrid firmando el pacto de amistad

CONSIDERANDO

que los concejales de Madrid y de París son también los fieles intérpretes de los sentimientos de sus conciudadanos.

DECIDEN

unirse por un Pacto de Amistad que deberá contribuir a hacer más estrecha la unión de las Municipalidades de Madrid y París, y en cuyo cuadro serán colocadas de aquí en adelante las manifestaciones por las cuales han acostumbrado testimoniarse su simpatía, y para dar mayor efectividad a este Pacto de Amistad, plasmando en realizaciones concretas el deseo de mutua colaboración que le inspira, se establece entre las dos Corporaciones un compromiso formal que afecte primordialmente a:

1. Programar periódicamente manifestaciones artísticas y culturales que alternativamente —y bajo los auspicios de ambas Corporaciones— se celebren en Madrid y París.
2. Intercambio entre ambas Corporaciones de estudios, proyectos, encuestas y cuantas ma-

nifestaciones afecten a la vida administrativa municipal.

Y CONVIENEN

que este Pacto de Amistad será no temporal y revocable, sino perpetuo, como la amistad existente entre el pueblo español y el pueblo francés.

PLANOS DE MADRID Y PARÍS

Después del acto de la firma de este Pacto, el señor Arias Navarro ofreció a su colega parisiense una magnífica reproducción de dos curiosos planos de Madrid y París.

El original se guarda en el Museo Municipal. En el catálogo, elaborado con motivo de la Exposición de Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII (1960) se describe así:

«Assensio sculp (si)t.—Escala de 800. Varas Castellanas.—Inscrito también en un círculo, y acompañado de otra representación de París, este plano es probable fuese copia de uno de Tomás López que no hemos llegado a conocer. La circunferencia mide tan sólo 55 mm., y la figura de nuestra ciudad ofrece algunas variantes respecto a la de los diseños que hemos examinado. Así, se muestra diferente la traza

de las construcciones que habían de formar la plaza del mediodía del Palacio Real y se advierten proyectadas unas avenidas o paseos con árboles en el Buen Retiro.—Como es lógico, la escala de 800 varas castellanas que figura en esta estampa con los planos de Madrid y de París, sólo se refiere al primero de ellos, dada la tan diferente extensión de dichas poblaciones. Sólo conocemos ejemplares sueltos de esta lámina, ignorando a qué publicación (probablemente de fines del siglo XVIII o de muy comienzos del XIX) se destinaba.»

Hasta aquí la ficha. El plano cuenta, desde luego, entre los planos derivados del famoso de Tomás López (1757). La alusión se refiere al plano en miniatura y encerrado en un círculo, publicado por Juan López —hijo de Tomás— para que sirviera de lámina cuarta al lado de las de su padre.

Sobre el grabador, don José Asensio, sabemos que nació en Valencia (1759), fue profesor de la Escuela de Arquitectura, grabador de la Real Academia de San Fernando, grabador de cámara de Su Majestad y que posteriormente trabajó como grabador en la Calcografía nacional. El fue quien confeccionó a buril los grabados que hizo al aguafuerte don Fausto Martínez de la Torre con destino a su famoso y útil Plano de la Villa y Corte de Madrid (1800).

El grabado de don José Asensio tiene todo el aspecto de haber sido un encargo hecho por el Concejo de Madrid, a fin de ensalzar el momento mencionado. Encabezaría, quizá, un texto alusivo a la circunstancia, dadas las características del trabajo. No parece que, en modo alguno, se destinase a ser incluido en libro o cualquier otra clase de publicación.

En efecto, ambos planos son esquemáticos, auténticas miniaturas, cuya finalidad de ejecución es artística más bien que puntual; faltan alrededores y remates en las cuatro direcciones cardinales. Por lo demás, el único paralelismo, si bien fortuito, entre ambos planos, es la ubicación de las dos moles, el Hospital General madrileño (fund. en 1563) y la inmensa Salpêtrière (const. en 1670), situadas al SE. Bien que invisible en ambos planos, ocurre también la circunstancia común de estar ambas capitales rodeadas, en esta época, por una cerca de finalidad fiscal, destinada a asegurar la percepción de tasas e impuestos —sisas, alcabalas, etc.

La cerca de Felipe IV, cuya vigencia alcanza hasta bien entrado el siglo XIX, ceñía una extensión de unas 650 hectáreas, dentro de la cual vivían hacia la fecha del plano, 180.000 habitantes (1804). París, en cambio, cercada por la sixième barrière, denominada de los Fermiers généraux (1785-1791), comprendía un territorio de 3.379 ha., dentro del cual vivían 700.000 habitantes. De Bercy a Chaillot en el lado derecho y del bulevar Grenelle al bulevar de l'Hôpital, en el lado izquierdo, coincidía con la línea de lo que largo tiempo se denominaron bulevares exteriores de París. Hoy día, y tras el recinto fortificado de Thiers (1841-1845), última de las barreras parisienses, esta denominación ha retrocedido.

Señálanse, en cambio, los grandes bulevares (Madelaine, Capuchinos, Italianos, etc.), y con la denominación de Paseo Nuevo, Inválidos, Montparnasse y sus derivaciones, más la que arranca de la plaza de Italia, abajo del bulevar de l'Hôpital. Figuran el Louvre, las Tullerías y los Campos Elíseos, cuyos

árboles, por cierto, parecen ser encinas y robles, como eran los del Bois de Boulogne, con anterioridad al vivaque de los Cosacos (1814).

Con denominación expresa ocurre con el Hospital de San Luis, mandado construir por Enrique IV, para servir de lazareto, cuando la terrible peste de 1606; la Escuela Militar (1772) con su campo de maniobras, o Campo de Marte, situada en medio de la llanura de Grenelle y el Hotel de los Inválidos, elevado a la entrada de la misma llanura, entre los campos pantanosos, por mandato del rey Sol (1671-1676), cuya cúpula de Hardouin-Mansart, muy esquemáticamente representada, es posterior, de 1706.

La leyenda árabe que a modo de lema, encabeza el hermoso trabajo de Asensio, dice así:

«Ciertamente, dos ciudades, cuando sus habitantes se ponen de acuerdo (o conciertan) en una misma idea, los odios no son posibles en ellas (dos). Luqman, Sabio.»

El texto latino es traducción casi exacta de lo anterior, por más que menos preciso por la carencia en latín del número dual. Traducido dice así:

«Mientras dos ciudades se pongan de acuerdo por el buen sentido, los odios serán impotentes contra ambas.»

Interesa ahora hablar del legendario Locmán (transcripción fonética de la Escuela de Estudios Arabes Luqman), cuyo texto hemos traducido literalmente. Luqman fue un personaje fabuloso de la antigua Arabia, apodado el de las Aguilas, porque vivió muchos años y pasaba por ser un gran sabio, al cual se le atribuyen innumerables dichos sentenciosos de varias clases. Se le cita ya en el Corán, es decir, que pertenece a la época anteislámica.

Se dice que compuso una serie de fábulas, que incluso han sido publicadas repetidas veces, un poco a la manera de las de Esopo, si bien adaptadas a la mentalidad oriental. Precisamente y lo decimos por la fecha del plano, la colección de fábulas mencionadas se volvió a publicar en 1799 y en 1803, acompañadas por traducción francesa, debidas edición y traducción, al arabista M. Marcel; obtuvo muy buena acogida y llegó a ser un libro clásico. La edición, manejada por nosotros, fue editada en París en 1903, sólo el texto árabe y se debe a la maestría de Cherbouneau.

La belleza de la leyenda árabe es grande, tanto que los caracteres son de elegante tipo oriental y no marroquíes. El texto es, casi exactamente, la moraleja perteneciente a la fábula primera de Luqman sobre el león y los dos toros: mientras ambos toros luchan unidos contra el león, triunfan; mas cuando se separan, ambos son abatidos. La moraleja resultaba muy oportuna para encabezar la esmerada obra —desde el punto de vista artístico— del grabador.

Sobre la finalidad de ella, opino que se destinaba a ensalzar un período de amistad hispano-francesa, comprendido entre hacia 1800 y 1813; es decir, durante José Bonaparte o bien anterior a él.

Llegar al acuerdo de la Santa Alianza (1822) y al duque de Angulema me parecía excesivo, si bien desconocemos la fecha exacta de la muerte del grabador Asensio. Indudablemente el trabajo se hizo por encargo del Ayuntamiento de Madrid.

Hubiera interesado decir algo sobre el contenido del plano de París, mas es forzoso dejarlo para otra ocasión.

Dehesa de ARGANZUELA

POR AGUSTIN GOMEZ IGLESIAS

VALE la pena relatar la movida historia de este famoso predio concejil que rindió diversos e importantes servicios a los madrileños durante cinco siglos de vida pública y documentada, más otros dos, al menos, de existencia real, bien que anónima para nosotros; rendimientos prestados, al principio, como simple prado comunal y después ya con el carácter de dehesa organizada, indispensable al abasto de carne de la ciudad y, al propio tiempo, beneficiosa para solaz y recreo de sus habitantes.

Empresa nada fácil de acometer, en verdad. La abundante documentación producida y conservada, actualmente, en el Archivo de Villa desde principios del siglo xv, a saber: los numerosos deslindes y mojoneras, las repetidas detentaciones y apropiaciones indebidas, la enorme masa de hechos resultante de los autos judiciales, así como los relativos a los pleitos contra la Villa por parte de rivales de elevada categoría social, la perturbación, llena de incidencias, introducida por el asentamiento del Canal del Manzanares dentro del área de la Arganzuela; y tantos otros hechos, ocurridos hasta el momento en que este predio rústico —tras haber cedido dos tercios de su solar para otros importantes desti-

nos— se organiza (1915) como Parque Sur de recreo, han convertido la elaboración de este modesto trabajo en una vasta e intrincada tarea.

Mas había que salir de la única y solitaria cita, la inevitable referencia a la provisión de la Cámara Real de los Reyes Católicos (Santa Fe, 15-V-1492), importantísima, por supuesto, pero que ni inicia el asunto ni menos lo finaliza, si bien constituye el principal argumento legal, constantemente invocado por Madrid en defensa de sus legítimos derechos. También yo necesitaré utilizar alguna erudición, puesto que se trata de un tema intocado y debo apoyar mis asertos en datos de primera mano; dado el carácter de nuestra Revista, ellos serán los indispensables. Lo que sigue son las etapas sucesivas de tan sorprendente evolución.

I

La primera mención de la Arganzuela (1) ocurre en una sen-

(1) Lo del tío Daganzo y Sanchita, su hija, la Daganzuela es una etimo-

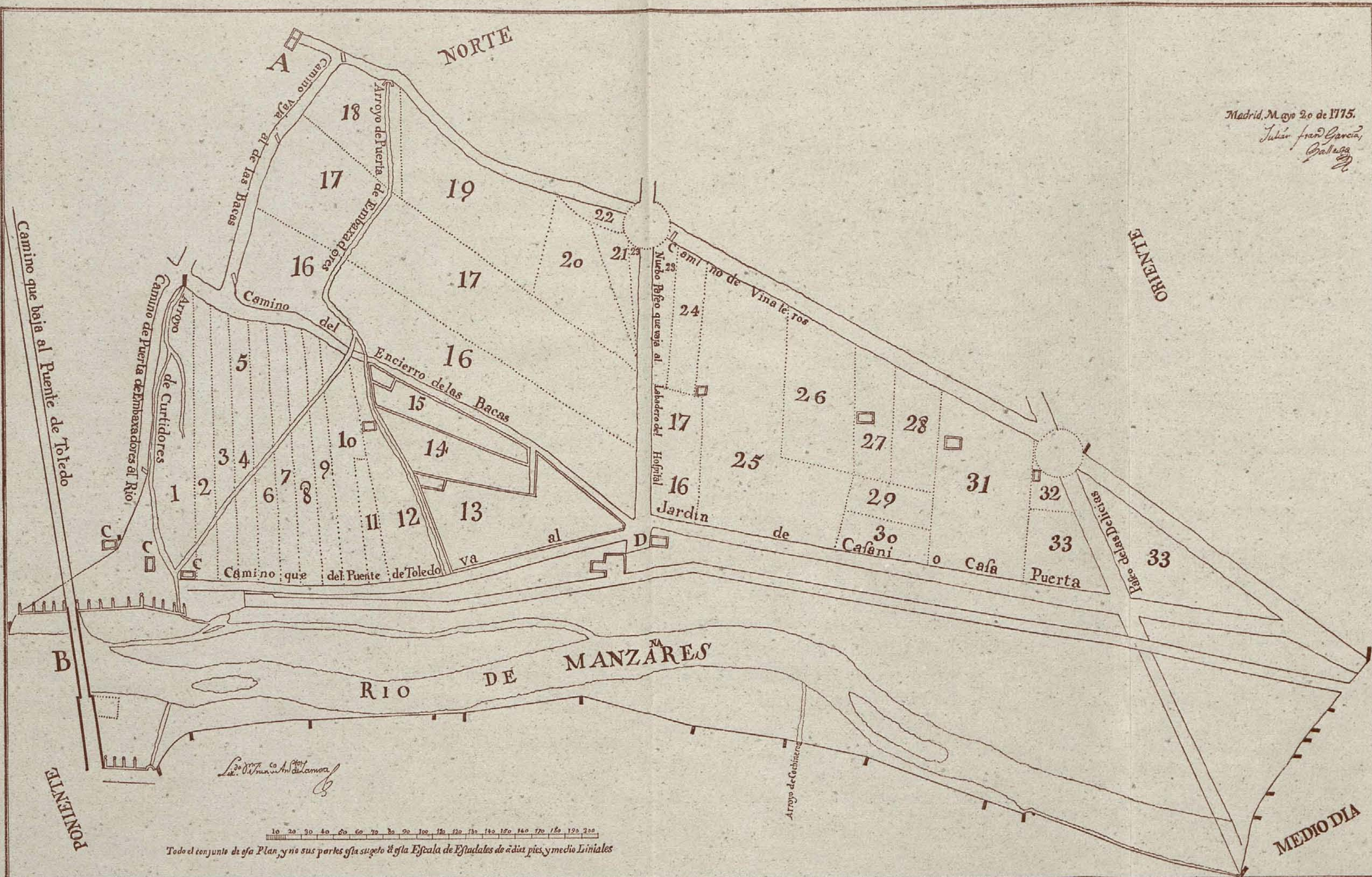
tencia emitida en Madrid (23 de octubre de 1427), por el licenciado Alfonso García de Guadalajara, corregidor de Madrid y juez de términos, especialmente comisionado por el rey don Juan II (1425 y 1427) a fin de hacer investigaciones sobre las propiedades comunales de la Villa (2). En atención a su venerable antigüedad y al hecho de ser la primera fuente documental acerca del asunto, damos el fallo íntegro en fotocopia; pero sólo transcribiré lo interesante, modernizando la grafía y la puntuación.

El licenciado Guadalajara, tras decidir que la *presa, el soto y el prado son apropiados a la propiedad y señorío del molino de Arganzuela*, según escrituras públicas presentadas por el matrimonio propietario, Gutiérrez Ferrández y María Álvarez, continúa: «e otrosí... por los dichos e de-

logía pueril. Arganzuela tiene toda la traza de ser un diminutivo de Arganda, como Lozoyuela, Cercedilla y Casarrubuelos, etc. lo son de Lozoya, Cerceda y Casarrubios.

(2) El L. Guadalajara fue un juez pesquisador tan concienzudo que sus fallos se invocan repetidamente en la documentación bien posterior. Por ello, sin duda, mereció ser nombrado juez mayor de Vizcaya, sin renunciar a la corregiduría madrileña. («Rev. de la Biblioteca, Archivo y Museo» del Ayuntamiento de Madrid, XVI, 1957.)

Juan Francisco García
Gallaga



posiciones de los testigos... está e es cumplidamente probado, estando la dicha Madrid e su tierra en posesión de la isla que dicen de Arganzuela, que es en el río de Guadarrama (3), que corre cerca de Madrid... Por ende fallo que debo restituir y restituyo a... Madrid y su tierra y a Sancho Ruiz de Avila, procurador del Consejo en su nombre, en la dicha isla y en la posesión de ella; ... y mando a G. F. y M. A., su mujer, que no usen de la dicha isla, según que hasta aquí han usado; ... y mando que Madrid y su tierra, y

(3) El río Manzanares se denominó Guadarrama hasta bien entrado el siglo XVII; sin embargo, uno se lo encuentra en los documentos más frecuentemente con la denominación de «río de Madrid», «río que pasa por Madrid», «que viene de Madrid», etc.

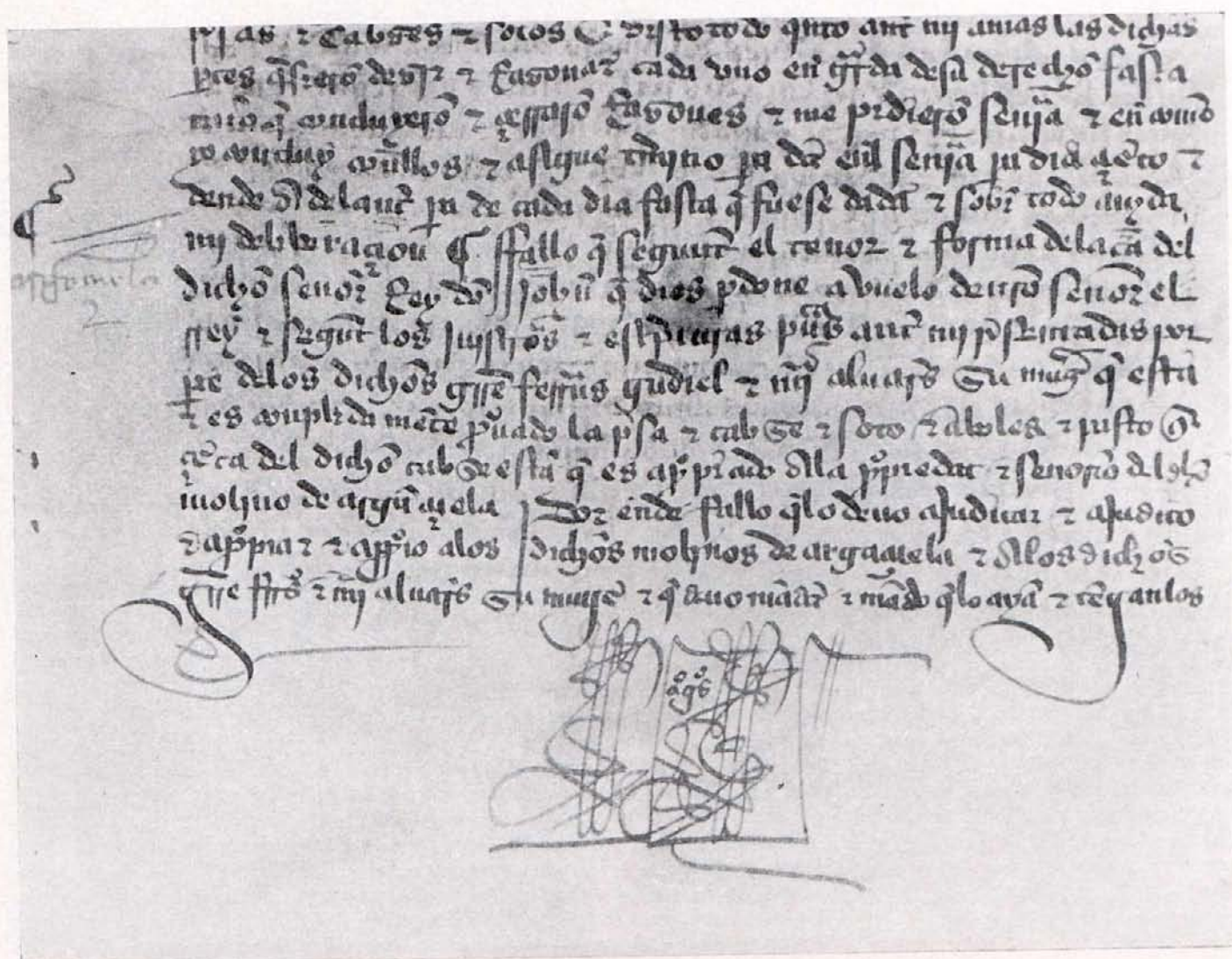
los vecinos y moradores de ella usen de la dicha isla de Arganzuela en esta manera: que la dicha isla sea prado y pasto común de Madrid y su tierra y de los vecinos y moradores de ella, para que puedan segar la yerba y pa-cerla con sus bueyes y bestias de arada y con bestias de silla y de arada, así caballares como mularres, y que no puedan y (alli) pa-cer ni pascen en la dicha isla con ganados ovejunos, ni cabrunos, ni porcunos...»

Así, gracias al benemérito licenciado Guadalajara, surge a la historia el molino, soto e isla de Arganzuela, junto con sus coetáneos los molinos, sotos y prados de Mohed y María Aldínez, «muy necesarios al sustento de Madrid y su tierra», circunstancia a la que ajusta su sesuda sentencia. Ahora bien, a la vida y como pro-

piedad comunal habían surgido siglos antes, como lo evidencia la simple mención anónima de los molinos (Fuero LXXI), (4), cuya renta se aplica al mantenimiento de la muralla madrileña.

Acerca de la isla de Arganzuela, núcleo alrededor del cual iba a formarse, dentro del propio siglo XV la celeberrima dehesa, hablaré en el apartado 3. Ahora trataré, únicamente, de localizar la situación del molino, así como el caz del mismo, valiéndome del plano trazado en 1772 por don Julián García Gallego, agrimensor de los bosques y dehesas reales y también de la Villa y Corte. Véase la copia que incluimos. Ambos, molino y cauce, estaban

(4) Véase *Fuero de Madrid*, 1963, pág. 98 y n. 122.



situados frente a las suertes de tierras, señaladas en tal plano con los números 38, 39 y 40. Compruébase: a), con los títulos presentados a nombre del Hospital de Vallecas, para justificar la pertenencia de la tierra núm. 38, según los cuales y en 1635 esta tierra estaba señalada en dos pedazos, uno que descabezaba en el camino de Vinateros y el otro, situado debajo del anterior, enfrentaba al molino de Arganzuela; b), con una minuta de 1681, incluida entre los títulos presentados a nombre del duque de Granada, a fin de justificar, asimismo, la suerte número 39, cuya minuta trae las tierras pertenecientes al mayorazgo de Francisco Garnica, y entre ellas figura una llamada Molino de Arganzuela, que lindaba hacia la parte del río con tierras de los herederos de Jerónimo de la Parra, de quien deriva su derecho Alfonso Lancha, poseedor de la tierra número 40 del plano; c), e igualmente resulta de los títulos exhibidos y referentes a la citada tierra de Lancha, que estaban donde decían y llamaban el caz de Arganzuela. Finalmente, refiérese en la documentación coetánea a la apertura del Canal de Manzanares la circunstancia de haberse encontrado en tal sitio cimientos y restos de fábrica de molino durante las obras.

II

La segunda y principal etapa es la formación de la dehesa. La ya mencionada provisión que la crea, ha sido muy divulgada desde que Domingo Palacios la incluyó en su útil colección documental (5). A petición del Consejo de RR. CC. concedieron licencia a Madrid para formar una dehesa en el terreno de Arganzuela, «en los prados, pastos y junqueras concejiles, pudiendo tomar para su aumento 40 aranzadas de viñas y yunta y media de tierra, que estaban cerca del

mismo molino y soto de Arganzuela, que era junto al río de la Villa, para que de allí adelante quedase el término que se señalaba por dehesa adhesionada para los ganados de trabajo y labor y otras bestias de los vecinos de esta Villa y sus arrabales, y los que viniesen a las ferias de ella; mandando que los dueños de las dichas viñas y tierras las vendiesen a justa tasación; y permitiendo que para su pago se pudiesen vender, o dar en cambio algunas otras tierras propias de la Villa.»

Los vendedores particulares fueron 23 y en total se les compraron: 19 aranzadas de viña, 1.380 cepas, 21 aranzadas de parral y 54 fanegas de tierra. Las aportaciones más importantes correspondieron al Monasterio de San Martín con siete fanegas de tierra y dos y media aranzadas de parral, a los herederos del contador Gonzalo Fernández con diez y media fanegas y a Francisco de Luzón con ocho y media. La tasa por los peritos de ambas partes, el deslinde y el solemne amojonamiento posterior, al que asistió el Corregidor, acompañado por dos regidores comisionados, letrado, etc., ocurrió en 26 de septiembre de 1495, ante la presencia de los propietarios previamente citados.

El corregidor Rodrigo de Mercado mandó que los apeadores nombrados para amojonar la dehesa «que se hallaba al socauce del Molino de Arganzuela, que salía derecho a la linde de las tierras de Calatrava, hiciesen un mojón junto con el dicho río de Guadarrama (3), y en seguida mandó hacer otro mojón donde comenzaba esta linde, dejando fuera las tierras de Calatrava junto con la tierra que era de Gonzalo Fernández, que se tomó para la dehesa. Que así fue amojonando y mandando amojonar por la linde de las dichas tierras de Calatrava, y por la linde de la de Gonzalo Fernández, que quedaba dentro de la dehesa, hasta dar al Camino de Armange. Que asimismo hizo y mandó hacer mojones por las dichas lindes del Camino de Armange hasta dar a otro camino que iba al vado de Ormiguera, quedando el dicho camino fuera de la dehesa. Que en el sitio donde se juntaba el camino de Armange con el carril del vado

de Ormiguera, que iba junto con una tierra de Francisco Luzón (vendedor núm. 22 de la relación), mandó hacer otro mojón. Que asimismo mandó hacer los dichos mojones junto con el dicho camino hasta dar en la madre vieja del río Guadarrama (3), quedando el camino fuera de la dehesa. Y que desde el río arriba hasta dar en el mojón primero, que estaba al socauce del Molino de Arganzuela, que era por la madre del río arriba».

Así deslindada, se dio la propiedad de tal terreno a la Villa y el Corregidor ordenó que ésta pagase los precios estipulados a los dueños de las viñas y tierras incluidas en la dehesa. Y, en efecto, dos días después, Antón Dávila, escribano mayor del Concejo, despachó la correspondiente libranza (28-IX-1495) al cargo de Pedro de Heredia, arrendador de la sisa echada, con licencia real, para tal menester; lo pagado por Heredia ascendió a 89.825 maravedises, a cuenta de los 105.000 maravedises anuales, que debía dar por el arrendamiento. Simultáneamente se dio la ordenanza para la custodia de la dehesa y ganados que debían pastar en ella; con prohibición del yeguar, vacuno, ovejuno, cabrúno y porcino, a más del ganado caballar y mular de alquiler, así como también los caballos de posta. Posteriormente esas ordenanzas se confirmaron en 1577 y después, 1598, se amplió la prohibición al paso con carreta por la dehesa y se acordaron algunas otras penas para los ganados que entrasen de día y de noche, para los que cortasen y rozasen retama y segasen hierba. En resumen, los pastos de la dehesa quedaron, casi exclusivamente, reservados, durante esta primera época, al ganado de labranza propiedad de los vecinos y moradores de la villa y sus arrabales; después, andando el tiempo, se convertiría en dehesa boyal y más bien carnícera, conforme veremos más adelante.

Dejo para el apartado número 3 el estudio de la mojonera ejecutada en septiembre de 1495, la identificación de los lugares y sitios mencionados en ella, capacidad presumible de la dehesa, etcétera; con la ayuda de los planos 1.772 y 1.775 ello será más hacedero y convincente. Por aho-

(5) Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid, 1907, t. III, págs. 341-346.

ra sólo interesa afirmar: a) Con las tierras recién compradas, que se agregaron a la isla comunal de Arganzuela —o sea, los prados, pastos y junqueras de la provisión de los Reyes Católicos—, Madrid formó un coto redondo, sin que dentro de sus límites y mojones quedara dueño alguno en propiedad ni posesión de la más mínima parte de terreno; b), tan sólo los 23 vendedores —relacionados en el libramiento—, con los peritos y autoridades del Concejo asistieron y autorizaron, jurídicamente, las diligencias pertinentes, viendo adherir y practicar solemnes oficios públicos y actos paladinos, que se prolongaron desde el 15 de mayo de 1492 al 26 de septiembre de 1495; no se advirtió reclamante alguno, ni por parte de incluso en la dehesa, ni por damnificado en sus confines y mojones, entre otras razones por no haber otro que la Encomienda de Calatrava, a quien religiosamente se le guardó su divisoria; las demás divisorias eran meramente caminos, el socauce

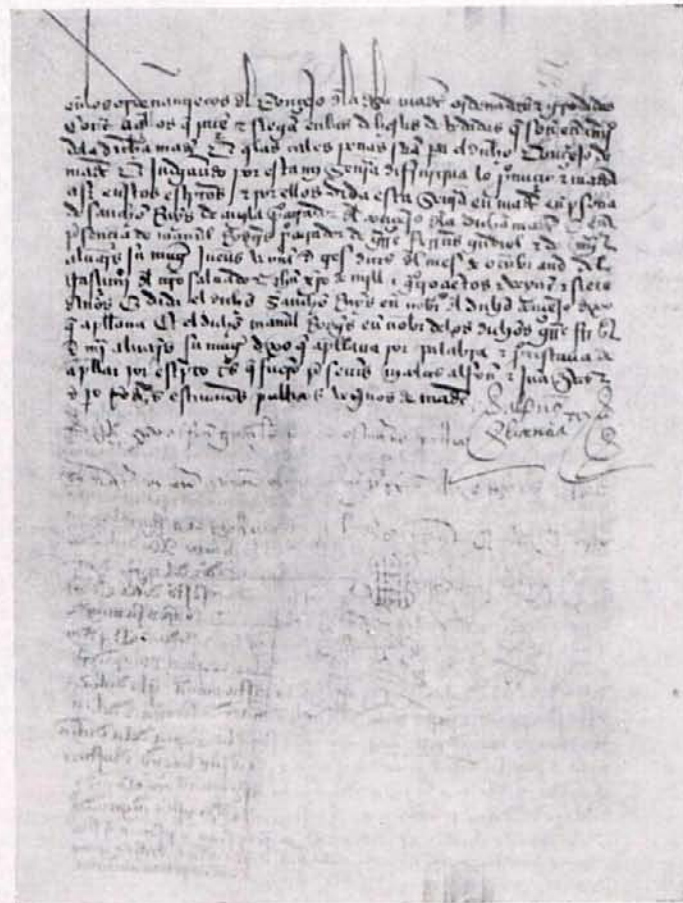
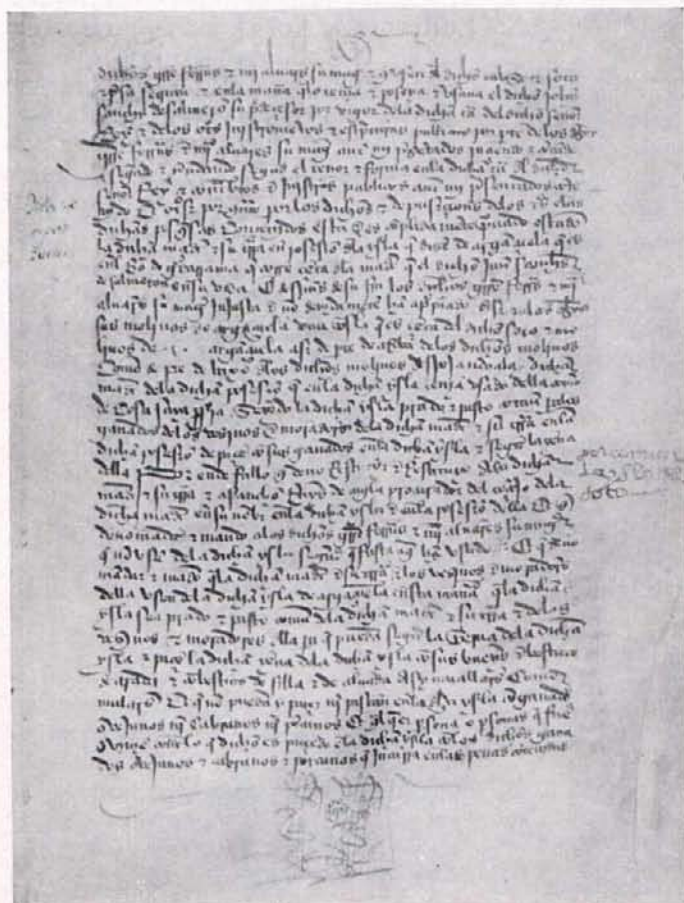
del Molino de Arganzuela, Madre Vieja del río y orillas de éste.

Mas hubo una deficiencia grave en la operación, debida quizás a la buena fe demostrada por ambas partes contratantes, que al parecer se contentaron con el acto de apearse y recibir lo tasado por sus fincas, para transferir a Madrid el dominio directo y útil de tales, sin otra seguridad que la constancia de la enajenación, testimoniada por el deslinde, libranza y el pago de los 89.825 mrs. importe de la tasación. Sin embargo, lo cierto es que la carencia de las escrituras, que otorgarían o debieran haber otorgado los 23 vendedores, iba a ocasionar a Madrid serios disgustos y pleitos ruidosos que podrían haberse evitado sin tan grave omisión (6). Se producen, además,

(6) Las escrituras se buscaron desesperadamente entre los papeles presentados por Madrid en la Escribanía de Cámara del Gobierno de Castilla, con motivo de la venta de El Pardo

hechos sorprendentes en detrimento de la Villa. Véase éste. La tierra núm. 60, correspondiente al plano mencionado de García Gallego (1772) era en tal época del marqués de San Juan y de los títulos de pertenencia consta que los causantes de este señor derivaban su derecho de Gonzalo Fernández de Coalla y de Pedro de Bibero, vendedores incluidos en el estado de la libranza con los números 15 y 18; de manera que siendo los títulos exhibidos de 1470 y 1487, tiempo muy próximo a la formación de la dehesa (1495), produce tal hecho la presunción de que los mentados herederos fueron, efectivamente, los que vendieron a Madrid, y de quien el marqués derivaba su derecho. Pues bien, desde al menos 1535, encontramos a los sucesores de

a S. M., y asimismo en el Archivo de Villa, durante los siglos XVII y XVIII; sin desesperación, pero con ahinco no menor, las he buscado yo sin resultado alguno.



Gonzalo Fernández introducidos en la misma tierra; lo más verosímil es que, si los vendedores de tierras a Madrid para la dehesa se quedaron con los títulos de pertenencia, pasado el tiempo y, utilizándolos sin duda de buena fe, se introdujeran en ellas sus herederos sin oposición ni contradicción alguna.

Sin embargo, con los instrumentos mencionados y sin necesidad de escrituras, le sobraba título a Madrid para ser tenido por único y verdadero dueño de la Dehesa de Arganzuela en toda su demarcación, toda vez que las escrituras y títulos las embebían, a efectos de la mutua entrega-terras y pago, el apeo y la libranza de 1495. En efecto, nadie sin pleno dominio y autoridad directa puede establecer ordenanzas en finca ajena y la Villa las constituyó y amplió, según hemos visto; ni arrendarla como suya y Madrid lo hizo en 1569; e hipotecó la Arganzuela, a fin de garantizar el pago de varios censos, que tomó en virtud de facultad real a través de los años 1579, 81, 82 y otros; la volvió a arrendar en 1691 a Prieto Haedo, que corría con el abasto y rastro de carnicerías; impetró facultad para vender a censo perpetuo en 1692 y vendió, efectivamente, a Adrián de Casimiro 30 fanegas de su recinto en 1695; finalmente, el Concejo, por acuerdo propio, rescindió esta escritura dentro del mismo año de 1695.

De intento he destacado estos nombres, porque las actuaciones judiciales, derivadas del recurso competente entablado por el abastecedor Prieto contra Casimiro —causa de la anulación— son la fuente más segura para determinar la extensión de la Arganzuela, cuya cabida era entonces muy imprecisa, a causa, sobre todo, del desconocimiento del apeo primitivo. Las 30 fanegas se hallaban situadas en el paraje llamado Casa-Puerta (7), situado más abajo

de la Puerta de Atocha; Casimiro se defendió, alegando —a más del justo título de la real cédula, la escritura y el anticipo depositado— que las tierras eran calvas y sin hierba, que la dehesa tenía más de 200 fanegas dentro de su recinto, sin que las 30 calvas al sitio de Casa-Puerta (las tapias de la finca lindaban con la dehesa), sirviesen más que para labor, es decir, para ser roturadas. Sin embargo, lo más importante para nuestro objeto es conocer la diligencia de medida contenida en los autos; resultó que, además de las 30 fanegas vendidas al citado Casimiro, había por bajo de la Huerta de Cassani y hasta la Madre Vieja del río 161 varas de longitud y 60 de anchura, cuyo terreno incluía, sin dudarlo, el Sotillo de los Abades, propiedad en este tiempo del conde de Aranda, como heredero del mayorazgo de Luzón.

III

Desde la mojonera primitiva (1495), practicada ante Rodrigo de Mercado y Antón Dávila, no se había realizado diligencia alguna de reconocimiento de la Dehesa de Arganzuela hasta que trescientos años después se llevó a cabo a pedimiento del marqués de Claramonte, dirigido a la Junta de Propios y Sisas; no era de extrañar que, a través de tan largo período de tiempo, sus límites se hubieran oscurecido y confundido y que gran parte de la Dehesa se hallara ocupada por particulares. A tal punto habían llegado las intrusiones y usurpaciones, que hasta el propio Claramonte, Personero del Común, tenía vaga noticia de su existencia: «según oídas, parece que Madrid tenía una Dehesa que llamaban Arganzuela», dice en su firme petición (1769).

En efecto, según la información recogida durante su personería y la de su inmediato sucesor

A. Vallejo (1770) y las noticias tomadas de los mayores, pastores, personal del Resguardo, etc., es decir, de expertos conocedores del lugar, la situación era ésta: «el más inmediato perjuicio que padece el común en el Abasto de carnes es dimanado de la tolerancia y permisos, que se han dado a varios particulares y vecinos de esta Villa, para el rompimiento de la mayor parte de los propios y baldíos de su jurisdicción cambiando sus antiguos y precisos destinos de pastos y paseos en huertas y tierras de labranza, y permitiendo que en ellas se pudiesen vallados y otras defensas, que además de privar a los ganados de su pasto, carece el público usufructo de sus paseos... y a más de la privación de pastos han cerrado la cañada para transitar al Matadero, y no pocas veces puesto en la precisión de venir por el mismo río a media agua, de que resultan considerables pérdidas, ya que el ganado llega al Matadero fatigado y desmejorado».

La petición de nuevo deslinde y apeo se acordó por la Junta de Propios y Sisas y tuvo efecto en seguida con toda solemnidad; si bien las numerosas y dilatadas diligencias, el gran número de lindantes, a quienes hubo que citar y pedir sus títulos de permanencia y otras razones, prolongaron la compleja y dificultosa tarea hasta 1775.

Llégase así a la traza del plano de 1772 —ya utilizado en el Ap. 1—, medido y deslindado por G. Gallego en virtud de orden y mandato de Antonio Naranjo, juez subdelegado del Corregidor. Principia en el esquinaldo correspondiente a la casa corralón del Matadero de las Vacas y baja hasta el final del puente de Toledo, incluso el corralón de la Villa; retrocede aguas abajo, a uno y otro lado del río hasta llegar al vado de Almenara, volviendo a la izquierda hasta el jardín de Cassani (7) y sigue los cotos de piedra de esta posesión hasta lo alto del cerro; vuelve, mirando a la puerta de Atocha y remate de ambos pascos de las Delicias (el segundo es el actual de Santa María de la Cabeza; el núm. 81 corresponde a la ermita y huerta); y desde allí sigue toda la cerca de Madrid, pasando por los Porti-

(7) La finca Casa-Puerta remonta su existencia a la época de Felipe II. La Compañía de Jesús la poseyó (1585-1669) y la denominó *Casa Huerta de San Miguel*, nombre conservado mientras estuvo en poder de los jesuitas; mas el vulgo la denominaba Casa-Puerta arbitrariamente. En 1669 la adquirió don Juan Bautista Cassani, embaajador en Madrid de los esguizaros

(suizos) católicos de los Cuatro Cantones. Fue famosa casa de recreo de larga y atractiva historia, que merecería exhumarse para deleite de los lectores de esta Revista.

llos de Valencia (D) y de Embajadores (E) hasta llegar a la mentada casa Matadero. La letra C indica el Lavadero del Hospital y Embarcadero del Canal (8).

La demarcación abarca 90 suertes de tierras pertenecientes a dueños particulares y, regulada cada fanega por «400 estadales, de a 10 tercias en cuadro cada uno, que es el marco real de Madrid y su partido» arroja el plano 665 fanegas y 11 celemines. Asimismo se incluyen los caminos, paseos, canal, corralón y salidas, cuya cabida de todas estas servidumbres ocupa 201 fanegas y 19 celemines. La totalidad abarca 868 fanegas y 6 celemines.

Mas el deslinde se ejecutó sin cita de los terratenientes interesados y el plano parece responder a una diligencia, que se consideraría entonces necesaria, a fin de manifestar con toda claridad el resultado de las justificaciones, fueron tres: la primera de ocho testigos, la segunda con 19 y la tercera fue secreta, puesto que no consta su número. Sin embargo, el plano de 1772 es utilísimo por su detalle y amplitud, conforme vamos pronto a comprobar.

Como era de esperar numerosos propietarios de las tierras in-

cluidas en este plano acreditaron con sus títulos legítima posesión; a causa de ello, el nuevo subdelegado, Zamora y Aguilar, dispuso otro deslinde. Los peritos colocaron 31 mojones desde la puerta de Embajadores (A) a través del camino que baja a la cañada de las Vacas, arroyo de Curtidores, casas de Lavaderos (C) y, salvando el puente de Toledo (B), a la margen derecha del río, desde su mismo estribo al vado de Almenara (entremedias: tierras labrantías de Maciarení, prado e isla Seca y embocadura del arroyo Cochineros o Fuente Bayones); después, al Mediodía, hasta la esquina del jardín de Cassani y camino de los Vinateros; finalmente, de Este a Norte, por el mencionado camino hasta concluir en la P. de Embajadores. El terreno entero incluido tiene una cabida de 501 fanegas.

Nótese en el plano (1775, mayo, 20) que las 90 suertes se han reducido a 33 tierras de particulares, entre ellos Madrid, a quien pertenecían los dos pedazos señalados con el núm. 33, que la Villa arrendaba en tal época; el lindante 32 es la huerta de Alfonso Lancha, a quien también pertenece la tierra núm. 30 y en medio la huerta propiedad de la Encomienda de Calatrava, señalada con el núm. 31.

Por más que todos los terratenientes habían sido citados para manifestar sus títulos y, al no comparecer algunos, se aplazó la fecha señalada —18 septiembre— para dar posesión a Madrid, resultó que, descontadas 260 fanegas de propiedad particular, más agregadas 15 f. y 5 c. de los no comparecientes, eran *Dehesa de Arganzuela 256 fanegas más 5 celemines*. La posesión ocurrió, al fin, el día 9 de diciembre de 1775. En lo sucesivo, el plano de 1775 sería invocado particular y judicialmente; se le consulta, se sacan calcos durante los siglos XVIII y XIX. El propio Gobernador de la provincia lo pide en 1868.

No lo invalida ni el hallazgo (9) del apeo de 1495, debido quizás al cansancio ocasionado por tan-

tísimas y laboriosas diligencias e, igualmente, debido al hecho de haberse reconocido, tras detenido estudio, su aproximación a este último. Importa, sin embargo, estudiarlo y cotejarlo con los planos de 1772 y 1775, no sólo en interés de la verdad histórica, sino también para completar el esfuerzo encomiable realizado por el mencionado Zamora y Aguilar. Por otra parte, tenemos ya bastante camino andado, a fin de realizar ambos, estudio y cotejo: en el ap. 1 quedó bien determinada la situación del molino de Arganzuela y de su cauce; el texto del apeo primitivo se halla incluido al comienzo del ap. 2 y, dentro del mismo apartado hablamos ya de los terratenientes herederos de Gonzalo Fernández de Coalla.

Veamos ahora la descripción a la vista de la mojonera de 1495. El primer mojón se hinca en el río, al socauce del molino, es decir, debajo de él, socauce que salía derecho a las tierras de Calatrava, las cuales quedaron fuera del apeo; en efecto, las tierras de la Encomienda de Calatrava son las señaladas en el plano de 1772 con los números 47, 76 y 62. Por los títulos de propiedad se justifica que en 1529 correspondían tales tierras a la Encomienda de Moratalaz, propia de la Orden de Calatrava; entre ellas existía una grande, que decían Arganzuela, situada junto al río y la dehesa de la Villa, y hacia Madrid, por la parte de Nuestra Señora de Atocha —entre otras afrontaciones—, con la tierra de Luzón (núms. 57 y 52), así como con otras tierras y majuelos, que incluían las Jaboneras y se hallaban donde llamaban Casa-Puerta (7); ahora bien, en el paraje de Casa-Puerta, dentro del terreno de la Dehesa, hacían sus eras los labradores y es también el lugar donde ocurre la fracasada venta a Adrián Casimiro. La mojonera iba por las lindes de Calatrava y por el lindero de la tierra núm. 60, perteneciente a Gonzalo Fernández, que por compra quedaba dentro de la dehesa, conforme se ha hablado ya en el apartado 2.

Se fue a dar así al camino de Armange (10), a través de cuyos

(8) A pesar de que la escritura de convenio entre la Real Empresa del Canal de Manzanares y la Junta de Propios y Sisas de la Villa no fue otorgada hasta enero de 1826, las obras comenzaron mucho antes; así que se libró la Real Cédula (1770) a favor de don Pedro Martinengo y Cía., se ocuparon terrenos concejiles en el distrito de la Arganzuela y en el Soto de Salmedina. La disputa, tremenda y prolongada, versó sobre el concepto de la palabra *balldío*, importante para justificar la procedencia del pago de terrenos. Sirvió denonadamente los intereses madrileños don Pedro Sáinz de Baranda, personero compromisario. E, igualmente, don Juan de Villanueva, arquitecto mayor de la Villa y encargado del canal, benefició a Madrid, reconociendo a su favor un censo de 149.258 rs. con el rédito del 3 por 100 anual. Mas nada se remató ni menos se pagó a causa del ferrocarril, que hizo inútil el Canal —nunca transportó otra cosa que yeso y tierras— y a los malos olores y fiebres palúdicas producidos. El gobierno de S. M. resolvió desecarlo y terraplenarlo, y Madrid recuperó los terrenos, según disponía la cláusula 13 del citado convenio. La fotografía del plano parcelario de Colubí (1884) —sec. 27— recoge la parte comprendida entre el Embarcadero y el puente de Santa Isabel, la más decorativa.

(9) Apareció en el oficio y escribanía de don Pedro Cuende y en un testimonio autorizado por Francisco de Monzón en 1557.

(10) La grafía es vacilante: ocurre Armange, Armaje, Almarge, Almarxe y Almarche en la época medieval.

límites prosiguió la mojonera hasta dar a otro camino, que iba al vado de Hormiguera. El camino de Armange, clave del asunto, no se lo tropezó jamás Zamora y Aguilar, bien que lo buscara incansablemente; él rechaza la identificación con el camino de Vinateros, muy acertadamente, ya que «el de Armange se hallaba, precisamente, en la linde de la parte superior correspondiente a la tierra grande de Calatrava, la número 62, hacia Nuestra Señora de Atocha». Zamora y Aguilar conocía muy bien el manuscrito (principios del siglo xv), que contiene las sentencias del licenciado Guadalajara (2), pero no alcanzó a ver otro manuscrito, también del siglo xv y sobre el mismo asunto (11); en este último se cita, repetidas veces, a Armange como punto de referencia: «pasto común las islas y soto de Formiguera desde el vado, la ribera ayuso, hasta Almarxe»; «un prado que dicen Juan Baldo, allende Almarge»; «prados sopena, serrano y Gonbaldo, de yuso de Almarge»; «prado Gonbaldo está a la mesa (meseta) de Almarge y prado Serrano, cerca uno de otro». Era, pues, Armange una aldea o caserío, que se levantaba sobre la margen izquierda del río, por bajo del cual estaban los prados citados, cuya situación estaba inmediata al Soto de Hormiguera (primero el Sotillo de los Abades, a continuación Hormiguera y después Sopena, Serrano y Gonbaldo).

Sabido esto, es no inverosímil, sino muy razonable suponer que el camino de Armange fuese «el que hoy es carril o sendero muy ancho para las labores, y sale desde la Puerta de Atocha hasta la casa-huerta del concurso de Antonio de la Parra, señalado en el plano con el núm. 50». El carril, a que alude Zamora, se encuentra también indicado en el plano de 1772, por más que cortado, debido a las exigencias impuestas por el recuadro explicativo del propio plano.

(11) *Comisiones, Pesquisas, Sentencias y Apeos de términos en común*, t. I, años 1421-1434. Ha sido publicado por el que escribe en «Revista de la Biblioteca Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid», XVII, 56.

En lo que atañe al carril del vado de Hormiguera, que iba junto a una tierra de Francisco Luzón (vendedor núm. 22 del libramiento), no puede ser otro que el camino del Lavadero del Hospital a la venta de Santa Catalina (12), camino que rozaba la parte superior de ambos sotos, de los Abades y su colindante de Hormiguera. Como otro fallo del licenciado Guadalajara (1427) declaró a los dos propiedad concejil, es muy posible que estuvieran comprendidos dentro de la dehesa, al menos al Sotillo de los Abades. No puede saberse, con seguridad, la situación del terreno —cabida, 8,5 fanegas— que Francisco Luzón vendió a Madrid, mas resulta documentalmente probado que las tierras, señaladas en el plano con los números 61, 54 y 53, derivan su derecho los poseedores de Alonso de Luzón, quien sin duda alguna sería sucesor de Francisco de Luzón; ahora bien, sabemos que Alonso de Luzón vendió, en 1635, tierras hasta el número de 200 fanegas, las cuales no alcanzaban la totalidad de las poseídas, ya que las señaladas con los números 47, 52 y 57 pertenecían, igualmente, al mayorazgo de Luzón.

Respecto a la madre Vieja del río la confusión es mínima, incluso con la apertura del Canal. Por los testimonios emitidos, sabemos que «el río iba en dos brazos: el uno por donde hoy va el Canal, poco más o menos hacia Madrid; y el otro el mismo que actualmente lleva, quedando siempre en medio la isla, que hoy existe».

Ahora bien, la extensión de la isla Seca, dibujada en ambos planos (1772 y 1775), es mucho menor que la que cabe imaginar tendría la Arganzuela conforme a los testimonios del siglo xv. Según ellos, desde la puente toledana hasta el vado de Formiguera era una isla. El vado se denominaba durante la Edad Media así; después ocurre el nombre de Almenara, e incluso vado de las Puertas, debido a los dos puentecillos de Luzón y Hormiguera de que nos habla la documentación; y

(12) La hoja núm. 559 del I. G. y C. registra aún el camino a la venta de Santa Catalina, que parte de la China.

finalmente vado de Santa Catalina, que perdura aún en la toponimia actual, puesto que con él se denomina el paseo que se extiende desde la plaza de Legazpi al puente de Andalucía.

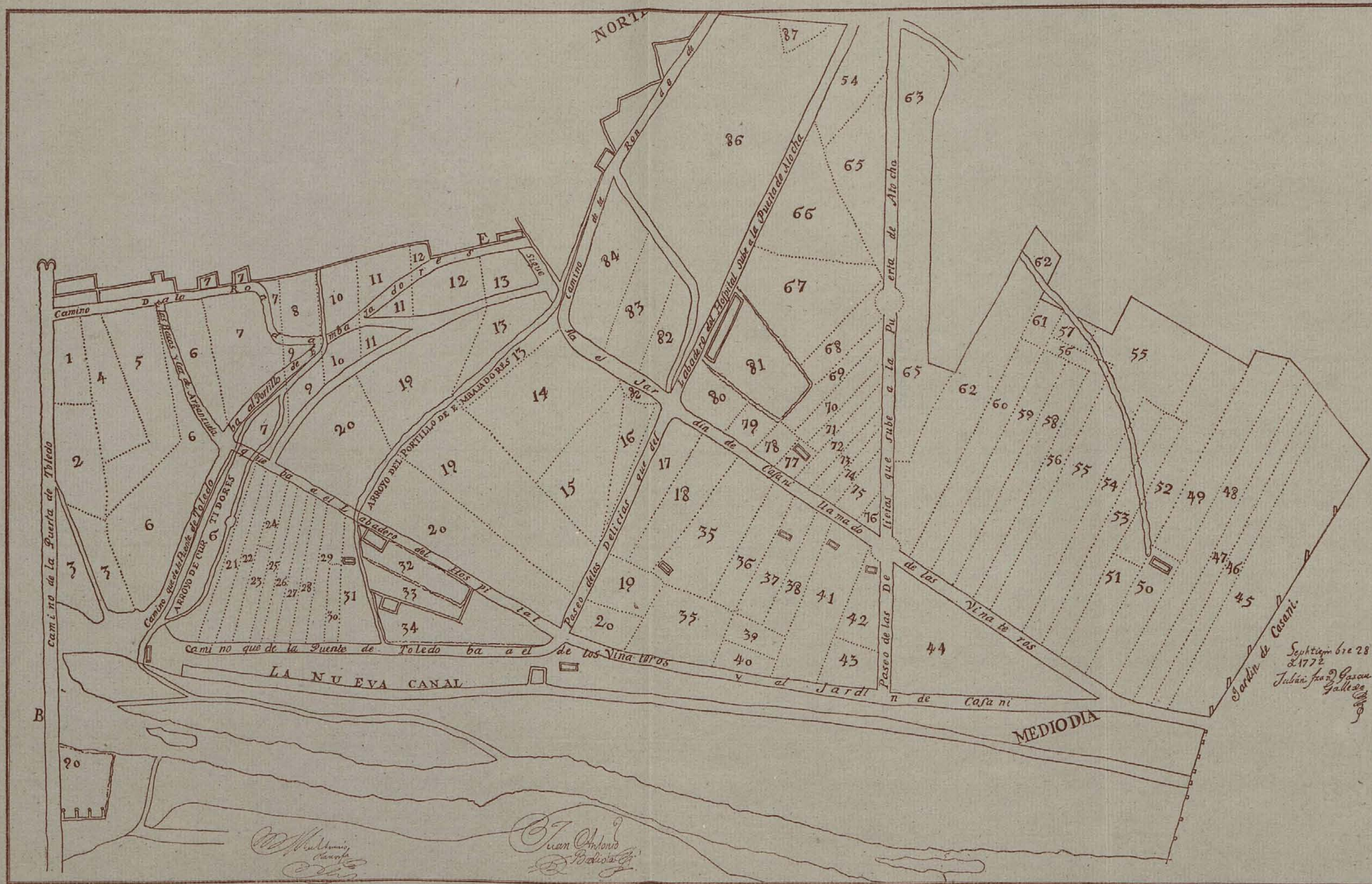
IV

La Arganzuela va ahora a acabar su vida como tal dehesa, rindiéndola ante su vecino de siglos, el Matadero y Corralón de Vacas, al que tantos y tan buenos servicios prestó, incluido el último y definitivo. Sin embargo, durante todo el siglo xix y muy primeros años del xx existe allí vida útil y hasta tumultuaria y bulliciosa en ocasiones.

Destaquemos algunos aspectos. Se arriendan 10 fanegas de tierra labrantía (1816), rematadas en 5.100 reales; los pastos, por seis años (1838-1841), en 4.600 reales anuales; los pastos y aun la dehesa entera, por ejemplo, en 1880, por 3.003 pesetas cada año de los dos estipulados y, posteriormente, se prorroga el arriendo; y en 1890 aparece cedida la administración de tales pastos al Mercado de Ganados, exclusivamente para el ganado lanar, que venía a Madrid con destino a la venta y consumo de la población.

Predominaba, sin embargo, la idea de destinar el predio a uso público, sin arriendo alguno del todo ni aun de parte. Ya en 1860, un acuerdo del Pleno municipal lo había dispuesto así, mas la **plantación conveniente** hubo de aplazarse largo tiempo, ya que los antiguos viveros de Migas Calientes y Santa Isabel no disponían de plantas suficientes y las nuevas ampliaciones de Portichi y de San Fernando estaban aún en período de acondicionamiento (13).

(13) Situémonos en la antigua carretera de Castilla, trozo comprendido entre el Puente de los Franceses y el de San Fernando; a la derecha se hallaban los jardines de la Moncloa y a la izquierda los viveros mentados: Portichi, Migas Calientes, cuyo remate alcanzaba Puerta de Hierro, y San Fernando hasta el puente de su nombre. En cuanto a los viveros de Santa Isabel, se instalaron sobre la zona del Canal de Manzanares, cegada en primer lugar por el Municipio madrileño tras la recuperación indicada en la nota 8.



Ayuntamiento de Madrid

Por otra parte, la finca presentaba dificultades físicas, dimanadas de la desigualdad del terreno, estrecho y largo, con entradas y salidas angulosas (14), límites con el Canal, ondulaciones y naturaleza arenosa, que hacían difícil el riego, al menos durante el verano. Existían, además, inconvenientes de tipo social, que era preciso también vencer, sobre todo los ocasionados por las aglomeraciones en determinados días del año, como miércoles de Ceniza y aun los demás del Carnaval, en los cuales se agolpaba el pueblo y pululaban los puestos de flores, bollos, frutas y los más caros destinados a objetos carnavalescos (15).

Por ello se establecieron bosquetes de ornato y solaz público, y, muy principalmente, grandes plazuelas, donde pudiera aglomerarse la gente, así como francas comunicaciones para llegar a ellas; calles de 40 pies para carruajes y caballos y de 30 pies destinadas a los transeúntes. Que-

(14) Eran a oriente y por la parte de Madrid, el puente de Santa Isabel, que salvaba el Canal (véase foto Colubí); más al mediodía la del Embarcadero, casi al centro de la finca, y la del puente de Toledo al norte, por donde era preciso atravesar un trozo de terreno perteneciente al Estado.

(15) El *Diario Oficial de Avisos de Madrid* recogía los destinados a los vendedores que descasen situarse en la dehesa de la Arganzuela o pradera del Canal —como también se la denominaba en esta época— durante los días de Carnaval, indicando las dimensiones de los puestos, precios según la mercancía, etc. Se aludía a la sensatez y cordura del público, a fin de que no se causaran daño en las plantaciones.

daba así circunvalado todo el terreno; el resto se macizó con escaramujos, aligustres y otras plantas indígenas. Mas se ocasionaban destrozos en los pastos, no sólo en tales ocasiones extraordinarias, sino también a diario, a causa de las numerosas familias que acudían al sitio, a fin de merendar, bailar, etc. Para impedir el estrago, el bando del alcalde, don Andrés Mellado (abril 1890), dispuso que se destinase a esparcimiento y recreo el terreno comprendido entre el Puente de Toledo y el Embarcadero; desde aquí hasta el camino del vado de Santa Isabel se consentiría solamente atravesar a pie, en coche o a caballo por el paseo y no a través de los pastos.

Finalmente, el inventario de propiedades de la villa de Madrid correspondiente al año 1902, elaborado tras paciente tarea de indagación de papeles y escrituras, registra así la posesión: «*Dehesa de la Arganzuela*, más conocida por *Pradera del Canal*. Linda al Norte con los paseos de las Yserías y Chopera; al Sur, con el río Manzanares; al Este, con el camino del Vado para el Portazgo de Aranjuez o de Santa Isabel, con sotos del Duque de Híjar (16) y pozos de la «Compañía de abastos de Hielo»; y al Oeste, con el lavadero número 95, titulado de las «Injurias», con casa de la propiedad de don Manuel Llano y Persi, y con el puente de Toledo. Tiene una superficie de 362.313

(16) Soto de Migas Calientes, después de Luzón, posteriormente del Conde de Aranda y ahora de Híjar.

metros y su valor es de 350.000 pesetas...

Esta posesión, que en gran parte tiene arboleda, está destinada a la pernoctación del ganado para el Matadero y recreo público, tiene las siguientes construcciones: el llamado antiguamente Palacio, destinado al ramo de Paseos y Arbolados; un conjunto de edificios destinados a almacenes, talleres, cuadras, porches y demás del ramo de limpiezas; tres casas de guardas; una noria, con su estanque y un edificio moderno, con una superficie de 416 metros, destinado a Depósito judicial de cadáveres, valorado en 78.609 pesetas».

Y en seguida ocurre el desmembramiento. Su superficie se reparte de esta manera:

Matadero Municipal y Mercado de Ganados: 227.684 metros cuadrados, cuya entrega a la empresa «J. Ribera y Cía.» tiene lugar en junio de 1911.

Mercado Central de Frutas y Verduras, construido en 1935: 30.079 metros cuadrados.

Talleres Generales y Parque de Automovilismo: 7.553 metros cuadrados.

Parque Antirrábico del Laboratorio Municipal: 853 metros cuadrados.

Mercado Central de Pescados, en cuyo solar está embebido el del antiguo Matadero de Vacas y algún otro terreno de la antigua dehesa.

Tan sólo la zona delimitada en el bando de Andrés Mellado —unos 127.494 metros cuadrados— se destinó a lugar de recreo con la denominación de Parque Sur; la reforma previa conservó los árboles, paseos y glorietas existentes, ya que el jardinero mayor, Cecilio Rodríguez, se limitó a trazar otros paseos laterales y a ampliar el número de glorietas.



